



**COLOMBIA CUENTA**

# Colombia

SÉPTIMO  
CONCURSO  
NACIONAL  
DE CUENTO

HOMENAJE A  
ANDRÉS CAICEDO

RCN

MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN  
NACIONAL

CUENTOS  
GANADORES  
2013

# cuenta



**MinEducación**  
Ministerio de Educación Nacional

**PROSPERIDAD  
PARA TODOS**



# SÉPTIMO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

28 621 participantes

estudiantes hasta  
séptimo grado 8 824

13 226 estudiantes de octavo  
a undécimo grado

estudiantes  
universitarios 4 545

2 026 docentes

mujeres (escritoras) 1 6 285

hombres (escritores) 1 2 336

32 departamentos

municipios **875**

**5 003** instituciones  
educativas

del sector oficial **3 131**

del sector privado **1 872**

**898** del sector rural

**4 105** del sector urbano

instituciones de  
educación superior **300**

**1 331** evaluadores

jurados **5**

**35** ganadores

# 1 CATEGORÍA

## ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO



SANTIAGO  
TABORDA DIOSA  
MEDELLÍN 23



JUAN ANDRÉS  
SUÁREZ GIRALDO  
BARBOSA 29



MARÍA JUANITA  
PATIÑO BEDOYA  
PASTO 33



ANDRÉS JUAN  
ARGOTE RAMOS  
PASTO 39



CRISTIAN FELIPE  
RODRÍGUEZ OSPINO  
BARRANQUILLA 45

# 2 CATEGORÍA

## ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA UNDÉCIMO GRADO



CAROLINA BAZÁN  
VALENCIA  
BUENAVENTURA 83



MARÍA SOFÍA  
ÁNGEL SEPÚLVEDA  
BARICHARA 87



ANA MARÍA  
PUENTES PULIDO  
BOGOTÁ 91



RUTH ANGÉLICA  
MEJÍA ORTEGA  
CALI 97



NATALIA ANDREA  
JIMÉNEZ SILVA  
BARRANQUILLA 101

# 3 CATEGORÍA

## ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR



LAURA  
SALDARRIAGA  
CORREA  
LA CEJA 137



YURANY MUJIEL  
LUENGAS  
LÍBANO 143



DAVID ARMANDO  
MONTEALEGRE  
MAURY  
BOGOTÁ 149



ÓSCAR MAURICIO  
CORZO GAVIRIA  
BOGOTÁ 155



ALFREDO ALEJANDRO  
RODRÍGUEZ COTRINO  
BOGOTÁ 161

# 4 CATEGORÍA

## DOCENTES



RAMIRO GARCÍA  
MEDINA  
BUGA 193



NICOLÁS CÁMILLO  
CUERVO RINCÓN  
BOGOTÁ 199



ROCÍO DEL PILAR  
CRUZ CALDERÓN  
BOGOTÁ 203



CARLOS ARTURO  
GAMBOA BOBADILLA  
IBAGUÉ 209



EDUAR JAVIER  
VEGA PÉREZ  
MANAURE 215

# GANADORES 2013



DAYANA MICHELL  
VELANDIA GÓMEZ  
SABANALARGA 51



ÁNGELA LUCÍA  
ANGARITA FORERO  
BUCARMANGA 57



JORGE PABLO  
VELASCO BORDA  
BOGOTÁ 63



JUAN ANTONIO  
ARRIETA FUENTES  
MONTELIBANO 69



LEONARDO  
SYLVA MUÑOZ  
BOGOTÁ 75



MARJORIE ALEXANDRA  
PEDROZO TAPIA  
BARRANQUILLA 107



NATALIA  
OSORNO ZAPATA  
BARBOSA 113



DAVID ANDRÉS  
RIVERA MOSQUERA  
BOGOTÁ 117



GABRIEL FELIPE  
SOLANO IGLESIAS  
CHÍA 123



MARCELINO  
HUDGSON STEELE  
SAN ANDRÉS 129



JUAN SEBASTIÁN  
VELÁSQUEZ IRAL  
MEDELLÍN 165



CRISTIAN ELÍAS  
CABALLERO DORIA  
SAN MARCOS 171



MAURICIO PEÑA  
VALLEJO  
NEIRA 177



CARLOS ANDRÉS  
IBARRA HERNÁNDEZ  
CALI 181



DIANA CAROLINA  
LOPERA PÉREZ  
BARRANQUILLA 187

MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA Ministra de Educación Nacional  
PATRICIA ESCALLÓN DE ARDILA Gestora

## COMITÉ TÉCNICO

### MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

JULIO SALVADOR ALANDETE Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media  
MÓNICA PATRICIA FIGUEROA Directora de Calidad de Educación Preescolar, Básica y Media  
FRANCISCO JAVIER JIMÉNEZ Subdirector de Fomento de Competencias,  
Viceministerio de Educación Preescolar, Básica y Media  
SANDRA GIOVANNA CORTÉS Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones,  
Ministerio de Educación Nacional  
JEIMY ESPERANZA HERNÁNDEZ Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura - *Leer es mi cuento*  
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media  
NATHALY SOLANO HOYOS Concurso Nacional de Cuento  
Plan Nacional de Lectura y Escritura - *Leer es mi cuento*  
FABIÁN MAURICIO MARTÍNEZ Concurso Nacional de Cuento  
Plan Nacional de Lectura y Escritura - *Leer es mi cuento*

### RCN RADIO Y TELEVISIÓN

ANA MARÍA GUERRERO Gerente Responsabilidad Social, OAL  
CONSTANZA ESCOBAR Asesora para Educación, OAL  
ALBA LUCÍA PAVA Gerente de Mercadeo Social, RCN Radio  
JOHANSSON CRUZ LOPERA Asesor de contenidos

### CRÉDITOS EDITORIALES

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ Director editorial  
CONSTANZA PADILLA RAMOS Edición  
ROCÍO DUQUE SANTOS Dirección de arte  
CAMILA CESARINO COSTA Diseño de carátula y páginas interiores  
BETUEL BONILLA Corrección de textos  
EULALIA CORNEJO Ilustraciones de la Categoría 1  
ROGER ICAZA Ilustraciones de la Categoría 2  
JOHN JOVEN Ilustraciones de la Categoría 3  
MARCO CHAMORRO Ilustraciones de la Categoría 4

ISBN: 978-958-773-144-6

IMPRESIÓN

IMPRESO EN COLOMBIA / *PRINTED IN COLOMBIA*

INFORMACIÓN DEL CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN EN: <http://www.colombiaaprende.edu.co/concursodecuento>  
<http://www.canalrcnmsn.com>  
<http://www.rcnradio.com>



<b>Estimados lectores</b> MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA, MINISTRA DE EDUCACIÓN	11
<b>En sus manos</b> FERNANDO MOLINA SOTO - GABRIEL REYES COPELLO	13
<b>Mediación para la calidad</b> ASCUN	16
<b>País que cuenta</b> CÉSAR CAMILO RAMÍREZ	18

<b>CATEGORÍA</b> ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO p. 20	<b>1</b>	Trabajo solo	23
		Convertido en lagartija	29
		Fucsia	33
		La historia de Nativiero	39
		¿Cómo despertar la lluvia?	45
		El demoleedor cola de embudo	51
		El bosque maravilloso	57
		La admiración del poder	63
		Un sueño hecho realidad	69
		La letra de la muerte	75

<b>CATEGORÍA</b> ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA UNDÉCIMO GRADO p. 80	<b>2</b>	El amor	83
		El último truco	87
		Mi mamá me las lleva después	91
		Batallas de un pequeño peón blanco	97
		Historia de dos que querían ser uno	101
		Al otro lado del espejo	107
		Yo, sentada en una piedra	113
		Tren al atardecer	117
		Como vuelo de pichón	123
		Efecto Doppler sobre la manzana de un cajero en el día de su cumpleaños	129

<b>CATEGORÍA</b> ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR p. 134	<b>3</b>	Mi abuela Fanny Liévano	137
		Alejandra	143
		Las últimas palabras del viento	149
		El devorador de sombras	155
		Viaje con papá	161
		Arturo y los niños de la mesa redonda	165
		El río	171
		Helado de limón	177
		La casa de negro	181
		Café de miércoles	187

<b>CATEGORÍA</b> DOCENTES p. 190	<b>4</b>	Aura	193
		El emperador pacifista	199
		La extraña en la ventana	203
		Díganle a Julio que la guerra terminó	209
		Didáctica y herramientas para un milagro	215

<b>Acta del jurado</b>	
SÉPTIMO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL	220



# Estimados lectores

**MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA**

Ministra de Educación

**U**n país de lectores y escritores es una de las grandes metas y sueños que hace ya varios años aspiramos alcanzar desde el Ministerio de Educación Nacional. Con el paso del tiempo hemos podido ver cómo esa meta se acerca, cómo ese sueño se hace más palpable. A ello ha contribuido en gran medida el diseño de acciones y proyectos que buscan estimular en estudiantes y docentes de nuestras instituciones educativas la producción textual; un trabajo que, sin duda alguna, aporta al mejoramiento de las competencias comunicativas en cada uno de nuestros maestros y educandos.

Por ello, desde 2007, en compañía de RCN Radio y Televisión venimos desarrollando el Concurso Nacional de Cuento (CNC) para promover la escritura creativa entre docentes y estudiantes del país. En estos siete años hemos leído y evaluado 218 mil cuentos provenientes de los treinta y dos departamentos, de más de 6 mil instituciones educativas y de trescientas instituciones de educación superior. Asimismo, hemos premiado a 235 docentes y estudiantes de diferentes regiones de Colombia. Tales resultados demuestran el gran interés de nuestros docentes y estudiantes por la lectura y la escritura, y nos impulsan a crear y promover más

espacios, herramientas, materiales y estrategias que les permitan fortalecer esas prácticas.

Con esto en mente, desde el año 2010 el Ministerio de Educación Nacional viene adelantando el Plan Nacional de Lectura y Escritura “Leer es mi Cuento” (PNLE), cuyo objetivo es “fomentar el desarrollo de las competencias comunicativas mediante el mejoramiento de los niveles de lectura y escritura (comportamiento lector, comprensión lectora y producción textual) de estudiantes de educación inicial, preescolar, básica y media, a través del fortalecimiento de la escuela como espacio fundamental para la formación de lectores y escritores y del papel de las familias en estos procesos”. De esta manera, el CNC se perfila como uno de los proyectos dinamizadores del PNLE para promover entre los estudiantes la escritura creativa y fortalecer sus procesos de producción textual.

Al momento de hacer un balance del camino recorrido, reconocemos satisfechos que en Colombia contamos con niños, niñas, jóvenes y adultos lectores y escritores, capaces de expresar sus emociones, recrear su realidad, imaginar otros mundos y crear a través de la palabra. Esto se ve reflejado en la calidad literaria que contienen las páginas de *Colombia Cuenta*, la publicación que orgullosamente cada año presenta el CNC con las historias narradas por los docentes y estudiantes de nuestro país.

En esta edición encontramos los treinta y cinco ganadores del 7.º Concurso Nacional de Cuento, realizado en 2013, que rindió homenaje al escritor caleño Andrés Caicedo. Tenemos el placer de presentar a estos nuevos y talentosos autores colombianos, a quienes invitamos para que a partir de su experiencia en el CNC siembren la semilla de la escritura en sus escuelas, contagien a otros de su gusto por las letras y sigan haciendo de la palabra un camino para relacionarse con el mundo y hacer realidad sus sueños. ■

# En sus manos

**FERNANDO MOLINA SOTO**

Presidente RCN Radio

**GABRIEL REYES COPELLO**

Presidente RCN Televisión

**E**stos treinta y cinco cuentos que usted tiene en sus manos llamaron la atención de 685 jurados que participaron en las cuatro instancias de evaluación de los trabajos presentados a esta convocatoria del Concurso Nacional de Cuento RCN–Ministerio de Educación Nacional (CNC). Nuevamente el jurado, compuesto por estudiantes de últimos semestres de carreras afines a la literatura, de expertos y de escritores internacionales ha tenido un trabajo difícil y complejo, dada la alta calidad de los cuentos presentados durante 2013.

Estos cuentos, diez por cada categoría de estudiantes y cinco en la categoría de docentes, han sido destacados entre los 28 621 que recibimos en esta séptima edición del CNC, en homenaje a Andrés Caicedo. Los autores han narrado sus visiones del mundo, sus realidades, fantasías y vivencias; han conformando historias intensas y muy bien estructuradas que nos transportan a mundos algunas veces reales, otras fantásticos.

En una evaluación de impacto contratada recientemente por las dos entidades que conformamos esta alianza, pudimos constatar cómo el Concurso ha aportado al desarrollo de habilidades en escritura y lectura, particularmente en los jóvenes estudiantes colombianos que asisten a nuestros talleres de escritura creativa. En lo corrido de este proyecto quince mil estudiantes y veinte mil docentes han participado en nuestros talleres, que suman más de mil en todo el territorio nacional.

Igualmente, según esta evaluación, en aquellas comunidades educativas donde hay finalistas y ganadores se desatan procesos pedagógicos que favorecen la relación de los estudiantes con la lectura y la escritura. Estos hallazgos no solo nos satisfacen, también nos ratifican que este esfuerzo conjunto entre el Ministerio de Educación Nacional y RCN Radio y Televisión está cumpliendo con el objetivo con el que fue creado: promover la escritura creativa y, a través de ella, contribuir al mejoramiento de la educación de los estudiantes colombianos.

Estamos convencidos de que la escritura y la lectura son dos herramientas fundamentales para el buen desempeño, no solo personal y profesional, sino también para el pleno ejercicio de la ciudadanía. Con esta filosofía se dio inicio a este proyecto pedagógico y una alianza a todas luces fértil entre el sector público y la empresa privada.

### ***Colombia Cuenta***

A pesar de que Colombia es un país con bajos índices de lectura, una de las sorpresas reveladas por la evaluación es que el libro *Colombia Cuenta* es enormemente valorado y utilizado por docentes y talleristas como herramienta de trabajo en los talleres que dictamos a lo largo del país. Hemos distribuido 73 mil ejemplares de manera gratuita en instituciones educativas, bibliotecas y

centros culturales, entre otros sitios. Igualmente, este texto cuenta con una alta estimación y recordación entre estudiantes de instituciones educativas. Niños y jóvenes disfrutaban anualmente el libro escrito, en su mayoría, por colegas estudiantes y por docentes de todos los rincones de nuestra geografía. Gracias a la Fundación SM por este aporte a nuestro proyecto que, sin duda, año tras año mueve la pasión por la lectura entre estudiantes y docentes.

¡Enhorabuena a los treinta y cinco ganadores! Esperamos que sigan cultivando su imaginación, su interés y su pasión por la escritura y la literatura.

Al lector, esperamos que lo disfruten tanto como lo hemos disfrutado nosotros. ■

# Mediación para la calidad

ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE UNIVERSIDADES

ASCUN

**M**ovilizar una iniciativa de las dimensiones del Concurso Nacional de Cuento (CNC) solo es posible a través de alianzas y trabajo en equipo; por esta razón, la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN) ha respondido con mucha responsabilidad al llamado que año tras año le han hecho el Ministerio de Educación Nacional y RCN para hacer parte de un trabajo colectivo que integra iniciativa, creatividad, calidad y visión.

Como invitado y cumpliendo estrictamente con su filosofía y tradición, ASCUN ha respetado la autonomía de los sujetos y las instituciones. No obstante, tal como se espera desde la academia, ha tenido una participación propositiva para promover discusiones de altura sobre las diversas visiones acerca de la lectura y la escritura que se deben integrar en un proyecto de la complejidad pedagógica y conceptual como el CNC.

Conscientes de que estos procesos no son unidireccionales, ni reduccionistas, sino variados y múltiples, la Asociación ha apoyado la exploración de diversas concepciones pedagógicas, así como la integración de transformaciones dictadas por los resultados de investigaciones realizadas por especialistas de las universidades. Y, tal como corresponde a proyectos de su envergadura, ha facilitado los procesos de revisión y evaluación para emprender oportunamente las transformaciones necesarias.



Desde el inicio del CNC, ASCUN ha participado activamente en diferentes frentes, a través de la mediación en el desarrollo conceptual de los contenidos de los talleres de lectura y escritura para estudiantes y docentes en diferentes regiones del país; el ofrecimiento de condiciones operativas para su ejecución; la intervención en el desarrollo de investigaciones y, uno de trascendental importancia, la organización de equipos de lectores para llevar a cabo una de las etapas más complejas del CNC: la evaluación.

Como corresponsable de la calidad de los cuentos y a través de una labor sin precedentes, año tras año la Asociación organiza a más de mil evaluadores, entre docentes universitarios, estudiantes, promotores de lectura, talleristas y escritores de trayectoria. El exhaustivo análisis de las obras contempla filtros como el de la autoría, la legibilidad y el cumplimiento de condiciones de creatividad. Esto sin olvidar que los escritores se comportan de acuerdo con su desarrollo evolutivo, su entorno social y su nivel de escolaridad.

Por esta razón, la lectura se da en cuatro etapas que garantizan que quienes son declarados como ganadores realmente han hecho un esfuerzo y un ejercicio de escritura real y comprometido.

ASCUN continuará mediando en esta labor con alto sentido pedagógico, con oportunidad, con capacidad propositiva y poniendo al servicio de CNC, el liderazgo que la caracteriza entre las instituciones de educación superior. Los urgentes llamados a la discusión por el mejoramiento de la lectura y la escritura en el país así lo exigen. Seguiremos asumiendo el rol de acompañante en este proceso con el convencimiento de que en el diálogo entre los diferentes niveles educativos hay una clave poderosa para el logro de la calidad educativa en el país, de la cual la lectura y la escritura autónomas son su mejor representación. ■

# País que cuenta

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ

Director editorial SM

¿P ara qué escribir? Vaya una pregunta. Es posible que todos los aficionados o profesionales que escriben con algún propósito literario se lo hayan preguntado alguna vez y, con seguridad, sus respuestas deben ser tan diversas como sus obras. Algunos, como Camilleri, escriben porque no saben hacer otra cosa y lo prefieren a descargar bultos en el mercado; otros, como Gabriel García Márquez, lo hacen para que sus amigos los quieran más; muchos porque escribir es simplemente su manera de ganarse la vida, mientras que otros, como Alberto Manguel, escriben por la sencilla razón de que no todos saben bailar tango.

De todas las respuestas que he leído, una de las que más me gusta es la de Gore Vidal, quien a la pregunta de porqué escribió *Myra Breckinridge* dejó escapar un “porque no estaba ahí”. Inevitablemente esto me lleva a la respuesta de sir Edmund Hillary ante la pregunta de porqué escaló el monte Everest (recordemos que fue el primer occidental en hacerlo): “Porque estaba ahí”. En el intervalo de estas dos respuestas encuentro la o las razones de escribir: para hacer realidad algo que solo existe en la imaginación del escritor, como Vidal y su transformada Myra, o para auscultar la realidad y encontrar nuevos caminos para recorrerla y conquistarla, tal como hicieron Hillary y el sherpa Tenzing con el rey de los ochomiles.

Es difícil conocer las motivaciones de los más de 28 000 colombianos (la mitad estudiantes de la básica primaria y secundaria) que enviaron sus cuentos al 7.º Concurso Nacional de Cuento del Ministerio de Educación y RCN (CNC). Aparte de obtener el reconocimiento y los beneficios del premio, con seguridad cada uno tiene razones profundas que lo llevan a enfrentar el vacío de la página en blanco y afrontar la lucha íntima de domesticar las palabras y atrapar una historia.

Y, sin embargo, cuando se revisan las cifras del concurso y se sabe que 28 621 cuentos fueron remitidos desde 5 003 instituciones educativas, lo que en realidad asombra y conmueve es constatar que es un país entero el que se expresa y palpita a través de estos relatos, provenientes de 875 municipios del país (casi el 90 % del total). Un país de ficción en el que caben, entre miles de otras historias, relatos de hombres lobos de años coloniales, reyes pacifistas que alistan a sus peores arqueros para la batalla definitiva con la esperanza de no lastimar a los enemigos, o historias de amor admirables escritas en clave matemática... Sin lugar a dudas, por su magnitud, diversidad y alcance, el concurso es una experiencia única e incomparable en el mundo.

Desde la primera versión del CNC, la Fundación SM realiza la edición de los relatos finalistas que han sido seleccionados luego de un arduo y concienzudo proceso. Con este libro, *Colombia Cuenta*, la Fundación SM reitera su compromiso esencial con la educación de los más jóvenes, en este caso mediante la promoción de la escritura creativa en la educación básica para favorecer el desarrollo de las competencias comunicativas de estudiantes y docentes y así contribuir a la formación de mejores ciudadanos. Nos complace participar en un proyecto de esta naturaleza e importancia y devolver a la fuente original y, en general, a la comunidad educativa una selección cuidadosa de lo mejor que se escribe en nuestras aulas. ■

CATEGORÍA

PASTO

ANDRÉS JUAN ARGOTE RAMOS

La historia de Nativerio

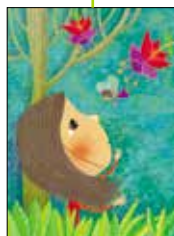
39

PASTO

MARÍA JUANITA PATIÑO BEDOYA

Fucsia

33



MEDELLÍN

SANTIAGO TABORDA DIOSA

Trabajo solo

23

BARBOSA

JUAN ANDRÉS SUÁREZ GIRALDO

Convertido en lagartija

29

## ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO

### SABANALARGA

DAYANA MICHELL  
VELANDIA GÓMEZ  
El demoledor cola  
de embudo

51

### BUCARAMANGA

ÁNGELA LUCÍA  
ANGARITA FORERO  
El bosque maravilloso

57

### BOGOTÁ

LEONARDO SYLVA MUÑOZ  
La letra de la muerte

75



### BARRANQUILLA

CRISTIAN FELIPE RODRÍGUEZ OSPINO  
¿Cómo despertar la lluvia?

45

### MONTELÍBANO

JUAN ANTONIO  
ARRIETA FUENTES  
Un sueño hecho  
realidad

69

### BOGOTÁ

JORGE PABLO VELASCO BORDA  
La admiración del poder

63



# Trabajo solo



## SANTIAGO TABORDA DIOSA MEDELLÍN

Nací el 14 de julio de 2001 en Medellín. Quisiera invitar a todos los talentosos escritores que no se atreven a mandar sus cuentos. Yo tampoco los mandaba hasta que tuve que escribir uno para una tarea, la profesora lo mandó y miren lo que logré.

Les agradezco a mis padres y a mi profesora por apoyarme y ayudarme cuando los necesito.

**Grado séptimo**  
**Colegio Divino Salvador,**  
**Medellín, Antioquia.**

# Trabajo solo

SANTIAGO TABORDA DIOSA

**E**ra un día cálido de febrero. No había ni una sola nube en el cielo y nadie sospechaba que habría un asesinato.

Sucedió poco antes del mediodía. Toda la cuadra se alborotó, todos se refugiaban temerosos en sus cuadras, haciendo hipótesis de lo que pasaba, y se apresuraban a llamar ayuda.

Media hora después llegaron los policías, los paramédicos y un pequeño grupo de detectives, liderados por su jefe, un hombre moreno, gordo y calvo, siempre furioso. Nadie sabía la razón de esta actitud.

Entre este pequeño grupo de detectives iba un hombre muy respetado por sus compañeros. No sabían con exactitud de dónde venía, cómo se llamaba o si tenía familia; solo sabían que era un hombre sabio, paciente y perseverante. Era alto, de piel blanca como la nieve y hombros anchos; siempre llevaba gafas oscuras. Algunos decían que la razón de que llevara estas gafas era que cuando le encargaban un caso interesante, sus ojos tomaban un brillo acerado. Todo aquel que sostuviera su mirada no tardaría en petrificarse de miedo. Los que lo conocían o habían oído hablar acerca de su historia se limitaban a llamarlo “Él”.

Junto a Él se encontraba John, otro detective que siempre lo ayudaba y era como su mano derecha.



Él y John se dirigieron a la escena del crimen, en la que solo se veía a un hombre —al que identificaron por su cédula como Luis García—, una refinada pluma y un cigarrillo medio gastado, pistas que desconcertaron a los detectives.

Él recogió las pistas, examinaron la casa e interrogaron a unos pocos vecinos que les dijeron que en aquel momento se encontraban con Luis su esposa Sara y su hijo único, José Daniel, ahora ausentes, y que también tenían una caja fuerte donde guardaban más de setenta millones de pesos que habían desaparecido, lo que hizo pensar a los detectives que lo que se había planeado como un robo se descontroló y se convirtió en asesinato y secuestro.

John, desconcertado, le preguntó a Él qué había pasado, a lo que este respondió:

—Por ahora no tenemos nada concreto.

—Pero ¿cómo acabará todo esto? —preguntó John—. Este crimen no tiene concordancia.

Y Él no le respondió. John se dio cuenta de que su pregunta lo había enfadado y no insistió en el tema.

Cuando iban caminando, Él recordó las pistas que había encontrado y sacó de su bolsillo el cigarrillo medio gastado y la fina pluma. Examinándolos cuidadosamente, encontró algo escrito en la pluma: “Nunca me atraparán, yo vuelo como un avión”.

“¿Qué tal si es una pista que nos dio el criminal?”, se preguntó Él y pensó inmediatamente en el aeropuerto. Le contó a John sobre su hipótesis y allí se dirigieron en un taxi.

Cuando llegaron vieron, una extraña silueta a lo lejos, con otra detrás, pero agachada, lo que puso en alerta a los detectives. Momentos después, el sonido de tres disparos rompió el silencio de la noche, al mismo tiempo que una de las siluetas caía al piso y la otra huía de la escena.

Corrieron hacia el cuerpo, que yacía en medio de la pista del aeropuerto, con tres hoyos de bala en la cabeza. El cadáver fue identificado como el de Sara, la esposa de Luis. Tenía amarrada a la muñeca un papelito en el que, después de recogerlo y abrirlo, Él apenas pudo distinguir: cra 45 n.º 22-39.

Obviamente era una dirección, pero prefirieron esperar al amanecer para dirigirse hasta allí. Fueron a un hotel cercano y descansaron, tendrían una mañana larga y difícil.

A primera hora se levantaron, se organizaron y salieron del hotel para encaminarse a la dirección. Al llegar vieron que era una carnicería y que la puerta estaba abierta, lo que no los sorprendió. Entraron y escucharon un ruido extraño en el congelador, a donde se dirigieron con cuidado y vieron al pequeño José Daniel, el único hijo de Luis, tendido en el piso, tiritando de frío.

Al acercársele, el pequeño comenzó a tartamudear:

A... a... ¡atrás! Los detectives voltearon y vieron una silueta robusta, con un fusil en la mano, que le disparó a John. Este cayó al suelo, muerto de una sola bala. Al fijarse bien, Él se dio cuenta de que el sujeto era el jefe de detectives. Cargó al niño fuera del congelador. Se notaba que estaba sufriendo de hipotermia, pero no le prestó mucha atención y lo descargó suavemente en la acera, frente a la carnicería.

Al momento, Él dijo:

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Ya estoy cansado del desprecio y la mala paga que me están dando por mi duro trabajo. Decidí buscar un poco de dinero por mi cuenta —dijo el jefe, mientras sostenía en la mano una bolsa con el dinero de la caja fuerte de Luis—. ¿Quieres trabajar para mí?

—Jefe, esto fue muy sorpresivo y desconcertante. Creo que desde ahora... desde ahora...

—¿Qué, muchacho, qué?

—¡Trabajo solo! —gritó Él mientras sacaba una pistola del bolsillo y le disparaba al jefe, directo a la cabeza.

Él olvidó al pequeño hijo de Luis, que estaba en la acera observándolo, y fue lo último que se supo sobre el detective y el caso que resolvió.

Al niño lo salvaron justo a tiempo, antes de que muriera por el frío recibido toda la noche en el congelador de la carnicería. ■





# Convertido en lagartija



**JUAN ANDRÉS SUÁREZ GIRALDO**  
**BARBOSA**

A mi familia, mis amigos, y a Martica Lili y Eliana. El miedo de nana a las lagartijas fue mi inspiración para escribir.

**Grado cuarto**  
**Colegio Formando Líderes,**  
**Barbosa, Antioquia.**

# Convertido en lagartija

JUAN ANDRÉS SUÁREZ GIRALDO

Cierto día, Felipe y Daniel, dos amigos inseparables, decidieron escaparse de la escuela para ir al río a darse un chapuzón y a cazar lagartijas.

Alegres, creyéndose héroes por la hazaña que iban a realizar, tomaron el camino del río. No habían recorrido quinientos metros cuando se sintieron hipnotizados por los hermosos y brillantes colores de una gigantesca lagartija que los miraba con ojos saltones y coquetos. Ambos sintieron el deseo de cazarla.

—El profesor de Ciencias nos dará un cinco si llevamos este precioso animal para estudiarlo en la clase —dijo Daniel.

Sin pensarlo dos veces, se lanzaron sobre ella, pero esta, como si fuera gelatina, se hundió entre las ramas. Daniel y Felipe no veían el peligro que estaban corriendo, su única meta era cazar ese ser maravilloso. Cansados de correr, saltar y caerse, casi al borde del desmayo, vieron, sorprendidos, cómo la preciada lagartija se quedaba quieta, como esperándolos. Cuando estuvieron a su alcance, el extraño animal levantó su pata y, como si fuera una persona gentil, la ofreció en son de saludo. ¡Oh! sorpresa cuando Felipe tomó la pata de la lagartija y le salieron cientos de patas pegajosas que se adherían al cuerpo del pobre niño quien, lentamente, perdía su

figura humana y se convertía en una asquerosa lagartija. Daniel, horrorizado, dio un grito tan fuerte que se quedó casi mudo.

Cuando las familias de los niños salieron a buscarlos, encontraron a Daniel desmayado. Muy preocupados, lograron que volviera en sí. En aquel instante, él mostró el camino y pronunció esta frase: “Convertido en lagartija”. Hasta el día de hoy, es todo lo que repite. ■







# Fucsia



## MARÍA JUANITA PATIÑO BEDOYA PASTO

Me inspiraron los libros de las hadas y las plantas de los jardines porque me gusta la fantasía que encierra este mundo mágico. Me gusta leer cuentos fantásticos y de aventuras porque me transportan a un mundo de

imaginación sin límites. Dedico este triunfo a Papito Dios, a mis padres, a mis profesoras y a mis abuelitas.

**Grado tercero**  
**Colegio La Inmaculada,**  
**Pasto, Nariño.**

# Fucsia

MARÍA JUANITA PATIÑO BEDOYA

Una noche estrellada, Juanita se encontraba muy triste en su alcoba, pues media hora antes sus padres le dieron la noticia de que deberían trasladarse de ciudad, a la casa de su abuelita. A sus siete años, con mucho esfuerzo había hecho varias amigas y, por algunos inconvenientes, no se pudo despedir de ellas.

Dos semanas después, en la nueva ciudad, su padre la llevó al colegio. Era muy grande y tenía varias zonas verdes. Más allá de las canchas de deportes se apreciaban unos jardines grandes y coloridos. Los niños no podían ir allí sin permiso de los profesores.

A pesar de ser nueva en la institución, a la niña le emocionaba ver la naturaleza y sentir el olor de las flores en la madrugada. Por un largo período de tiempo, y a pesar de hacer varios intentos, fue difícil para ella hacer amistades. Algunos compañeros la rechazaban por la cicatriz de su rostro, pasaba días de tristeza y soledad. Su única distracción eran sus cuadernos de dibujo. Mientras estaba en clase, ansiaba salir al descanso para dibujar los hermosos jardines del colegio.

Un día inolvidable, en clase de Ciencias, la profesora pidió a los alumnos que dibujaran su planta favorita. Entonces Juanita, emocionada, se acercó y pudo observar la planta más hermosa, de co-

lores lila y rosado en forma de bailarina. Se concentró en dibujarla y colorearla con detalle. Al terminar, observó algo extraño: parecía que la planta se hubiese girado por su cuenta, pues no había viento en ese momento, era como si hubiese cobrado vida. La niña tocó suavemente la planta, y esta no volvió a moverse.

A los tres días la niña volvió al jardín con un poco de agua y roció las plantas. Parecían secarse con el verano. En ese momento la bailarina se movió otra vez y, sorprendentemente, pareció abrir unas alas grandes y transparentes. Un hada esbelta y colorida cobró vida. La niña se asustó un poco, pero vio que era inofensiva cuando salió volando y se posó en la copa de un árbol.

En su casa, Juanita le contó a su abuela que había visto un hada real. Inesperadamente, la anciana lo tomó muy en serio, pues le contó que cuando ella era una niña, observó un hada similar en forma de bailarina y nadie le creyó.

—Estudié durante un tiempo acerca de las plantas, y encontré que su nombre era fucsia o zarcillejo —comentó la mujer.

La abuela le pidió que tratase de comunicarse con ella, que tal vez no hablase nuestro idioma y que, por lo tanto, debería hacerlo con señas.

A los pocos días, Juanita se acercó nuevamente y volvió a ver a la hermosa hada que cautivó su corazón. Con una seña le pidió que esperara a que terminara sus deberes y que luego la acompañaría. La niña no volvió, había caído en cama con una fiebre intensa.

Pasó tres días sin ir a la escuela. De repente, por la noche, la niña vio una luz intensa en su ventana. ¡Sorpresa maravillosa! El hada bailarina se asomó allí. Juanita, con esfuerzo, se levantó y la dejó entrar. El hada se acercó y observó que en su rostro la cicatriz había crecido y que ardía en fiebre. Levantó su mano, tan suave y difuminada como un pétalo, y tocó a la niña.

—No te preocupes, descansa y recupera tus fuerzas —dijo el hada.

La niña la miró triste por no poder jugar con ella. Una lágrima salió de su rostro; pero estaba sucediendo algo, se empezaba a sentir mejor, aunque tenía un sueño profundo. La niña cerró los ojos y el hada alzó vuelo de vuelta al jardín.

A la mañana siguiente, el hada fue de madrugada a la casa de la niña, pero no la encontró. La buscó por todos lados y falló en su intento. Triste, el hada regresó al jardín y se refundió entre pétalos y flores.

Se movían las ramas en casa del hada. De pronto, vio unas manos pequeñas que movían las plantas. Se asomó asustada. Saltó de alegría cuando vio a Juanita. Las dos se miraron y jugaron un largo rato en el jardín. La niña ya no tenía la cicatriz en su rostro. Fue el comienzo de una hermosa amistad. ■





# La historia de Nativerio



## ANDRÉS JUAN ARGOTE RAMOS PASTO

Mis pasatiempos favoritos son jugar fútbol, leer cuentos, ver películas con la familia, divertirme con videojuegos, juegos de mesa y salir de paseo. Entre mis gustos literarios destaco las obras de los Hermanos Grimm, Rafael Pombo y Charles Perrault, entre otros. También me gusta un libro de cuentos de varios autores que se

llama *Historias maravillosas* y, en general, los cuentos que hablan de narraciones fantásticas que siempre dejan buenas enseñanzas.

**Grado quinto**  
**Colegio Nuestra Señora del Carmen, Pasto, Nariño.**

# La historia de Nativerio

ANDRÉS JUAN ARGOTE RAMOS

**M**i historia data de la época en la que las comunidades afrodescendientes no eran tratadas como seres humanos, sino como esclavos, perros de guardia, sirvientes del mundo omnipotente de hombres y mujeres iguales en todo el sentido de la creación divina, pero diferentes en alma y conciencia porque pensaban que por tener un color de piel más claro, cabellos lisos o medio ondulados y fisionomía más delicada, podrían someter bajo su absoluta potestad a estos hombres y mujeres de color negro.

Nativerio era un negro distinto, ejemplar. Se dejaba someter físicamente como esclavo, pero en su mente y su corazón cada día de la vida abrigaba la idea de que todos los seres humanos somos iguales, y que él iba a revolucionar, con su pensamiento, a sus familiares y amigos, hasta el punto de ganar su libertad para hacer lo que él consideraba elemental en la vida: amar a alguien, casarse y tener hijos sin sometimiento de ninguna clase.

Empezó a ganarse la confianza de la familia que tenía su título de posesión, hacía sus labores perfectamente, no se quejaba por nada, no pedía pago alguno y siempre mantenía un espíritu de servicio y una sonrisa a flor de piel. Sus amos estaban tan satisfechos que, a cambio, le enseñaron a escribir y a leer y pusieron a su cargo una veintena de negros esclavos, escuela y oficinas de artes



manuales y tierras para que las administrara y sacara el mayor fruto en sus labores, para que sus amos llenaran sus bolsillos de oro y posesiones y así ganar poderío en la pequeña ciudad donde vivían.

Nativerio aprendió a escribir y a leer muy rápido. Todas las noches escribía con un carbón sobre un mural, escribía sus futuros deseos y también leía los libros que tomaba prestados a hurtadillas de la gran biblioteca de sus amos. A veces no comprendía lo que estos expresaban con sus letras, entonces trataba de memorizarlos a su manera para compartirlos con su gente en las noches, al calor de la fogata y de los cantos africanos que tanto adulaban sus oídos cansados, pero ávidos de conocimiento.

Cada uno de sus compañeros de trabajo le explicaba de acuerdo con lo que entendía, y en algunos casos se aferraban más a su corazón y a su experiencia personal que al propio entendimiento y a la razón. Ellos habían nacido sin libertad alguna. Los grilletes y el maltrato por parte de los blancos habían creado en su cuerpo heridas profundas que ya no sentían con dolor físico, sino que se habían sellado en sus mentes y espíritus, transmitiéndose en cada camada de hijos y de nuevos negros traídos de otras partes, en marcas genéticas que expresaban su costumbre por el maltrato y la resignación natural al sentirse humillados; sí, esta amarga realidad era lo que imperaba y nadie hacía nada por cambiarla, ni siquiera Nativerio, pues aunque ya leía y escribía, su mente todavía estaba prisionera.

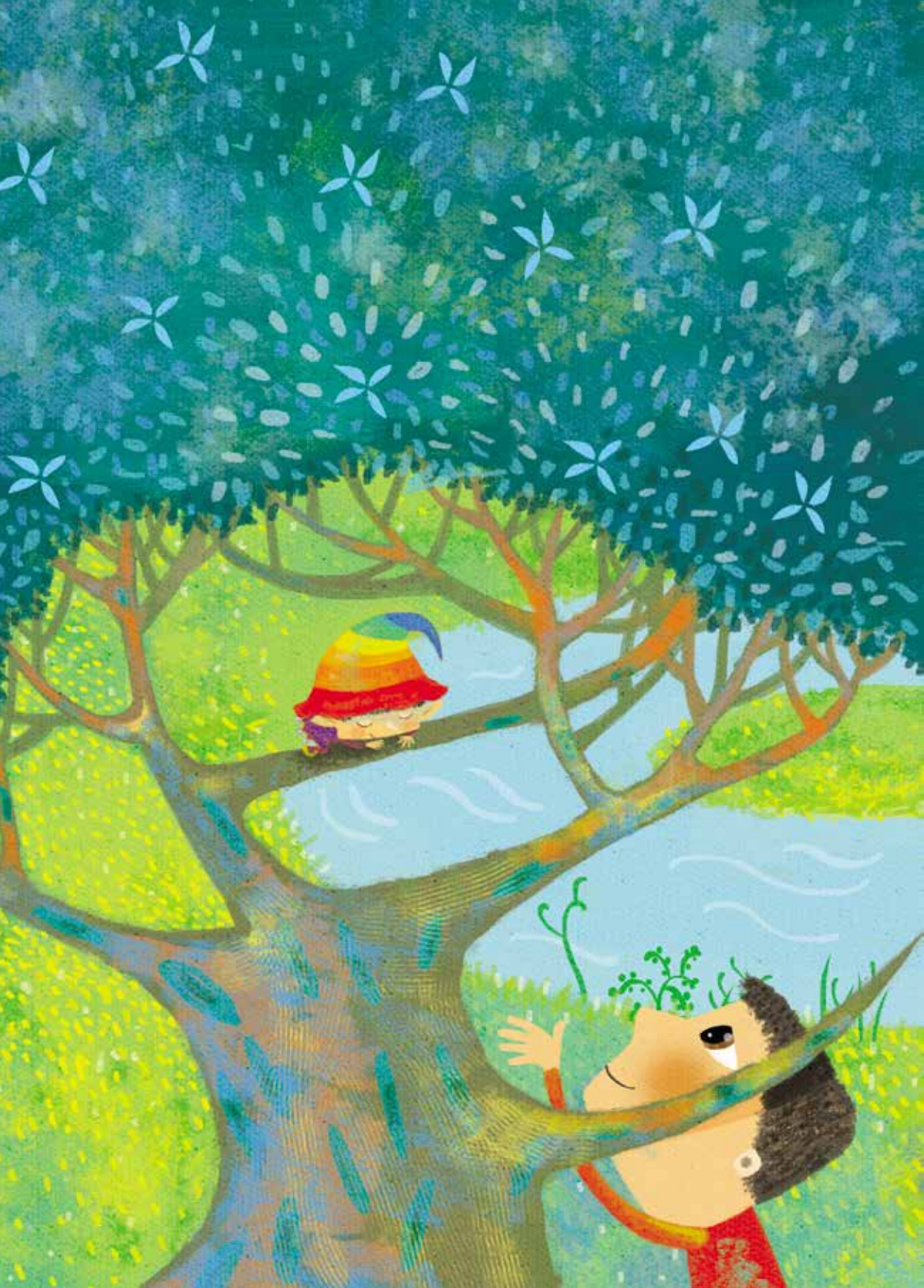
El tiempo pasaba. Los negros que algún día fueron niños ya eran jóvenes; los solteros habían consolidado sus familias y los adultos se habían vuelto viejos; algunos hasta habían muerto. Todo iba obedeciendo al criterio del tiempo, menos Nativerio, quien aún no tenía una familia. Sus ideas de libertad crecían, se las contaba a sus amigos negros y veces a algunos blancos que le inspiraban

confianza y que se reían a carcajadas al escuchar sus más íntimos anhelos, que ellos juzgaban como locura, pero Nativerio solo se quedaba con la diferencia de que leía y escribía.

Un día decidió rebelarse porque los hijos de sus amos quisieron darle sus responsabilidades a otro negro más joven llamado Ananías, muy fuerte y creativo. Nativerio aceptó de mala gana, pero en su mente juró que en la noche huiría y tomaría como pago las joyas de sus amos, porque conocía el lugar donde las guardaban.

Se despidió de sus amigos y de algunos familiares que le quedaban vivos y, cuando intentó salir de la hacienda donde vivía, al llegar a la última portada se dio cuenta de que no podía avanzar más. Miró a todas partes pensando que era algo infernal, pero después de arrastrarse y golpearse en su intento de huir se dio cuenta de su triste realidad. Aunque la puerta estuviera abierta, sus tobillos aún tenían esos grilletes que lo habían atado desde pequeño, pero con unas cadenas mucho más largas y eternas. ■





# ¿Cómo despertar la lluvia?



## CRISTIAN FELIPE RODRÍGUEZ OSPINO BARRANQUILLA

Gracias a mi colegio y a Barranquilla, ciudad que me acogió en tiempos difíciles y que con su belleza, calidez humana y, por supuesto, con sus arroyos, que en épocas de lluvia invaden las calles, y su carnaval han sido una inagotable fuente de inspiración. A mis hermanos Esteban y Angie, que siempre han sido cómplices en esta aventura de escribir.

“En los momentos de crisis, solo la imaginación es más importante que el conocimiento”.

Albert Einstein

**Grado séptimo**  
**Institución Educativa Pies**  
**Descalzos, Barranquilla,**  
**Atlántico.**

# ¿Cómo despertar la lluvia?

CRISTIAN FELIPE RODRÍGUEZ OSPINO

**H**ola, me llamo Juan Esteban y en este momento estoy con un despertador en la mano. Me encuentro en el parque Simón Bolívar, el más grande de mi ciudad. Intento detener un gran aguacero. Hace una semana que llueve en mi ciudad. Las alcantarillas se rebosaron y grandes arroyos que parecen ríos inundan las calles. La ciudad colapsó. Lo que me hace sentir peor es que todo este caos lo provoqué yo. Pero ¿qué tengo que ver en todo esto y por qué estoy con un despertador en la mano?

A comienzos de este mes de abril, en mi ciudad no había caído ni una gota de agua. Eso me preocupó. Tenía muchas ganas de bañarme bajo la lluvia, por eso empecé a investigar. Primero le pregunté a mis papás, y la respuesta fue que esperara, que luego llovería. Al ver que esta información no me proporcionó ayuda, decidí ir a la biblioteca. Pensaba que en todos esos libros encontraría la respuesta. Después de leer y releer encontré varios que, pensé, me servirían: unos de geografía, otros de mitos y leyendas.

Empecé a leer toda la información y fui descartando opciones.

Primero revisé los de geografía, en los cuales solo encontré cosas sobre el cambio climático que no entendí.

Por esto decidí pasar a los de mitos y leyendas. Leí varios, algunos escalofrantes y otros que no me parecieron acertados. Final-

mente, en un libro viejo y un poco deshojado, encontré un dato muy interesante sobre el Duende de la Lluvia. Allí decía que por cada ciudad o pueblo existía un duende, el cual, cuando despertaba, creaba la lluvia; cuando dormía, la lluvia cesaba y empezaba el período de sequía, además decía que el duende se escondía en los árboles más frondosos de los parques.

Con esta información comencé a pensar en dónde podría vivir el Duende de la Lluvia que tenía inundada mi ciudad. ¡Claro, el parque Simón Bolívar! Es el más grande de todos, por ello pensé que allí debería vivir el duende.

Salí corriendo a mi casa. Ya era tarde y mi mamá seguro estaba sirviendo la comida.

Después de comer, planeé la expedición para el día siguiente.

Era un gran parque, así que alisté todo lo que necesitaría: un termo con agua y un mapa que encontré en Internet.

Al llegar allí, busqué entre la maleza y, entre los frondosos árboles, escudriñé el enorme tronco de la ceiba que está en medio del parque. Llegué hasta el lago. Metí los pies en el agua para descansar cuando escuché el leve sonido de un cascabel. Entonces recordé lo que decía el libro: “Reconocerás al Duende de la Lluvia porque lleva un cascabel en el sombrero”.

Retrocedí sigilosamente. Me escondí en un matorral. No sé cuánto tiempo duré allí. Quizás me dormí. Al abrir los ojos, en medio de las ramas de la ceiba, vi un gran sombrero de muchos colores. ¡El mito del libro era real! El duende era un poco más pequeño de lo que yo creía, los cascabeles no colgaban de su sombrero sino de su traje.

Miles de preguntas llenaron mi mente, pero sabía que no había tiempo que perder, primero despertaría al duende y luego haría las preguntas.

Trepé por el tronco de la ceiba, escalé de rama en rama hasta la cima y lo encontré durmiendo plácidamente. Temblando de emoción, le sacudí un pie, luego el otro, y como no despertaba le quité el sombrero. El duende no se movía, entonces disparé mi despertador y, de un salto, el hombrecillo quedó parado dentro de su sombrero. Empezó a susurrar unas palabras y la lluvia empezó a caer. El duende me contó que tenía problemas con el sueño, tanto para levantarse como para ir a la cama. Aunque con algunas preguntas sin contestar, me fui corriendo a mi cama, no sin antes prometerle que lo ayudaría a salir del problema.

Después de varios días de lluvia me di cuenta de que esta no paraba. Llovía de día y de noche. Recordé las palabras del duende, que tenía problemas tanto para despertarse como para ir a la cama. Decidí coger las tablas de mi cama y de algunas partes más de mi casa, de lo cual espero que mi mami no se entere. Con la madera hice una lancha un poco improvisada, tomé el despertador, saqué la balsa a la calle, me subí en ella y me dejé deslizar por el arroyo. Me estrellé contra un carro atrapado por el agua, choqué contra la puerta de un colegio. Después de varias caídas, el arroyo me depositó en el lago del parque Simón Bolívar.

Por estos acontecimientos es que terminé en el parque con un despertador en la mano y con la angustia de tener que detener el aguacero que caía en mi ciudad.

Busqué al duende, pero los grandes arroyos me impidieron avanzar. La tormenta aumentaba y los truenos y las centellas me hacían perder el rumbo. Agudicé mis oídos para poder escuchar el leve sonido de cascabeles entre todo ese caos. Un gran relámpago cayó muy cerca de mí y su luz me permitió divisar la silueta del duende que saltaba feliz de rama en rama, jugando. Con mi chaqueta roja llamé su atención. Le entregué el despertador, le ex-



pliqué su funcionamiento y le hice énfasis en que debía cargar las pilas cada mes para que sonara la alarma cuando él la programara.

Cuando subí a la balsa para regresar a casa, movió su mano en señal de despedida.

Mi madre seguía dormida, así que desarmé la balsa, coloqué todo en su lugar y me acosté a dormir. Estaba exhausto, pero preocupado porque temía que el duende olvidara programar el despertador.

¿Será que el Duende de la Lluvia se acuerda de cambiar las pilas? ■





# El demoledor cola de embudo



**DAYANA MICHELL VELANDIA GÓMEZ**  
**SABANALARGA**

Desde muy pequeña me gustaba que me leyeran cuentos, así dejaba correr mi imaginación en ese mundo de fantasías. Gozaba escuchando a mi abuelita materna, Aracelis Altamar, cuando unas veces me leía y otras veces me contaba historias, cuentos y fabulas. Estas últimas me gustaban porque siempre dejaban una enseñanza. Los cuentos trataban temas relacionados con el mar, príncipes y princesas y también Dios.

A mis padres, por apoyarme, a la señora Rita por guiarme, a la rectora Astrid Navarro, las señoras Nelvis Orozco y Gladys Santander por sus sugerencias y apoyo incondicional.

Le dedico este cuento a todos los afectados por el tornado del 1.º de junio de 2012.

**Grado sexto**  
**I. E. Técnico Comercial de**  
**Sabanalarga, Sabanalarga,**  
**Atlántico.**

# El demoledor cola de embudo

DAYANA MICHELL VELANDIA GÓMEZ

**E**ra un día normal de una tarde de junio. El reloj marcaba las cuatro de la tarde y todo pasaba como de costumbre. Me levanté de mi silla y miré por la ventana. Un gran tiempo se asomaba. Algo comenzó a cambiar de repente. Sonó el timbre una hora antes de lo acostumbrado. De pronto, me acordé de mi hermano. Es maravilloso contar con un hermano, especialmente en los momentos difíciles. Salir con ese hermano y sentir que puedes jugar con él y a la vez protegerlo y aprender de él. Salí con él rumbo a nuestra casa. Nos dieron salida porque se venía un fuerte aguacero. De pronto, él me dijo:

—¡Mira cuántos goleros están volando!

Miré hacia donde él me mostraba. ¡Qué susto! Solo le pude decir:

—¡Corre, hermano! ¡Eso es el demoledor cola de embudo!

—¿Cómo? —me preguntó—, ¿y entonces qué son esas cosas que vuelan si no son goleros?

—¡Corre! ¡Corre! Esos son pedazos de los techos de las casas porque el cola de embudo pasa y las va dañando junto con todo lo que encuentra a su paso. ¡Huyamos! Que no nos vaya a tropezar, porque nos puede hacer daño.

Yo estaba nerviosa y tenía mucho pánico por lo que estaba pasando, por lo que no me podía mover. De repente, reaccioné. Mi hermano y yo estábamos cerca de nuestra escuela y regresamos corriendo hacia ella. Allí encontramos a algunas profesoras de primaria, con varios niños tan nerviosos como nosotros.

Cuando entramos a la escuela, nos refugiamos en un salón de clases que estaba cerca de la entrada. Desde allí observábamos al demoledor cola de embudo, que iba destruyendo las casas y lo que hallaba a su paso. En el salón vi un clóset abierto y le dije a mi hermano:

Métete aquí para salvarnos de este horrible demoledor.

Estaba un poco lejos, pero todos los que estábamos en la escuela aún temblábamos. Nosotros queríamos salir para saber de nuestras familias y nuestros amigos, esperando que no hubiesen sido víctimas de este fenómeno natural. Pero el miedo que nos embargaba era tan grande que no teníamos las fuerzas para salir.

Después de un largo tiempo empezaron a llegar las personas a buscar a sus hijos a la escuela. Todos los niños se iban uno por uno, mientras mi hermano y yo seguíamos allí, asustados y escondidos dentro del clóset de los libros. Por eso las maestras no se dieron cuenta y se fueron. Estábamos solos en aquella escuela, sin saber nada de nuestras familias y de nuestros amigos. De repente, apareció un primo nuestro en la escuela, llamándonos a gritos. Lo oíamos lejos y no nos salía la voz para responder.

Él gritó más fuerte y empezó a golpear cuanta caja y estante encontraba hasta llegar donde estábamos, protegiéndonos del demoledor. Dio un fuerte grito y un golpe al estante. Este se abrió y pude volver en mí. Él nos reclamó y se puso un poco furioso porque estaba preocupado por nosotros. Nos preguntó:

—¿Por qué no me responden?

Todavía asustados, mi hermano y yo, a una sola voz, le respondimos:

—¡Ya se fue!, ¡ya se fue! ¡Ese demoledor que nos quería llevar! Porque eso fue lo que sentí, que nos estaba llevando muy lejos.

Mi primo nos dijo:

—Sí, ya pasó todo. ¿Cómo están?

Le respondí mirándome y sacudiéndome:

—Bien, yo creo que sí, bien.

Nos recogió para llevarnos a su casa. Cuando íbamos rumbo a su casa observábamos casas destrozadas, árboles en el suelo, postes de electricidad encima de las casas, ambulancias con personas heridas y llorando por culpa del demoledor cola de embudo. Todo era un completo desastre ese día, parecía que una bomba hubiera estallado.

Cuando llegamos nos refugiamos con la familia de mi primo. De repente, llegó nuestra madre, nos abrazamos y lloramos. Muy adentro pensaba que nunca nos íbamos a volver a ver. Luego me animé, y mamá nos dijo:

—Los he buscado en muchas partes sin que nadie me diera razón de ustedes. Temía que algo malo les hubiese pasado. ¡Qué bueno que estén aquí, sanos y salvos!

Yo también dije lo mismo, porque no sabía qué le podía haber pasado a ella. Mientras caminábamos con nuestra madre, observábamos más casas destruidas y personas heridas por culpa del demoledor cola de embudo. Después llegué a casa. Muchas personas sufrían porque sus hogares quedaron destruidos. En nuestra casa el demoledor solo derribó un árbol de guayaba, donde me gustaba sentarme a reposar después de llegar del colegio.

Lo más triste para mí fue enterarme de que un compañero quedó sin el ser más amado por culpa de ese demoledor. Y que él

también estaba herido y hospitalizado. Aún recuerdo lo que me dijo en el descanso:

—En estas vacaciones, mi mamá me va a llevar de paseo a conocer el mar. Por eso tengo tanto pesar, porque por un horrible demoledor mi compañero no pudo hacer realidad su sueño. Ver cómo en cuestión de segundos la muerte le llegó así a su querida mamá, y él tan impotente como para ayudarla.

Llegó el nuevo día con el sinsabor de verlo triste y muy acongojado por la fatalidad que le embargaba. Solo podía hacer una cosa, acompañarlo a las honras fúnebres de su amada madre y decirle que hay que seguir luchando para salir adelante.

Hoy estoy aquí, justo donde estaba mi árbol de guayaba, sentada, escribiendo esta historia. Ya veo venir las vacaciones de este verano. Me alegro, pero cuando se empieza a oscurecer el cielo, veo que son indicios de que regresará el horrible demoledor con su ruido ensordecedor a trastornar la tranquilidad en este pueblo. ■







# El bosque maravilloso



## ÁNGELA LUCÍA ANGARITA FORERO BUCARAMANGA

Le doy mis sinceros agradecimientos a Dios, quien hizo posible esta oportunidad, a mis padres, a mi tía, a mis profesores, pero especialmente a Yomaira, profesora de Lengua Castellana, quien me informó sobre el concurso y me motivó a participar. También agradezco a todos aquellos quienes me apoyan en todas mis actividades diarias.

Mi amor por los animales y por todo lo que me rodea me

dio muchas ideas para crear el cuento, también el deseo de tener mi propia perrita. Mis pasatiempos preferidos siempre han sido la lectura, la escritura y el dibujo. El deseo de este cuento es dar a conocer a todos quién soy realmente.

**Grado tercero**  
**Colegio Gimnasio Pedagógico de Comfenalco, Bucaramanga, Santander.**

# El bosque maravilloso

ÁNGELA LUCÍA ANGARITA FORERO

**E**n un bosque muy lejano había un castillo en el que vivía una hermosa princesa que tenía miles de vestidos. Cada uno poseía un poder mágico: el amarillo la hacía volar; el púrpura la hacía volver chiquita; el verde la llevaba adonde quisiera; y el rojo la volvía más bella.

Una mañana muy temprano, cuando apenas salía el sol, la princesa, muy feliz de empezar un nuevo día, se levantó, abrió su ventana como de costumbre y observó el bosque. Le encantaba escuchar el canto de los pajaritos y el sonido del río que pasaba por allí. De repente, aterrizó un pajarito en su ventana. La princesa pensó: “¿Necesitará mi ayuda?”. Tomó al pajarito en sus manos y le preguntó qué le pasaba, y el pajarito, muy preocupado, le respondió:

—Ayúdame, me perdí y no sé cómo encontrar a mi familia.

La princesa quiso ayudarlo, pero para eso debía ponerse el vestido amarillo que la hacía volar. Se lo colocó y salió de su castillo junto con el pajarito a buscar a su familia. De camino se encontró a su amigo el búho, quien los ayudó en la búsqueda. Pasaron horas y horas y aún no los encontraban. Entonces la princesa vio a lo lejos una familia de pajaritos muy preocupada y triste. Viendo esto, la princesa preguntó al pajarito:

—Amigo mío, ¿esa no será tu familia?

En ese preciso momento el pajarito voló lo más rápido que pudo hacia ese lugar, y sí, era su familia. Le dieron las gracias a la princesa por haber ayudado al pajarito a encontrarlos, se despidieron y ella regresó al castillo.

Al día siguiente, la princesa se levantó pensando por qué las hormigas trabajan tan duro. Les preguntó a sus sirvientes, y ellos le respondieron que en los libros de la biblioteca se podía encontrar cualquier cosa que quisiera averiguar. La princesa, muy emocionada, bajó las escaleras para buscarla. Cuando llegó, buscó libros sobre las hormigas y encontró muchísimos que tenían la respuesta, pero ella no podía creerlo. Quiso conocer a las hormigas en persona. Subió otra vez las escaleras para llegar a su habitación y se puso el vestido púrpura que la hacía volver chiquita para así poder viajar por el mundo de las hormigas y conocerlas un poco más.

Salió de su castillo y partió al hormiguero que quedaba muy cerca de allí. Se veían grandes las flores y los árboles. Cuando llegó al hormiguero, vio hormigas caminando de allá para acá y de acá para allá. La princesa decidió entrar. Cuando entró, se encontró a la reina hormiga diciéndoles a las demás que ya se acercaba la época de escasez y que debían trabajar más duro. La princesa les dijo:

—¿Puedo ayudarlas? Si trabajamos juntas, habrá suficiente comida para los días de escasez.

Y así fue. Todas trabajaron juntas y llenaron el hormiguero de comida. Las hormigas agradecieron a la princesa y todas comieron juntas ese día. Después de eso la princesa regresó a su castillo para descansar.

Esa misma noche dijeron por el periódico que los árboles de la Torre de los Huracanes se estaban acabando y los koalas, una especie muy común allá, se estaban extinguiendo porque todos los huracanes que pasaban tumbaban los árboles. Viendo esta situación

a la princesa se le ocurrió una gran idea que iba a servir mucho. Se acostó muy temprano para levantarse a la mañana siguiente a primera hora y ver qué era lo que sucedía.

Al día siguiente la princesa se levantó y se puso el vestido verde que la llevaría adonde quisiera, y dijo las palabras mágicas. En un segundo había llegado a la Torre de los Huracanes. Cuando llegó, había cientos de árboles en el pasto. La princesa le habló a uno de los koalas que andaba por ahí:

—Amigo, veo que tu hábitat se está acabando, y eso no puede pasar. Tengo una gran idea, y creo que la puedo poner en práctica, pero necesito ayuda. Reúne a tus amigos para contárselas a ver si les gusta.

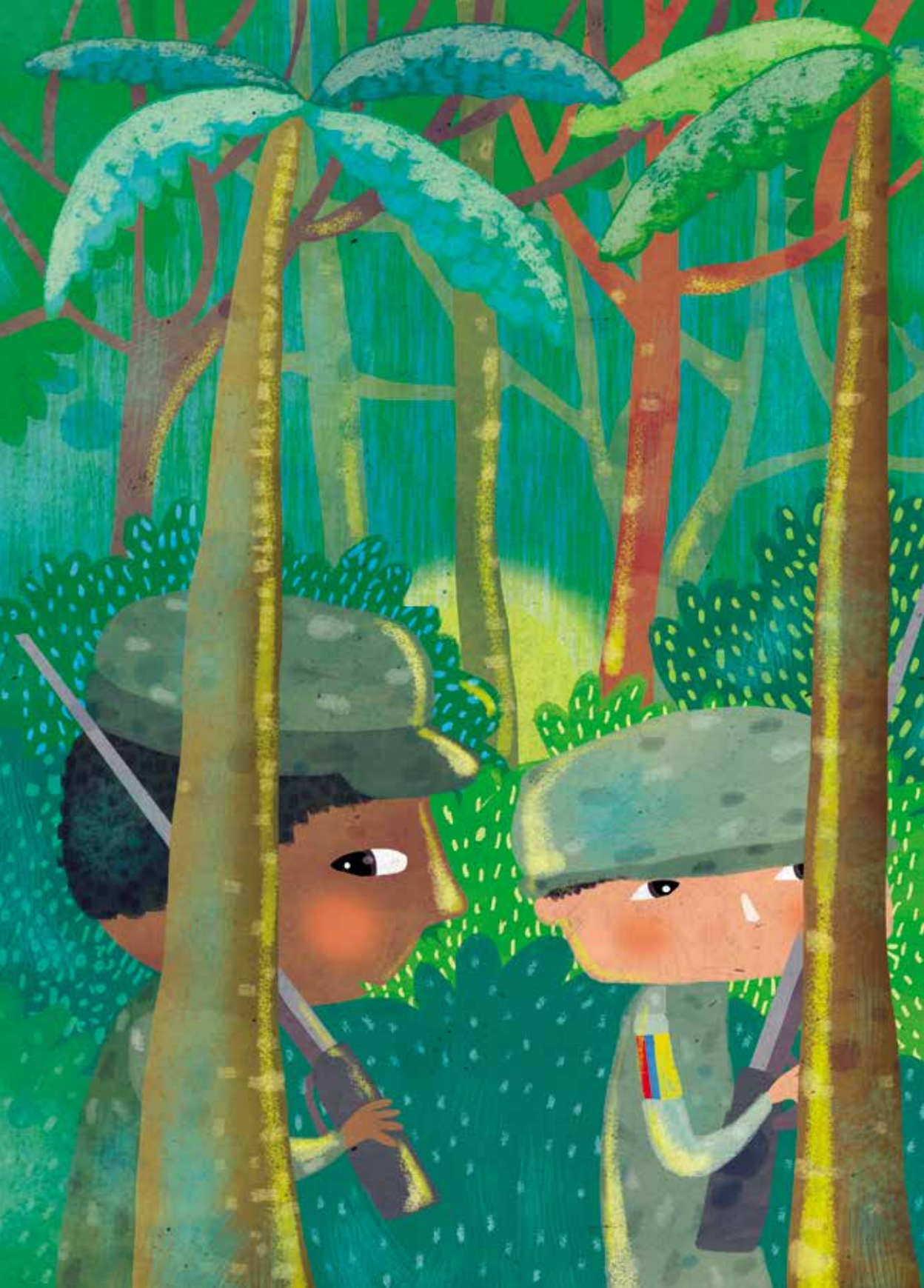
El koala llamó a los otros y les dijo que fueran a donde la princesa que tenía una gran idea y necesitaba de su ayuda. Todos los koalas se reunieron. La princesa les dijo que la gran idea era que iban a crear un árbol indestructible y a sembrar nuevos árboles para que crecieran y no los derrumbaran tan rápido.

Así fue. Con madera, hojas, paja, piedras y palos crearon el árbol más grande que hubiera existido. En ese momento llegó un huracán y no lo derrumbó. La princesa estaba muy orgullosa de lo que había hecho, y sus amigos koalas le dieron las gracias por el gran trabajo. Los huracanes no pudieron destruir el árbol. La princesa se fue muy feliz, el día había sido muy pesado y estaba muy cansada. Cuando llegó a su castillo lo primero que hizo fue acostarse y descansar.

Al día siguiente las hormigas organizaron una ceremonia sorpresa para agradecer a la princesa su ayuda. Invitaron a todos los animales del bosque. Ella oía muchos ruidos, miró por su ventana para ver qué estaba pasando y vio que los animales estaban con globos, gorros y un ramo de rosas. Inquieta, se puso el vestido rojo

que la hacía más bella y salió hacia el bosque para ver qué estaba sucediendo. Al llegar, los animales quedaron asombrados por su belleza y, muy felices, la coronaron como reina y protectora del bosque. Todos estuvieron de acuerdo con la coronación de la princesa y vivieron muy felices por siempre. ■





# La admiración del poder



**JORGE PABLO VELASCO BORDA**  
**BOGOTÁ**

A mis padres, mi abuela, mi hermana y maestros, quienes con su motivación y apoyo fueron fundamentales para impulsarme a escribir este cuento. A mi país, que anhelo ver pronto en paz.

**Grado séptimo**  
**Colegio Gimnasio Campestre,**  
**Bogotá.**

# La admiración del poder

JORGE PABLO VELASCO BORDA

**A**lgunos años atrás yo vivía en las hermosas llanuras del Meta. Ahí residía, tranquilo, ocupado en mis labores de niño, asistiendo a la escuela y jugando con mis hermanos. Varios sucesos ocurrieron que llamaron mi atención. Mi escuela fue cerrada por un grupo de hombres armados, vestidos de camuflaje, como yo había visto en la televisión. Este mismo grupo sacó a mi vecino, Pedro, de nuestro municipio porque su padre no había pagado sus deudas, según me explicó mamá. Sentí tal admiración por ese grupo revolucionario, por su poder y fuerza, que a los catorce años quería unirme a ellos.

Alias Culebra, comandante del frente que operaba cerca de nuestras veredas, se había llevado a Diego Fernando, mi mejor amigo. Después de un mes sin verlo, mis padres me habían dejado encargado de la casa porque irían a Villavicencio por algunas diligencias. El sábado en la mañana, mientras hacía mi almuerzo, alias Culebra entró a nuestra casa y me llevó con él, sin que yo me negara. Mi única preocupación era mi familia, que nunca estuvo de acuerdo con mi admiración hacia el grupo. Éramos muy pobres y vivíamos de los pocos animales que teníamos: ovejas, vacas, pollos y dos burros, pero se rumoraba que los jefes guerrilleros tenían muchas comodidades, mejor dicho, que vivían como reyes.

Después de una larga caminata, llegamos a unos campamentos donde encontré a Diego. Mi amigo cargaba un gran rifle y el uniforme del grupo, y yo pensaba en cuándo tendría yo el mío. Tenía



mucha hambre y le pregunté a Diego dónde podía conseguir comida, a lo que él respondió:

—A las tres nos sirven el único plato del día, son las 2:15 p.m., espera un poco más, pero no te acerques mucho a mí porque pueden sospechar algo, y no me quiero meter en problemas.

—Está bien, Diego, estoy muy emocionado de estar aquí —le respondí.

—¿Qué? ¿Estás loco? Este lugar es como una prisión, no puedes hacer nada, solo caminas de un campamento a otro en la mitad de la nada para complacer a nuestros jefes, que descansan en cómodos lugares mientras nosotros comemos una vez al día y arriesgamos nuestras vidas, sobre todo los más jóvenes; por ser inexpertos, vamos en primera fila cuando hay batallas, y morimos.

—Diego, no exageres, no puede ser tan malo.

—Tú lo dices porque no lo has vivido todavía, pero estás a punto, solo te digo que a mí me obligaron a venir aquí, y si no venía, mataban a toda mi familia, pero estoy seguro de que algún día podré escapar de esta cárcel.

En ese mismo instante, uno de los soldados se acercó a mí y me entregó un uniforme camuflado, un rifle y una pequeña bandera de Colombia para ponerme en mi brazo izquierdo, y me dijo:

—Niño, ¡a entrenar!

—¿Dónde, señor?

—Sigue a esas personas, ellos van al entrenamiento.

En el entrenamiento saltamos sobre troncos, nos arrastramos en el piso y trotamos mucho con unas botas muy incómodas mientras nos repetían que el ejército era nuestro enemigo. Estaba muy cansado y me fui a mi dormitorio, un colchón muy viejo tirado en el piso y tres palos que sostenían una bolsa de basura recortada en forma de carpa. En la noche hizo mucho frío y los mosquitos estuvieron presentes toda la noche. Al otro día me levanté lleno de

ronchas causadas por los insectos que me habían atacado. No dormí en toda la noche pensando en mi familia. Muy temprano nos levantaron porque el ejército se estaba aproximando. Caminamos horas y horas por la oscura selva, donde los árboles tapan la luz del sol y solo unos pocos rayos se asoman por entre las hojas y los matorrales. Realmente no caminábamos sobre una selva como la amazónica, sino entre las grandes montañas que, de igual manera, eran excelentes escondites por su cantidad de flora. Empezamos a caminar entre lodo e insectos a las 5:30 a.m. y llegamos al sitio a las 4:00 p.m., casi doce horas después.

Llegamos a comer un plato con abundante arroz y uno que otro pedazo de pollo. Mi sueño de estar en el grupo guerrillero se había vuelto más una pesadilla de la que quería escapar de una vez. Cuando acabamos de almorzar, Diego se me acercó y me susurró al oído:

—Quiero irme de aquí ya, hagamos un plan de escape.

—Diego, oí, mientras pasaba por la carpa de Culebra, que mañana es posible que haya un enfrentamiento contra el ejército, pues están muy cerca de la zona; mientras estalla el conflicto podríamos escapar.

—No es tan fácil como piensas, nosotros los jóvenes vamos en la primera fila y los soldados con experiencia atrás. Nosotros seremos un escudo humano para ellos; probablemente no saldremos vivos.

—Cuando empiece la balacera salimos corriendo de las filas por la montaña, si encontramos el río llegamos a nuestra casa —le dije.

—Estaré dispuesto a lo que sea con tal de irme de este infierno —dijo él.

—Yo sé que es muy riesgoso y llevo muy poco en estas condiciones, pero tengo que salir.

Al día siguiente, tal y como había escuchado, estalló la batalla entre el ejército y nuestras tropas. Diego y yo estuvimos en la

primera fila, junto a gente joven, de entre doce y dieciséis años. Fuimos muy afortunados porque quedamos al lado en las filas, así la escapatoria sería más fácil, pero a pesar de nuestra suerte, antes del combate, Culebra nos dijo:

—Todas las tropas tienen la obligación de disparar al que abandone la batalla.

El momento llegó finalmente. Sentía mil emociones a la vez, mi corazón latía muy rápido y sudaba exageradamente. Se oyeron los primeros disparos y esperamos a que los integrantes de nuestro grupo armado estuvieran muy concentrados en la ofensiva y en sobrevivir para huir. Empecé a correr como loco, mientras Diego me seguía. Estábamos con el uniforme completo y con las botas de caucho que nos dificultaba mucho la movilidad por el fango. Las tropas no se dieron cuenta de nuestro escape porque estaban muy concentradas, además, el ejército era mayoría, entonces buscaban la manera de resistir.

Aunque el grupo no se dio cuenta de nuestra ausencia, el ejército sí y empezaron a dispararnos. Con la adrenalina del momento seguimos corriendo, poniendo en riesgo nuestra vida, sin pensar en otras maneras de salvarnos. Hubo un momento en que el ejército paró de disparar y nosotros no acercamos a ellos gritando por ayuda. Como nuestra voz aún no era grave, nos fueron a buscar sabiendo que éramos niños. El capitán de la tropa del ejército nos ofreció un poco de agua y nos llevó a nuestras casas, afortunadamente no nos habíamos alejado mucho.

Mi mamá y mis hermanos estaban muy felices de verme, tanto que me hicieron una fiesta de bienvenida, algo muy lindo. Diego encontró a su familia y decidieron irse a Villavicencio por varias amenazas de los grupos armados. Por último, y para despedirme, mi nombre es Pedro. ■



# Un sueño hecho realidad



## JUAN ANTONIO ARRIETA FUENTES MONTELÍBANO

Nací un 16 de diciembre 2002 en la ciudad de Montería (Córdoba) y me gusta mucho el fútbol porque es un cuento en movimiento. Este cuento lo dedico a mi mamá, Ángela, quien me acompaña, me apoya en todo y se desvela para que yo duerma tranquilo. También a la Fundación Educativa de Montelíbano, mi anterior colegio, de donde surgió la tarea que me llevó a escribir y concursar.

Para el colegio, donde ya no estoy, pero que recordaré siempre con cariño y mis mejores sentimientos.

**Grado cuarto**  
**Fundación Educativa de**  
**Montelíbano, Montelíbano,**  
**Córdoba.**

# Un sueño hecho realidad

JUAN ANTONIO ARRIETA FUENTES

**H**abía una vez una niña llamada Catalina, que vivía en un pueblo llamado La Villa del Viento. Era un sitio apacible y agradable y estaba habitado por gentes muy buenas y tranquilas que vivían de su trabajo en los campos y las fincas, cuidando animales y sembrando lo que después los alimentaría. Pero también, en una cueva que quedaba a la salida de La Villa del Viento, a la que todos tenían miedo de acercarse, decían los mayores que vivía un terrible y furioso ser, un ogro despreciable de enorme tamaño que no quería a ningún ser viviente.

El monstruo era llamado Komodo por los habitantes del pueblo. Decían que nunca salía de esa cueva, ni veía la luz del sol, y que a quien se atreviera a entrar a sus dominios le esperaba la muerte más horrible, pues el monstruo los despedazaba con sus grandes mandíbulas. De él decían que era un engendro del mal que se había convertido en una enorme y horrible masa de pelos y colmillos capaces de partir una vaca en dos de un solo mordisco. La gente tenía miedo de pasar cerca de la cueva, pues contaban los viejos del pueblo que el solo gruñido del monstruo podía paralizar de miedo al más valiente y congelar la sangre en el cuerpo, pues decían que Komodo, cuando se enfurecía, botaba de sus enormes fauces lenguas de fuego como los dragones de los cuentos.

Catalina, la niña de esta historia, siempre quiso acercarse y averiguar de cerca si era cierto lo que decían del horrible monstruo. Ella, una niña hermosa, de cabellos dorados como el sol, amaba las flores y cuidaba su lindo jardín donde regaba las plantas y daba de comer a los pájaros, las ardillas y las iguanas. Creía que hasta el monstruo más terrible podía calmarse por la magia del amor y el calor de una sonrisa. Sonreía cuando había sol o tormenta, cuando tenía hambre o después de comer. Sonreía y sonreía, y su sonrisa la cuidaba de todo lo malo del mundo. “Sonreír para vivir. Vivir para sonreír”, pensaba Catalina.

Sus padres le habían dicho que era muy peligroso acercarse a la cueva y le prohibieron que pasara cerca. Un día, cuando ellos salieron, ella decidió irse para saber de una vez por todas si era verdad lo que decían del monstruo. Su abuelita le había dicho que algunas personas, de tanto ser odiadas e infelices en el mundo, acababan volviéndose monstruos horribles. Ella pensó que tal vez, si trataba de ser amigable con Komodo, lograría que el malvado pudiera ser menos malo y aprendiera a sonreír y a dejar de echar fuego y miedo sobre todo el mundo. Pensaba que tal vez Komodo no era un monstruo, sino un niño que se hizo grande sin haber conocido el amor ni el calor de una sonrisa y de un abrazo como los que ella había recibido toda su vida.

Sin pensarlo más, cogió unas rosas de su jardín y se fue sola hacia la cueva, donde Komodo pasaba su vida oscura y triste, llena de mal humor y de soledad. Llegó a la entrada de la cueva y un frío enorme le pasó por su cuerpo. Tenía miedo, pero no iba a retroceder, segura de que sonreír bastaría para calmar al más terrible de los monstruos de la Tierra. Entró, y a medida que lo hacía le pareció oír que alguien lloraba y que sus llantos eran tristes, con una amargura muy grande.

Se acercó más y pudo ver en la oscuridad de la cueva que una criatura enorme y peluda estaba acurrucada en un rincón, y a medida que ella se acercaba se dio cuenta de que no era un monstruo. Era un hombre muy viejo, con mucho pelo en su cabeza y en su cuerpo, con ojos tristes y cansados; por su rostro caían unas lágrimas muy gruesas.

Ella supo que tenía razón. Se acercó y, venciendo el miedo, le dijo:

—Hola, ¿quién eres?

Aquel ser enorme y extraño levantó la cabeza de entre sus manos y le dijo:

—Soy...

Quiso ser bueno, pero se acordó que su costumbre era ser malo para que le tuvieran miedo, puso cara feroz y de rabia y dijo, gritando tan fuerte que el vestido de Catalina se levantó por la fuerza del viento del grito:

—¿Quién eres tú que te has atrevido a entrar en mis dominios?

—Soy Catalina, y vine a saludarte y a saber si es verdad lo que dicen de ti.

—¿Y qué dicen de mí? —preguntó asustado.

—Dicen que eres un monstruo horrible y feroz que mata todo lo que se acerque, que tus gritos congelan la sangre y que sale fuego de tu boca. Pero no lo creo. Creo que eres un hombre triste y sin sonrisas, un hombre que no sabe sonreír, y por eso la alegría se fue de tu vida y vives oscuro en esta cueva. El que no sabe reír, no sabe vivir.

El monstruo, sorprendido de la niña valiente que le hablaba sin salir corriendo, le dijo:

—¿Sabes que puedo devorarte ahora mismo y nunca volverás a ver a tus padres?



—No tengo miedo. No eres malo, lo que pasa es que no sabes sonreír.

El monstruo, curioso, le dijo:

—¿Sonreír? ¿Qué es eso? Nunca recibí de eso en mi vida. Solo caminaba por el mundo entre fieras, entre gentes malas que no saben hacer eso que dices. ¿Sonreír es que se dice?

—Sí, sonreír. Voy a enseñarte a hacerlo. ¿Quieres probar?

—¿Y qué pasa si no aprendo?

—Siempre se aprende. Solo lo haces una vez, alguien te responde y entonces nunca dejarás de hacerlo.

Catalina salió, llevando de la mano a aquella criatura que lloraba porque no sabía reír. Llegó al pueblo, donde la gente corría de un lado para otro al ver a la niña de la mano de aquel monstruo terrible y feroz que podía matarla. Ella gritó a los que corrían a esconderse:

—¡Vamos, salgan todos! ¡Es solo un viejo triste que no sabe sonreír! No tengan miedo, sonrían para que aprenda y verán que no les hará ningún daño.

Con miedo, algunos se atrevieron a asomarse, y al ver que no había hecho daño a la niña, sonrieron poco a poco. Komodo, extrañado, empezó a imitar a quienes le sonreían, y se generó una cadena de sonrisas que no tuvo fin en La Villa del Viento, el pueblo que se empezó a conocer como el más feliz y sonriente del mundo.

Desde ese día, hace muchos, pero muchos años, gente de todo el mundo llega a la cueva de Komodo, donde Catalina y él pusieron una escuela para enseñar gratis a sonreír. Y dicen que en ese pueblo, en esa villa de gente alegre, todos los que tienen problemas y enfermedades del cuerpo y del alma son sanados por la medicina de las sonrisas. ■



# La letra de la muerte



**LEONARDO SYLVA MUÑOZ**  
**BOGOTÁ**

A mis papás.

Cuando en clase de Castellano nos dijeron que escribiéramos un cuento, imaginé que la mayoría de mis compañeros relataría historias familiares y clásicas. Así que me propuse hacer un texto que produjera

sensaciones distintas, algo nuevo. Por eso escogí un tema de terror. Además, confieso que escribir gana batallas a mi tímido silencio.

**Grado sexto**  
**Colegio Cafam, Bogotá.**

# La letra de la muerte

LEONARDO SYLVA MUÑOZ

**E**n una noche de octubre de 1550, José Arturo de la Calle era perseguido por un personaje misterioso. Este tenía el cuerpo cubierto de pelos que se veían entre los andrajos sucios y rotos. Al tratar de escapar, José Arturo se tropezó con una de las tantas piedras que abundaban en el Callejón de la Rosa, en la vieja ciudad de Cajilópolis. Desfallecido en el suelo, balbuceó una frase conmovedora. La bestia se acercó y...

Arturo nació en 1520 y, al igual que toda su estirpe, se dedicó a buscar los antídotos para contrarrestar enfermedades de la época. Su madre y sus hermanas mantenían frescas y bien cultivadas las plantas medicinales y hortalizas que requerían para alimentarse y hacer pócimas y mejunjes curativos. A él lo buscaban tres veces más que a sus antepasados varones, quienes se habían ocupado de abastecer un cuarto pequeño y oscuro con todos los instrumentos necesarios para la labor de médico tradicional.

Cierto día lluvioso llegó un hombre con un abrigo negro, grueso, que le tapaba todo el cuerpo. Su cara estaba cubierta con un pasamontañas que solo dejaba a la vista unos pequeños ojos verdes. Como era la costumbre, José Arturo cerró la puerta e hizo sentar al impaciente paciente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

El hombre misterioso respondió con tono adolorido:

—Sucede que me ha mordido un lobo —y al decir esto se destapó el cuello, dejando ver una marca terrible. Aunque ya se había secado, se veía brillante y muy roja.

—¡Cáspita! —replicó el médico—. Es la primera vez que me encuentro con una herida tan grave y rara. Parece la mordida de una persona, pero los agujeros son muy profundos como para que la dentadura humana haga semejante marca.

Arturo cosió con destreza la piel del hombre y vació en ella una sustancia para disminuir el dolor. Además, de una vasija negra sacó una untura que, al colocarla sobre la piel remendada, secó la herida al punto que a la vista solo quedó una raya rojiza en forma de ele. Al tiempo, le recomendó pasar tres días después.

Para la sorpresa del médico, el hombre misterioso lo visitó unas horas más tarde y le mostró que la herida había quedado como una cicatriz en forma de ele que brillaba en su cuello. Como agradecimiento, José Arturo recibió unas monedas de oro que, por un lado, tenían un rostro humano, y por el otro, la cabeza de un lobo; ambos, con el cuello tatuado con la letra L.

Durante el mes siguiente, el médico atendió a muchas personas con síntomas parecidos. Todas tenían una letra L en el cuello, y al ver las monedas brillantes que mostraban la misma marca que su herida, lloraban y cerraban sus ojos para nunca volver a despertar. A ninguno pudo salvar Arturo.

Con los acontecimientos de esos días, el médico tuvo un extraño presentimiento. Una mañana tomó las monedas y las colocó al fuego en una vasija de cobre. En la noche, cuando revisó si habían desaparecido, descubrió que estas se habían fundido en una brillante y dorada L. Con lágrimas en los ojos, agarró con fuerza la letra metálica y la escondió debajo de su abrigo. Aunque le pesaba, sabía que podría serle útil...

Así, aquel viernes 13 de octubre de 1550, José Arturo de la Calle, desfallecido en el suelo, después de tratar de huir por el Callejón de la Rosa del hombre misterioso que lo perseguía, balbuceó:

—¡Lo lamento, pero he develado el secreto!

La bestia misteriosa, entonces, respondió con un temible aullido:

—¡Auuuuuuuhhh!

Arturo sacó rápidamente la gran L y la pasó con fuerza por el cuello del monstruo, hasta que aulló, esta vez de agudo dolor...

—¡Auuuuuuuhhh!

La bestia, con la cabeza medio adherida al resto del cuerpo, intentó morder al médico, pero al desgarrarse cayó sobre él.

En la mano de José Arturo quedó la letra de la muerte, y en su rostro un gesto de victoria que combinaba con el nuevo amanecer de Cajilópolis. ■





CALI

RUTH ANGÉLICA MEJÍA ORTEGA

Batallas de un pequeño  
peón blanco

97

BOGOTÁ

ANA MARÍA PUENTES PULIDO

Mi mamá me las lleva después

91



## CATEGORÍA

BUENAVENTURA

CAROLINA BAZÁN VALENCIA

El amor

83

BARICHARA

MARÍA SOFÍA ÁNGEL SEPÚLVEDA

El último truco

87



# ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA ÚNDECIMO GRADO

## BARRANQUILLA

MARJORIE ALEXANDRA  
PEDROZO TAPIA

Al otro lado  
del espejo

107

## BARBOSA

NATALIA OSORNO ZAPATA

Yo, sentada en una piedra

113

## SAN ANDRÉS

MARCELINO HUDGSON STEELE

Efecto Doppler sobre  
la manzana de un cajero  
en el día de su cumpleaños

129



## BARRANQUILLA

NATALIA ANDREA JIMÉNEZ SILVA

Historia de dos  
que querían ser uno

101

## CHÍA

GABRIEL FELIPE  
SOLANO IGLESIAS

Como vuelo de pichón

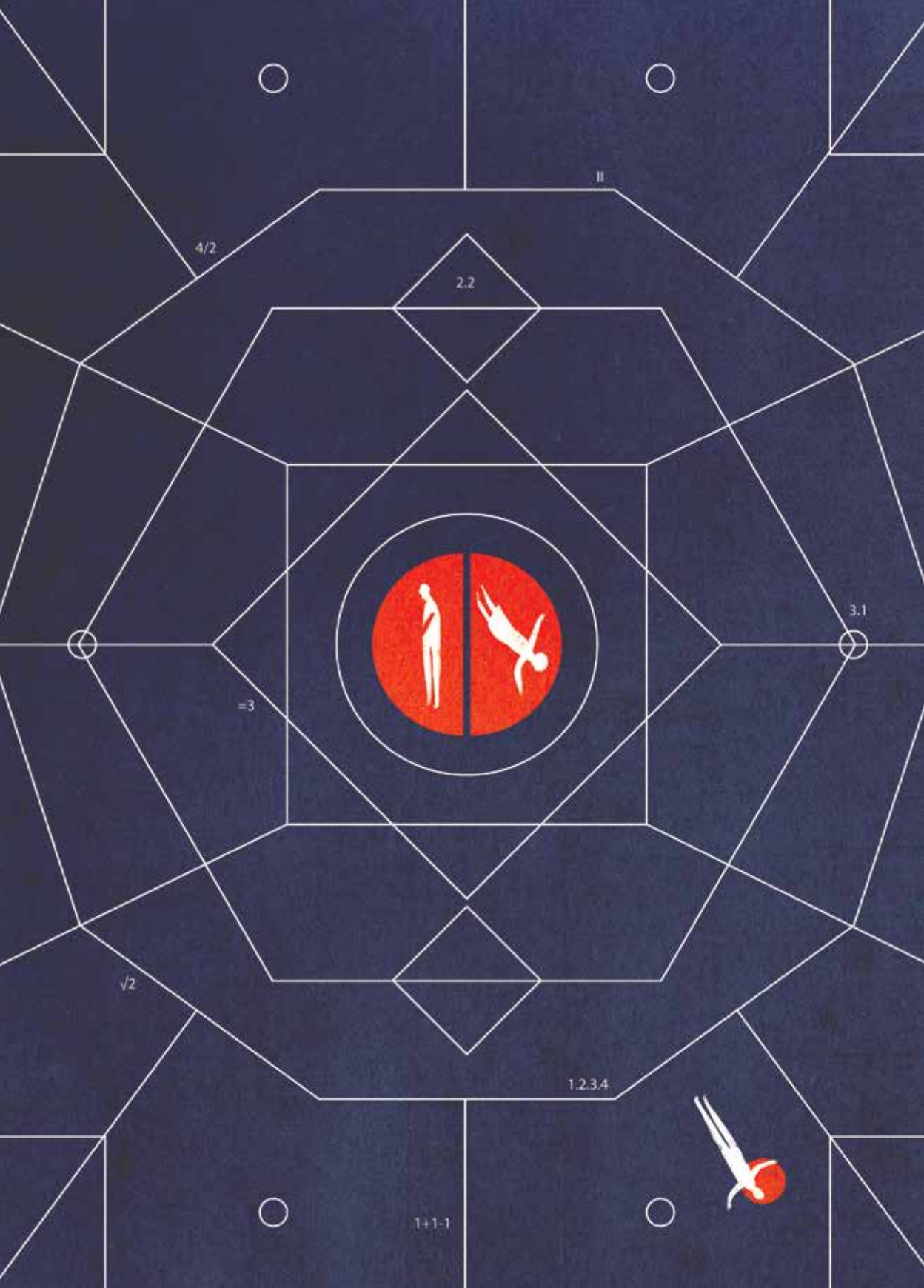
123

## BOGOTÁ

DAVID ANDRÉS  
RIVERA MOSQUERA

Tren al atardecer

117



4/2

2.2

3.1

3

$\sqrt{2}$

1.2.3.4

1+1-1



# El amor



## CAROLINA BAZÁN VALENCIA BUENAVENTURA

Es la primera vez que participo en el CNC, aunque ya he hecho muchos escritos. Mi vida se rige por el arte. Por descubrir cosas nuevas. Me encanta crear, dibujar, escribir. Amo la música. Elegí escribir porque me apasiona plasmar mis pensamientos y sentimientos. Hice el cuento para una tarea y por sorpresa ganó en el CNC.

Va dedicado a mi profesora Pastora Velázquez, quien me animó a inscribir el cuento. A mi familia y a mis amigas.

**Grado octavo**  
**Institución Educativa Escuela**  
**Normal Superior Juan**  
**Ladrilleros, Buenaventura,**  
**Valle del Cauca.**

# El amor

CAROLINA BAZÁN VALENCIA

**E**n cierto libro de Matemáticas, un cociente se enamoró de una incógnita. Él, producto de una familia de importantísimos polinomios; ella, una simple incógnita, de mezquina ecuación literal. ¡Oh! ¡Qué tremenda desigualdad! Pero como todos saben, el amor no tiene límites, y va del más infinito al menos infinito.

Embargado de amor, el cociente la contempló desde el vértice hasta la base, bajo todos los ángulos, agudos y obtusos. Era linda, una figura impar que se evidenciaba por su mirada romboidal, boca trapezoidal y senos esféricos, en un cuerpo cilíndrico de líneas sinusoidales.

—¿Quién eres? —preguntó el cociente con una mirada radical.

—Soy la raíz cuadrada de la suma de los cuadrados de los catetos. Pero puedes llamarme hipotenusa —contestó ella con la expresión algebraica de quien ama.

Él hizo de su vida una paralela a la de ella, hasta que se encontraron en el infinito. Y se amaron hasta el cuadrado de la velocidad de la luz, dejando al sabor del momento y de la pasión rectas y curvas en los jardines de la cuarta dimensión.

Él la amaba, y el amor recíproco era verdadero. Se adoraban con las mismas razones y proporciones en un intervalo abierto de la vida.

Luego de tres cuadrantes, resolvieron casarse. Trazaron planes para el futuro y todos le desearon felicidad integral. Los padrinos fueron el vector y la bisectriz. Todo marchaba sobre ejes. El amor crecía en progresión geométrica. Cuando ella estaba en sus coordenadas positivas, concibió un par: al varón, en homenaje al padrino, lo bautizaron versor; la niña, una linda abscisa. Ella fue objeto de dos operaciones.

Eran felices, hasta que un día todo se volvió una constante. Fue así que apareció otro. Sí, otro. El máximo común divisor, un frecuentador de círculos viciosos. Lo mínimo que el máximo ofreció fue de una magnitud absoluta. Ella se sintió impropia, pero amaba al máximo. Al saber de esta regla de tres, el cociente la llamó fracción ordinaria. Sintiendo un denominador común, resolvió aplicar la solución trivial: un punto de discontinuidad en sus vidas. Cuando los dos amantes estaban en coloquio, él en términos menores y ella en combinación lineal, llegó el cociente y, en un giro sin límites, disparó su 45.

Ella pasó al espacio imaginativo, y él fue a pasar a un intervalo cerrado, donde la luz solar se veía a través de pequeñas mallas cuadradas. ■

A



V

# El último truco



## MARÍA SOFÍA ÁNGEL SEPÚLVEDA BARICHARA

Más que todo (y no me voy a cansar de decirlo) me siento muy agradecida con las personas que me han dado su apoyo (mi familia, mis amigos, alguno que otro profesor), con las personas que me han criticado, pues sin ellas no me hubiera exigido para ser mejor cada día y, ¡cómo no!, con la literatura, el café, la música, el papel y el lápiz (o lapicero en su defecto).

“A mí tan solo me guía el sol”.

Lisandro Aristimuño

“Todo santo tiene un pasado y todo pecador tiene un futuro”.

Oscar Wilde

“Todo lo que vemos o parecemos es solamente un sueño dentro de un sueño”.

Edgar Allan Poe

“Todo lo que hago es parte de mí, pero nada de lo que hago es todo mío...”

Serj Tankian

**Grado noveno**  
**Instituto Técnico Aquileo Parra,**  
**Barichara, Santander.**

# El último truco

MARÍA SOFÍA ÁNGEL SEPÚLVEDA

**M**i abuelo era un mago.

Recuerdo que cuando era un niño pequeño, inocente y feliz, mi abuelo me sentaba en su regazo y hacía trucos de magia con naipes, desaparecía cosas y me contaba historias hermosas de brujas que enamoraban piratas, sirenas que seducían comerciantes incautos, soldados que se transformaban en liebres y hechiceras que convertían en cerdos a los marineros. Mi abuela se limitaba a mirarnos desde su mecedora, con la taza de café entre sus manos.

—Viejo, no le siga metiendo esas vainas al niño en la cabeza, que lo va a asustar —decía.

—Viejita, este niño no es bobo. Déjeme contarle las cosas que yo quiera, yo sé de lo que hablo —decía él.

—¡Ay, no sé! —respondía ella—. Allá usted' con sus locuras; siga metiéndole bobadas al niño pa' que vea cómo se vuelve.

Mi abuelo era soldado de la Segunda Guerra Mundial, peleó contra los nazis; ahí fue donde aprendió tantas cosas sobre el mundo y vivió tantas aventuras. Mi abuela era monja, pero al conocerlo se escapó del convento para casarse con él. Huyeron a México para tener a mi madre y vivir.



Yo creía todos sus cuentos, incluso los más fantásticos, pues pensaba que era una falta de respeto gravísima suponer que mentía. Al parecer, era el único que los creía.

Un día, no encontré al abuelo en casa por la tarde. Él nunca se ausentaba en las tardes. Fui a buscarlo y lo hallé en la playa, viendo fijamente el mar.

—¿Qué haces, abuelo?

—Pensando en mi próximo truco de magia, mijito. Nada más.

Al cabo de un rato regresamos a casa y, dos días después, el abuelo cayó enfermo. Mi madre llamó al médico y este le diagnosticó neumonía.

Mi abuela, mi madre y mi padre atacaban la enfermedad con antibióticos, antipiréticos, entre otros medicamentos. Pero la enfermedad avanzaba, impasible, insensible, y el abuelo empeoraba cada día. Tosía sangre y, entre sueños, balbuceaba frases de su juventud.

Una mañana, él llamó a mi madre.

—Entiérrenme con mis cartas, háganme el favor. Dios los bendiga —dijo. Cerró los ojos y su rostro se tiñó de paz. Nadie contuvo las lágrimas en ese momento.

El día del entierro sucedió lo impensable: el abuelo había desaparecido. Todos estábamos consternados, pues nadie había visto nada ni a nadie... En medio de toda la conmoción fui el único que, entre la gente, vio un conejo de un blanco impecable, peludo y con un naipe entre los dientes, huyendo del lugar.

No dije nada a nadie.

Hoy, a los setenta y tantos años, me sigo preguntando con renovada sorpresa: “¿quién iba a imaginar que mi abuelo era un mago haciendo su mejor y último truco de magia...?”. ■



# Mi mamá me las lleva después



**ANA MARÍA PUENTES PULIDO**  
**BOGOTÁ**

A Andrés Caicedo

“Tú, nunca te detengas ante ningún reto”.

Nacer, crecer, morir. Somos tres verbos y nada más. ¿Qué pasaría si ampliáramos el vocabulario de la vida?: explorar, aprender, leer, escribir, soñar... Un día entendí que la vida era algo más que la permanencia en el tiempo, que algo habría que dejar al mundo, y decidí crear sueños de papel para mí y para los demás.

Este es un cuento libre y juguetón, es un regalo para la imaginación y, quizá, el punto de partida de nuevas historias.

Nací en 1997, estoy creciendo aún, estudio Comunicación Social y Periodismo en la Universidad de la Sabana, y mientras espero mi punto final, hago de mi vida una aventura de palabra.

**Grado undécimo**  
**Colegio El Carmen Teresiano,**  
**Bogotá.**

# Mi mamá me las lleva después

ANA MARÍA PUENTES PULIDO

**D**on Ernesto apagó el televisor apenas acabó la telenovela del desafortunado cantante enamorado. A esas horas de la noche, ya todos los demás dormían; sin embargo, el abuelo Ernesto no tenía aún motivos para dormir. Cerró los ojos y juntó las manos sobre su pronunciada barriga; era hora de hacer el recuento de su día: Por la mañana: levantarse a eso de las cuatro para poner el tinto, seguido de una ducha fría y de los demás deberes corporales para poder sentarse en la mecedora a las seis y dormitar hasta mediodía. Por la tarde: encender la radio para amenizar un sueño de un par de horas, comer galletas de soda para tener el estómago entretenido y sacarle varios dolores de cabeza a los demás, con sus ocurrencias de viejo.

¡Por supuesto que no tenía sueño alguno! La cuestión era ahora buscar un tema para su monólogo de esa noche. Había que matar el tiempo. Sin embargo, cuando estaba a punto de empezar, oyó un sonido en la puerta, como si un perro la hubiera rasgado con las patas. Abrió los ojos, alarmado, pero el miedo fue tan efímero como el sonido, así que no tardó en volver a su conversación consigo mismo.

No logró hacerlo durante mucho tiempo. Un frío desgarrador se apoderó de la sala y no podía pensar con claridad. Los huesos le dolían, los dientes castañeteaban y las manos se movían compulsivamente para intentar entrar en calor. Luego, más que el frío, sintió un silencio lúgubre. Por miedo o incomodidad, o ambas, resolvió irse a la cama, así no tuviera motivos para dormir. Al intentar levantarse, se encontró con que su cuerpo perezoso lo ataba a la mecedora, y fue en ese intento de despertar sus piernas cuando la vio. Estaba junto al marco de la puerta, mirándolo sin ojos. Era como le habían dicho: una túnica negra abrigaba su cuerpo huesudo, era alta y delgada; no podía verle la cara, pero quizá era mejor así. Poco a poco la distancia entre ambos fue haciéndose más pequeña. Con ligereza y elegancia, ella llegó a donde estaba sentado el anciano. Don Ernesto solo alcanzó a sentir cuando ella puso sus helados dedos sobre su frente y luego... nada más.

La tarea estaba hecha y era hora de marcharse. La Parca estaba a punto de cruzar el umbral, pero se detuvo, aún había vida en ese cuarto. Dio la vuelta y encontró al anciano con la cabeza gacha y, a poca distancia, un niño de cabello alborotado. No prestó mucha atención al pequeño, después de todo, todavía no era su hora y, por su edad, tomaría ese encuentro como una pesadilla: los adultos que lo oyeran creerían que su historia era una tontería. Giró para seguir la marcha, pero fue interrumpida nuevamente.

—¿Buscaba al abuelo? —dijo el niño. Y sin esperar una respuesta, añadió—: es complicado encontrarlo, pasa casi todo el día durmiendo.

Ella no se molestó en mirarlo, intentó continuar, pero el pequeño insistió:

—¡Oiga, yo sé quién es usted! —exclamó—. No puedo llamarla por su nombre, mi mamá me prohíbe decirlo cuando el abuelo está presente.

La Parca se volteó para mirarlo. La situación le pareció un tanto divertida; hacía mucho tiempo que no sentía algo así, si es que alguna vez había sentido diversión.

—No sé por qué cada vez que mi abuelo oye esa palabra se pone blaaaanco y empieza a temblar. A veces es muy cobarde —concluyó el niño—. Yo la he visto en mis libros —añadió—, ¡y vaya que luce así! —remató sonriendo.

Tengan por seguro que si ella hubiese podido, se habría sonrojado en ese mismo instante.

—¡Usted es lo más genial del mundo! —siguió el niño con emoción—. Va por toodo el mundo haciendo visitas, y nadie le puede decir que no. ¡No tiene reglas! No se tiene que acostar a las siete, no tiene que ir a la escuela, no tiene que ir a la iglesia todos los domingos...

Y el pequeño continuó así por un buen rato, elogiándola y dando grititos de emoción en ocasiones. Tengan por seguro que si la Parca hubiese podido, una sonrisa se le habría escapado de sus labios inexistentes.

Hubo un momento en que el niño calló. Bien pudo quedarse sin aire de todo lo que había hablado, o quizá estaba tramando algo más. Se fue de la habitación y regresó tan rápido como se había ido, con una cámara y una libreta en las manos.

—Yo me voy con usted. Quiero ir a donde usted va, quiero tener una vida emocionante como la suya, quiero ser un explorador como usted. —Y sin pensarlo dos veces, pasó por el lado de su abuelo, dormido para siempre, y tomó la mano huesuda de la alta figura.

La Muerte no sabía qué hacer, nunca en su vida había sentido la incómoda sensación de la duda. La sorpresa era algo que hacía mucho tiempo no experimentaba. No podía asegurar si en su mente se asomaba el fantasma del miedo.

—¿Y tus pantuflas? —fue lo único que atinó a decir con voz gélida y penetrante.

—Mi mamá me las lleva después —respondió el niño, al tiempo que caminaba junto a su nueva amiga. ■







# Batallas de un pequeño peón blanco



**RUTH ANGÉLICA MEJÍA ORTEGA**  
**CALI**

A los guerreros que aún desconocen su grandeza.  
Entre ellos, John.

Escribir es plantar una semilla, leer es agregar el agua, aprender es añadir la luz. Al final, tú serás el árbol, pero no cualquier árbol, serás uno que tú mismo desees ser. El pequeño peón es una semilla de las muchas que

encontrarás, puedes adicionarle agua y luz. Gracias por leer una hoja del árbol que soy.

**Grado undécimo**  
**Instituto Técnico Calima, Cali,**  
**Valle del Cauca.**

# Batallas de un pequeño peón blanco

RUTH ANGÉLICA MEJÍA ORTEGA

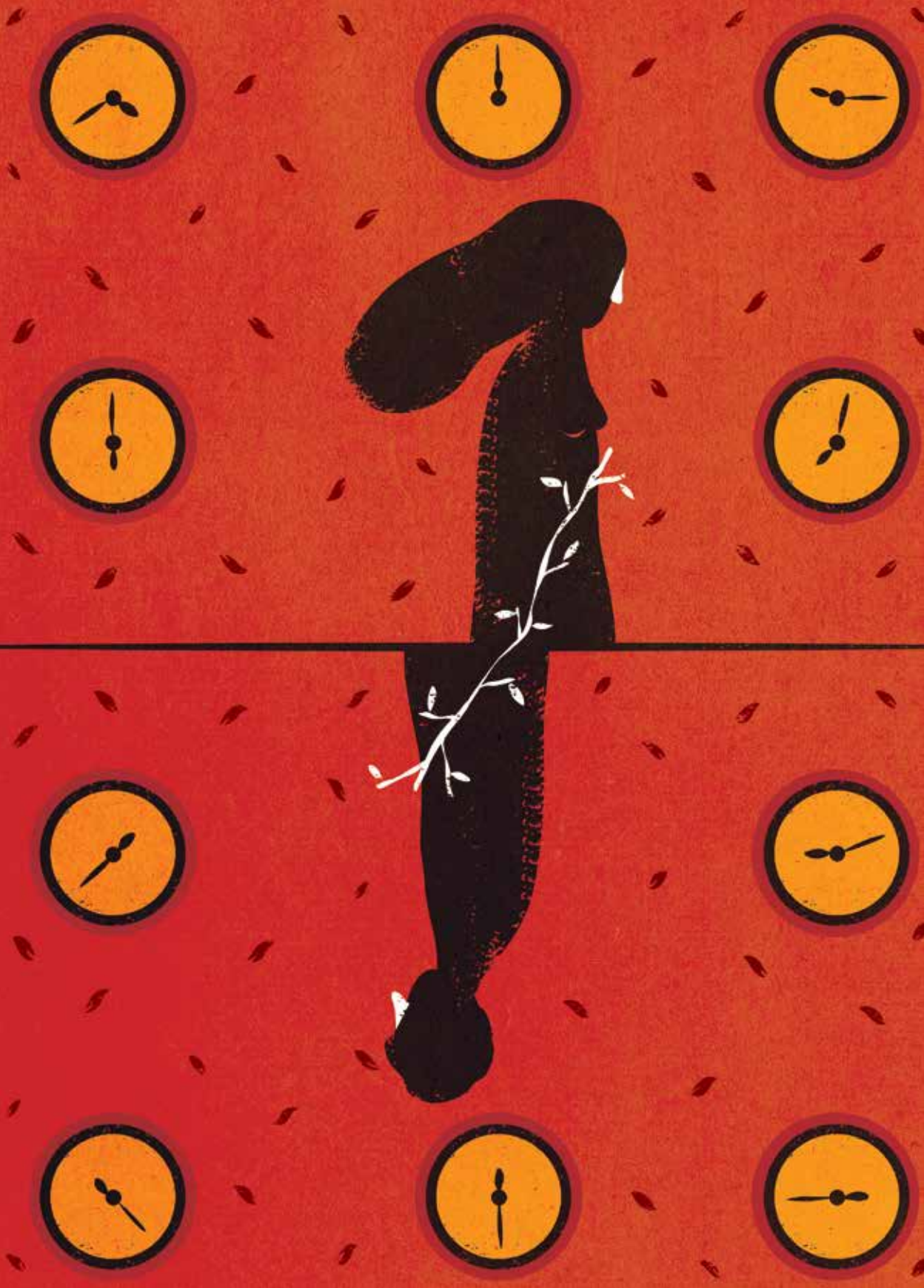
**E**staba parado en una casilla negra; mi color blanco resaltaba y mi tamaño me opacaba. Sin embargo, seguía moviéndome sin inmutarme y sin pensar en la muerte que siempre me alcanzaba, mientras admiraba la belleza de las otras fichas que me rodeaban: un caballero montado en su hermoso caballo de madera fina, un alfil con figura estilizada y vanidosa, una gran torre llena de pequeños soldaditos que la manejaban y el rey y la hermosa reina, siempre pendientes de todos los movimientos de sus oponentes.

Seguía moviéndome, esquivando los golpes sangrientos del equipo contrario, viendo cómo mis compañeros de guerra morían cruelmente por las lanzas, flechas y espadas de nuestros enemigos; y un bellissimo caballero, en su caballo blanco, estaba amenazado por un alfil negro, el cual ya tenía su espada de plata en la mano para atravesar el corazón de mi compañero, y él no podía moverse porque protegía a la hermosa reina Blanca. Sin más posibilidades de salvación, me moví una casilla más, protegiendo al valiente caballero en su caballo blanco quien a su vez protegía a la bella reina, y ahora me veía amenazado a desaparecer de esta guerra que vivía. Pero el alfil no quiso clavar su espada en mi cuerpo, y se movió atrás de mí, donde no podía verlo, donde yo no podía volver, y

bastaron solo unos segundos para escuchar el grito de dolor de la reina. “¡Ha muerto!”, pensé mientras veía cómo se seguían matando unos a otros y mientras mi figura pequeña era ignorada y tenue ante el polvo que se alzaba por la caída de muchos guerreros. Solo seguía moviéndome, agotado, cansado, moviéndome con mi pequeña hacha en la mano para protegerme de cualquier amenaza. Noté al rey Negro que se encontraba a dos casillas de mí, viéndome con temor; no entendía la razón de su mirada temerosa.

Cuando alcé la vista noté que había llegado al otro lado del tablero. No podía moverme en reversa; no podía seguir encontrando casilla, solamente encontré una extraña y maravillosa luz que salía de la casilla en donde estaba parado, una luz que cegó mis ojos, y cuando miré mi cuerpo, me di cuenta de que ya no era un peón, era una reina. ■





# Historia de dos que querían ser uno



**NATALIA ANDREA JIMÉNEZ SILVA**  
**BARRANQUILLA**

Gabo decía que ningún lugar en la vida es más triste que una cama vacía. Yo he conocido peores, más melancólicos, más tristes, paupérrimos: una biblioteca y una hoja vacía.

A mi familia, a mis amigos.  
Y a Helena y Francisco, por supuesto.

**Grado undécimo**  
**Instituto Técnico Nacional**  
**de Comercio, Barranquilla,**  
**Atlántico.**

# Historia de dos que querían ser uno

NATALIA ANDREA JIMÉNEZ SILVA

**E**ra diecinueve de agosto, y ella lo sabía porque tenía a su lado un viejo y amarillento periódico del último día en que lo había visto, exactamente hacía un año. Helena se hallaba en su habitáculo del pensamiento, el mismo que trescientos sesenta y cinco días atrás no era más que una vil madriguera donde la pasión traspasaba cada pared, cada alfombra y cada una de sus pieles, sin importar el color, la textura o el sabor de estas. Leía a Benedetti y a Sábines al mismo tiempo, sin interesarle un bledo esa doctrina que promulgaba airadamente que para todo había un tiempo específico. Desde hacía más de once meses el tiempo le importaba un carajo. Escuchaba *jazz* y fumaba cigarros, uno tras otro y al vaivén del humo que corría desafortadamente por el aire, a la nostalgia que sentía Santomé por la muerte de Avellaneda, y al compás de esta sinfonía tan ridícula ella recordaba entre sollozos cada calle, nube y acera que vivieron juntos, revueltos, distantes, e intentaba no sentir absolutamente nada, pero era verdaderamente imposible.

Helena no hacía nada más que maldecir aquel amor furtivo y fugaz y sentía un odio irremediable hacia ella, por saber —según sus estúpidas deducciones— que era la única que sufría. Imaginaba que él estaría feliz, entregándole sus amores remendados a cualquier puta y en cualquier cama o, en el peor de los casos, a

cualquier dama en cualquier iglesia. Calculó que él estaría viviendo de verdad, y se retorció al pensar que él estaba reconstruido mientras ella moría de dolor hasta en los huesos mismos, que en cada articulación llevaban un recuerdo. Cuán errada estaba Helena, qué equívocas sus deducciones.

Al otro lado del mundo, o quizá en la otra manzana, o en el otro continente, se encontraba él, el imbécil helenístico, el gran imbécil. Era Francisco, el de ojos grandes y mirada perdida. El mismo Francisco que hojeó una revista y divisó la hora en un reloj romano que conservaba hacía un par de años. Diez horas, veinte minutos y no sé cuantos segundos y menos sé cuántas milésimas. Diecinueve de agosto. Jueves.

Escuchaba *Carpe Diem* coreando cada estrofa. No fumaba. Francamente jamás lo hacía. Bebía un poco de vodka, algo inusual en él, y más si era jueves, sí, eran las diez y no sé qué de la mañana, sí, escuchaba *Carpe Diem*, sí, leía. Inusual, bastante inusual en él, pensó. Solo Helena. Para cualquier poeta sería mísero amar y solamente llegar a pensar en un nombre que además de todo era corriente. A él le importaba un comino la poesía, se rehusaba a creer que Helena era algo corriente, como los desayunos de su madre o las cervezas cuando aún no están frías.

Francisco para nada necesitaba ser un poeta o un escritor, al fin que los que escriben no aman realmente, ni viven, ni familia tendrán. Francisco no era poeta, era una computadora; sí, una computadora, y su sistema operativo constaba de una única carpeta, la carpeta “HELENA”, en donde estaban “Los besos Helena”, “Las caricias Helena”, un poco de *jazz* acompañado de una gran melodía: la Helena. En fin, Helena PDF o quizá [www.helena.com](http://www.helena.com).

Eran las diez con cuarenta minutos, minutos a los que él denominaba ella. Decidió recostarse. Estaba convencido de que dor-

mir era un anticipo diario de la muerte, y muerto jamás volvería a pensarla, o eso creía. Intento fallido. Once. Una cama algo oxidada y un hombre algo enamorado. Cerró sus ojos y, en un vaivén de tiempo que desaprovechó haciendo nada, se hicieron las doce. El meridiano, en su radiante aparición diaria. Se engañó al prever que en las doce horas restantes no pensaría en ella. Utópico, sí lo haría. La pensaría doce horas que, pensándola, serían treinta. Su computadora era eficiente, cada archivo recorrería su memoria por siempre.

Ya no era de día y la noche había llegado con los aullidos de perros, las súplicas de las prostitutas y la energía de los jóvenes. Eran las doce de la noche. Y Helena nunca entendió, pese a las explicaciones de Francisco, si las doce se referían al ayer o al hoy. Se hallaba despierta aún, y como siempre. Todavía pensaba en él. Se sentía desgraciada. Todavía lo maldecía, todavía lo amaba. Sin saber en qué momento y con qué método lo hizo, logró dormir.

Mientras tanto, Francisco se hallaba con Génesis, una de sus tantas compinches en eso del sexo, porque en el amor nadie lo acompañaba vehemente como Helena. Dormir ahora no era su prioridad.

El reloj marcaba aproximadamente la una del día. Helena soñaba que existía en un mundo mágico, lleno de dulces, balas, flores y serpientes. Recorrió miles de campos, peleó con serpientes encantadas y bebió con hadas mágicas. Era un juego y, como todos, poseía un gran premio.

Helena ganó, ganó, ganó. “¡Hurra!”, exclamó. Y ni hablar del premio. Era un trofeo grandísimo, medía un metro con ochenta y siete centímetros, y cuando lo vio de cerca supo qué era, no era nada más que su dulce desgracia: Francisco. Entonces Helena despertó con una sonrisa sobrenatural. Estaba exhausta, con los ojos brillantes y los labios húmedos. El corazón ardiéndole y sollozando de felicidad. Despertó y volvió a su mísera madriguera que olía



más a soledad que a humo y aguardiente, y tequila, y ron y vino. Qué lástima. Solo era un sueño, pobre de Helena.

Eran las cinco. Viernes. Francisco apenas regresaba de su encuentro sexual. Pensó de nuevo, como siempre lo hacía. Su karma era Helena. Francisco despabilado y Helena adormecida. Ella en el norte, él en el sur, o viceversa, o así, o como fuese. Y los ángeles y los diablos se burlaban de aquel amor tan ardiente, tan inolvidable y tan maldito. Pobre de ellos, pobres imbéciles, semejantes estúpidos. Cambiaron su tranquilidad por ser Helena y Francisco alguna vez, y ahora estaban atados con hilos rojos, fuertemente atados, y para su desgracia no podían soltarse.

Pasadas las siete de la mañana los dos soñaban, él con ella y ella con él. Momento único. Después de tanto, por fin estaban juntos. Ambos despertaron con el deseo de amarse vehementemente, de buscarse, de atarse al árbol más grande del mundo, donde ni el mismísimo Zeus los pudiese desatar. Solo soñaron. Se buscaron incesantemente, pero su amor era tan fuerte para que fuera de los felices. Sin embargo, cada noche se citaban. Cada sueño era un puente que los llevaba a amarse, bajo un puente, en las calles donde se besaban sin importar los murmullos, bajo la lluvia, rodeados de perros, de damas o solo de ellos mismos, a desearse vestidos, desnudos, sin reservas, como debía ser.

Nunca se volvieron a ver, ni humedecieron sus labios el uno contra el otro. Era Helena amándolo. Era Francisco amándola. Pero no eran Helena y Francisco. Separados, jamás juntos. Francisco murió primero, o quizá lo hizo Helena. No contaron con suerte en esta vida, pero sí con amor, porque ese predicó el uno por el otro hasta el último soplo de eternidad. ■



# Al otro lado del espejo



## MARJORIE ALEXANDRA PEDROZO TAPIA BARRANQUILLA

A mi madre, Nora Tapia, y a mi hermana, Stephanie Pedrozo, por creer en mí incluso cuando yo dejo de hacerlo.

“Cada uno se las ingenia como puede para mantener a raya el horror, la tristeza y la soledad. Yo lo hago con mis libros”.

Arturo Pérez Reverte

Grado undécimo  
Colegio Biffi de La Salle,  
Barranquilla, Atlántico.

# Al otro lado del espejo

MARJORIE ALEXANDRA PEDROZO TAPIA

Un delgado haz de luz se filtraba en mi habitación por la rendija de la puerta. Las luces en la estancia estaban apagadas, como de costumbre, pues a mi madre no le gustaba que escribiera o leyera hasta tan altas horas de la noche. Sin embargo, mi mayor preocupación en ese momento era descifrar el carácter de uno de mis personajes, que aunque ficticio, lograba traspasar con creces la delgada línea que suele separar la ficción de la realidad.

Me dispuse, luego de unas impactantes escenas detalladamente descritas, a concluir aquella historia, una de muchas. Ni yo misma conocía con certeza el destino que les deparaba a los protagonistas de tan conmovedora narración, pues me abandonaba a la abrumadora sensación de simplemente anotar todo lo que se me venía a la cabeza, pensamientos que apenas alcanzaba a vislumbrar antes de verterlos enteramente en el papel, que hacía las veces de lienzo para las que yo consideraba mis obras de arte. Luego de colocar el punto final, con una meticulosidad rayana en la obsesión, di por concluido el ritual de aquella noche y pude, finalmente, abandonarme al sueño.

A la mañana siguiente, una insólita sensación de desasosiego se apoderó de mí. Leí febrilmente la historia que había terminado recientemente y descubrí con malestar que no era como yo la había planeado. El personaje principal había desaparecido, dejando

a su paso una tenue sombra de lo que solía ser. ¿Adónde se habría marchado? Angustiada por mi creciente desencanto, ignoré los pasos que escuché junto a mi puerta, tomándolos como un aviso de que mi madre se acercaba, pues se hacía tarde para el colegio. Sin embargo, ella no apareció, así que me olvidé por completo de aquel asunto.

Ya en la noche, nuevamente en mi habitación, fui incapaz de escribir una sola línea. Me hallaba desorientada por la falta de inspiración, e incluso derramé algunas lágrimas, llena de frustración. ¿Qué estaba sucediéndome? Año tras año pasaba horas encerrada en esas cuatro paredes, devanándome los sesos con la intención de crear mundos enteros con mi pluma, y abruptamente el fértil campo de mi imaginación era un desolado desierto. Después de la única historia que no había logrado motivar en mí un ávido deseo de seguir leyendo, todo se había venido abajo.

Me derrumbé en mi cama y, por vez primera, observé realmente mi entorno, despojándolo del misticismo con el que lo apreciaba: las grisáceas paredes, las sábanas deshilachadas, la inestabilidad del escritorio de la esquina, la opaca ventana que no parecía suministrar claridad alguna a la habitación, la pila de desgastados libros frente a mí... La agobiante realidad me llegó abruptamente, como un balde de agua fría. ¿Desde cuándo vivía en ese lugar? ¿Desde cuándo todo era tan oscuro y triste? ¿Desde cuándo el gran espejo que descansaba contra la pared del fondo reflejaba una silueta oscura? Me incorporé de un salto y tardé unos minutos en recuperar la compostura. Todo era un enfermizo invento de mi imaginación, fue lo que me dije, apelando a vagas excusas: el viento movió unos papeles, fue una ilusión óptica...

Los irregulares latidos de mi corazón volvieron a la normalidad en cuanto tapé el espejo, cubierto ahora de un intrigante halo de

misterio. No obstante, aquel peculiar episodio restauró mi inspiración y volví a mi escritura con un renovado fervor. Lo primero que se me ocurrió escribir fue un haikú, un poema corto que había cruzado mi mente apenas divisé aquella extraña sombra en el espejo. Arranqué una hoja de papel del cuaderno en el que solía apuntarlo todo y escribí:

Lúgubre espejo  
Apoyado en la pared  
Me mira fijo.

Alcé la vista nuevamente, presa de una inusitada curiosidad. Me embargaba una enigmática sensación, una determinación resuelta. Arrugué la hoja, inspiré hondo, llenándome de un valor del que sabía que estaba desprovista, y retiré la sábana que cubría el espejo. No había nada que temer.

Miré el cristal de apariencia fría, ansiosa por atisbar nuevamente la silueta, pero no vi nada fuera de lo corriente. Desanimada por mi infructuosa búsqueda, volví a la cama y me acosté, sin perder de vista el espejo, pues conservaba la esperanza de que aquel fenómeno volviera a producirse.

El tiempo pasaba de una manera exasperantemente lenta; una hora se sintió como un siglo. No obstante, poco a poco el ambiente se cargó de un cariz totalmente distinto. El viento que entraba por la ventana traía consigo un aire diferente, el tic-tac producido por el reloj parecía llevar una cuenta regresiva, y yo, expectante, no despegaba la vista del enorme espejo. Así pasó lo que se sintió como un minuto, hasta que una inusualmente gélida brizna de brisa helada entró de sopetón a la estancia, y el frío me caló hasta los huesos. Una especie de regocijo reemplazó la poca inquietud que aún me embargaba y me levanté del lecho nuevamente.

Caminé de manera pausada, contando los pasos que me separaban de la pared en la que se hallaba el espejo. No conocía con exactitud el final que me esperaba, pero de todos modos seguí aquel inalterable ritmo que le otorgaba a mis movimientos un matiz dramático.

Al llegar, rocé el cristal con las yemas de los dedos. Un atractivo joven me miraba ahora desde el otro lado. Era exactamente como lo había imaginado mientras componía la trama de la historia: de tez morena, ojos claros, cabello ondulado... pero, más allá de lo físico, sus gestos, su manera de sonreír eran inconfundibles. Tenía frente a mí al protagonista de mi narración.

Tan pronto como caí en la cuenta, él extendió su mano hacia mí, llamándome, invitándome a unirme a él. Aturdida aún por tan impactante revelación, giré la cabeza y volví a ver mi descolorido mundo. Posé la vista nuevamente en la atrayente imagen que me llamaba desde el espejo, decidida, y di un paso en su dirección. Tomé su mano, aceptando su invitación, y no volví nunca más. ■







# Yo, sentada en una piedra



**NATALIA OSORNO ZAPATA  
BARBOSA**

Quiero agradecerle principalmente a Dios por este gran logro. También darle gracias a mi familia que me apoyó incondicionalmente, a Cesar, mi profesor, y a Jefferson, una persona muy especial quien me dio fuerzas para creer y luchar

por lo que quiero. Hay personas que marcan nuestras vidas para siempre.

**Grado undécimo  
Colegio Cooperativo Simón  
Bolívar, Barbosa, Antioquia.**

# Yo, sentada en una piedra

NATALIA OSORNO ZAPATA

**Y**o, sentada en una piedra.

Sí, era yo, sentada en una piedra del monte, escuchando el sonido taciturno del río, concentrada en el recuerdo de la suave mano recorriendo mi espalda, de ese cosquilleo intenso cuando sus labios rozaban la erizada piel de mis senos, sí, estaba recordando mi encuentro con ese maravilloso hombre que me hizo sentir como sienten las mujeres, el único hombre capaz de complacer mis necesidades de mujer.

Lástima que ya no estaba aquí, que ya no estaba para decirme lo valiosa que era. El día que se fue de mi vida me sentí derrotada, impotente, sin poder decir nada. Sí, ahí estaban, todos con sus uniformes verdes, buscando desesperados algo o alguien, matando cuanta persona se les atravesara. Fue el día más terrible de mi vida, cuando supe que mi único hombre, el que sabía qué partes de mi cuerpo tocar para que estallara, ya no iba a estar más. Él solamente quería protegerme.

Tiempo después volvieron. Cuando los vi de nuevo pensé que en poco tiempo me matarían, y me miraban como si se burlaran de mí, como si supieran que mi vida se convirtió en una constante espera de que el tiempo pase y se termine todo. Pasaba el tiempo y seguía viva, por lo menos respirando.

Y cuando asumieron todo el poder se aprovecharon de nosotras, nos obligaron a hacer cosas terribles. Nos hicieron las peores cosas que un hombre podría hacerle a una mujer indefensa.

No podría retroceder el tiempo, y menos acabar con ellos. Solo podía recordarlo a él, lejos de mí, tal vez enterrado en el monte, y yo sin él y con tanto miedo.

Sí, ahora no me queda más que estar sentada en esta piedra, lavando con el agua de un río ensangrentado, esperando a que uno de ellos, el que sea, quiera venir a saciarse conmigo, y yo sin poder tan siquiera llorar. ■





# Tren al atardecer



## DAVID ANDRÉS RIVERA MOSQUERA BOGOTÁ

A Dios, a mi familia y a mis profesores, gracias por apoyarme en todo momento.

“Un buen escritor expresa grandes cosas con pequeñas palabras; a la inversa del mal escritor, que dice cosas insignificantes con palabras grandiosas”.

Ernesto Sábato

Yo no podría expresar mejor la maravilla de escribir.

**Grado undécimo**  
**Colegio Miravalle, Bogotá.**

# Tren al atardecer

DAVID ANDRÉS RIVERA MOSQUERA

**M**arcos aclaró su garganta, se le hacía tarde, así que caminó con rapidez, tarareando aún la débil melodía; cruzó entre las multitudes agolpadas a ambos lados de la calle para ver a los soldados partir en medio del sueño de papeles de colores y banderolas ondeantes; los vio marchar con los ojos perdidos en el horizonte invisible, sin sonreír o saludar y sin prestar atención a la euforia general. Los miró con atención y, por un momento, se imaginó desfilando por la vía, bajo la lluvia de papeles de colores, vestido con uniforme verde y cargando un fusil negro. Pronto se apartó del desfile y se fue alejando del bullicio, entre las calles que se dirigían al oriente de la ciudad.

No soportaba tal imagen, le hacía pensar en su hermano Jaime. Se había ido un año atrás y aún recordaba la última vez que lo vio, con su uniforme verde y sus botas brillantes. La manera como salió por la puerta y se perdió en la oscuridad de la noche. Lo único que le quedaba de él era una insignia que había ganado en alguna batalla y que le había llegado una tarde remota, tras las prácticas del coro; sin embargo, no había vuelto a oír de él.

De esta forma, cuando terminó su recorrido, llegó al edificio de piedra y golpeó el portal de hierro. No pudo evitar pensar en la lluvia de balas y las explosiones, en su hermano desangrándose eternamente en un hoyo, sin morir, pero sin vivir, con los ojos perdidos en el atardecer, como lo había soñado tantas veces.

Abrió el portal un hombre con un uniforme del Ministerio de Cultura, que lo llevó a la estancia donde ensayaba el coro. Había partituras e instrumentos viejos por toda la habitación, de altas carteleras colgaban anuncios de la ópera *María*, que se estrenaría ese viernes. Tras un escritorio se encontraba el maestro y frente a él nueve muchachos entonando una melodía. Al entrar él, se detuvieron. Se quitó el saco y se paró junto al grupo. Saludó rápido y aclaró su garganta. Empezaron a cantar. Sus voces se unieron alegremente. El maestro movía la mano en el aire con suavidad. Sonaron los instrumentos al otro lado de la habitación. Se sorprendió, pero siguió cantando. No había visto a los intérpretes al entrar. Entonces le falló la voz, como le había fallado una semana atrás, y todos pararon al escuchar el aullido que salía de su garganta.

Marcos se asustó y se sintió avergonzado. Un mes atrás a Carlos, su compañero, le había cambiado la voz, y nada pudo evitarlo, se fue llorando de la ciudad con un uniforme verde y un fusil en la mano. Así era, “si no tienes la voz, te vas a la guerra”. De esta forma el coro había salvado a diez muchachos de la guerra, usándolos como acompañamiento en las veladas de la élite y en las noches de ópera que tanto amaban los militares. Marcos había aprovechado su voz para vivir.

El maestro lo hizo sentar y el resto del coro continuó practicando hasta que el reloj dio las cinco. Los intérpretes guardaron sus instrumentos y los coristas se despidieron de él, como si nunca más lo fueran a ver. Cuando el salón estuvo vacío, el maestro cerró la puerta y se sentó junto a él. La luz del atardecer se tornaba naranja y entraba por los ventanales del salón. El maestro empezó a hablar:

—Marcos, no te quiero alarmar, pero van dos prácticas en las que no has podido cantar, eres el mejor del coro, pero si ya no puedes cantar, temo que debo sacarte del grupo.

Se hizo un silencio incómodo. Ante la escrutadora mirada del maestro, Marcos respondió:

—No, no... yo... yo estoy bien, so-solo es un resfriado, sí, eso, un resfriado, me recuperaré pronto. Y aclaró su garganta.

—Eso espero, pues si no mejoras me temo que deberé informar al Ministerio —él lo miro como si no entendiera—. Irás a la guerra, ¿entiendes?, como Carlos.

Marcos palideció ante la verdad.

—Mejoraré, lo prometo —dijo con voz de niño.

El maestro lo miró y dijo:

—Está bien, tienes hasta el viernes para preparar tu voz, cantaremos en el estreno de la ópera, irán el ministro y el alcalde, ya sabes “si no tienes la voz, te vas a la guerra” —lo dijo contundente—. Puedes irte.

—Gracias —respondió Marcos mientras se ponía el saco y le daba la mano.

Salió del edificio cuando el atardecer teñía de rojo el cielo. Las nubes empezaban a cerrarse. A su mente llegó la imagen de Jaime desangrándose, pero luego pensó en lo que haría, era como Carlos, no podía evitarlo y los resfriados no eran eternos. Atravesó la calle. El día se empezaba a escurrir entre las montañas y en sus oídos resonaba la canción del coro. Recordó a sus compañeros, aquellos de los que tal vez se despediría pronto, con los que había jugado de niño, cruzado los riachuelos de la ciudad y atravesado los bosques, embarrándose hasta la cintura; pero ya no eran niños, algunos se habían ido a enfrentar la lluvia de balas, las explosiones y el atardecer rojo; otros estaban en el coro, y el resto se encontraba en las fábricas de armamento. Él sería el siguiente. Los trenes salían todos los días, y los grandes vagones atravesaban las vías férreas dejando tras de sí una estela de humo negro.



Caminó entre los faroles aún apagados. No pasaban autos, así que bajó de la acera y caminó en medio de la carretera. Se percató de que se encontraba en un lugar desconocido y sin transeúntes. En medio de su soledad, paró la marcha, se recostó en la calle desierta y se encontró frente a frente con el enigmático firmamento, salpicado por media docena de estrellas tenues y lejanas. De estar en el campo vería un millón de estrellas, como en los veranos distantes, cuando él y su hermano se acostaban en los caminos remotos del bosque y tarareaban canciones mientras el sonido de las cigarras resonaba en el aire.

El último verano se había ido mucho tiempo atrás con la nube de humo del tren. Ahora solo le quedaban las melodías que empezó a tararear, recordando el tiempo antes del racionamiento y los toques de queda, cuando sus padres bailaban en el porche de la casa de campo. Ahora solo estaban la guerra y el coro. Ni siquiera ellos habían escapado: su padre había desaparecido en el frente antes de que su hermano partiera; su madre trabajaba en una fábrica de armamento en alguna lejana ciudad, de la que llegaban postales cada seis meses.

Todo lo que amaba se hallaba lejos y solamente le quedaba una habitación que compartía con una tía, a la que su madre le mandaba dinero para su manutención; pero ese dinero no llegaba desde hacía tiempo. Allí, recostado en medio de la calle, pensaba en qué haría, en cómo volvería a cantar y si evitaría la estela de humo del tren; además, pensaba en cómo le daría a su tía el dinero que había dejado de llegar. Por más que lo intentaba, nada se le ocurría, únicamente podía pensar en su hermano, las cigarras y las melodías, en eso y en que no tenía la respuesta, en que esta llegaría de pronto, aunque no imaginó que vendría con el sonido de una bocina y dos brillantes luces. De hecho, no tuvo tiempo de levantarse completamente, ni de comprender su cercana muerte. ■



# Como vuelo de pichón



## GABRIEL FELIPE SOLANO IGLESIAS CHÍA

A mi familia, amigos y a mi amor de turno; gracias infinitas.

Esta obra no tiene otra pretensión que ella misma. Dicho eso, y con nada más ingenioso por resaltar, introduzco el principio motor de la obra, que me fue dado en un sueño por la inolvidable Frida Kahlo:

“Pies, para qué los quiero si tengo alas para volar”.

Si la frase no fuera un zahir, nada hubiese escrito.

**Grado décimo**  
**Colegio San Carlos, Bogotá.**

# Como vuelo de pichón

GABRIEL FELIPE SOLANO IGLESIAS

**E**l olor exquisito del plátano cocido penetraba con delicadeza las fosas nasales de don Reutilio Malaver, el primer costurero de profesión que tuvo la osadía de mudarse a Mirarosa, pueblo austero que se yergue entre las montañas como una mancha de civilización entre la abundancia de frailejones, arañitas, líquenes, babosas y mosquitas que uno espera encontrar a las afueras de un pueblito que la ciudad todavía no toca.

Será preciso decir que Reutilio Malaver fue introducido a las artes de la costura a una edad temprana, casi prematura, cuando un niño todavía carece de la motricidad fina de un artista y de la perspicacia creadora de un tejedor. Para describir la infancia de Reutilio Malaver es suficiente con decir que fue hijo de un padre impaciente, un hombre trabajador, comedido, amoroso y con todas las cualidades que se esperan de un padre. Nunca faltó el pan ni el techo, y la felicidad siempre se dejaba encontrar con facilidad. Desarrolló una admiración sospechosa por el vuelo de las aves, lo que al unirse con la adolescencia se transformó en un anhelo de libertad incansable, como el de un pichón que lucha por extender las alas y ser arrastrado por una corriente de aire caliente hacia la independencia de los cielos. Nunca se casó por cuestiones de tiempo, sobre todo de oficio, cuestiones de costura, de amañamiento

o familiaridad con un trabajo que era su cárcel. Pero la principal paradoja de la vida de Reutilio Malaver es que su cárcel le ofrecería aquel día de septiembre la libertad de pájaro que anheló desde su etapa todavía impúber. Y en esencia, la historia que se cuenta en los pueblos es la historia de un pichón de costurero que navega hacia la libertad, dejando atrás la condición indigna de la inexistencia y el cautiverio.

Don Reutilio Malaver devoraba sin tregua el plátano cocido en una abstracción enferma, como en plena costura. No en cualquier costura; era como si punteara en uno de los camisones titánicos de doña Udilia, la que vive frente a la plaza, o en uno de los manteles de lujo de la señora Andrea Donoso. Aparentemente el trabajo no se alejaba ni a la hora de comer, pues en eso se encontraba antes de ir a preparar el plátano. Se enfrentaba con valentía al maremágnum de camisones, pantalones y manteles con aguja e hilo, tal como los héroes de antaño que derribaban una quimera con una flecha miserable y, ante todo, con buena voluntad.

Reutilio Malaver no tenía intención de devolver ni camisones ni manteles, pues pronto se esfumaría de Mirarosa como un mal recuerdo. Udilia ya había ido a quejarse por la demora de los camisones, con una expresión iracunda que desaparecía cuando sus ojos se encontraban con los ojitos serenos de Reutilio Malaver, que se disculpaba humilde y prometía, haciendo un falso cálculo mental, que sus camisones estarían listos a la semana siguiente. La demora no era costumbre en un trabajador implacable como este. De hecho, había estado cosiendo con una constancia legendaria, con un esmero bíblico, como el de aquellos que duran en el desierto cuarenta días y cuarenta noches sin pegar el ojo, sin tomarse un respiro. Reutilio Malaver cosía sin lógica alguna, al menos sin lógica alguna para el que no supiera lo que el costurero hacía: mangas

de camisión con manteles, bordes de manteles con pantalones y sábanas. Todo perdía su nombre al ser tocado por la aguja de Reutilio. El hilo todo lo igualaba. Convertía un camisión inmenso de lino en lo mismo que un mantel vienés.

Todos los trabajos que se le encargaron a Reutilio Malaver, costurero de Mirarosa, desde los últimos días de julio hasta aquel septiembre que quedará en la eternidad de las memorias mirarosinas y los pueblos circundantes, no se volverán a ver. Malaver necesitaba existir a toda costa. Estaba decidido a escapar, a liberarse de su cárcel de hilos y agujas, a liberarse de los camisones monstruosos de doña Udilia y de los manteles extravagantes de la señora Andrea.

Al contrario de lo que se cree, en Mirarosa el viento soplaba fuerte en los primeros días de septiembre. Ya ese septiembre doña Udilia se había acostumbrado a la ausencia de sus camisones. Aquel día de ese mes, con la naturalidad de un hombre que cuelga la ropa buscando el beso del rayo de sol para secarla, sacó una masa sospechosa de telas, grandísima, y la estiró en el colgador con un ritmo solemne y carente de afanes. Se hizo visible un mamotreto esférico, una colección variada de trabajos de los dos últimos meses que integraron aquel aparato que se llenó de brisa y comenzó a dar aire de cometa y de globo aerostático.

Reutilio Malaver miró por última vez su taller, sus agujas, sus hilos y todo su dinero expuestos en la mesa de trabajo porque ya no los necesitaba. Cerró la puerta y no le puso llave, pues no iba a regresar nunca. La gente de Mirarosa miraba con atención, desde las ventanas, al que se amarraba a la esfera llena de brisa septembrina. El costurero soltó las ataduras y comenzó a elevarse por los aires. La señora Andrea distinguió su mantel, que estaba cosido con maestría a camisones y pantalones que flotaban por el cielo mirarosino arrastrando a un hombre alegre.

Reutilio Malaver miró hacia atrás mientras se ponía cómodo en el globo. Mirarosa no era más que un punto que se perdía en el horizonte, una mancha de carbón en la memoria. Y allá iba lo que solía ser un pichón cautivo de costurero, agarrado de su globo, su trabajo de los últimos meses. Allá iba un ave majestuosa, un ser existente que flotaba por el cosmos mientras maldecía el tiempo en el que usaba sus pies, el tiempo en el que todavía no sabía volar. ■







# Efecto Doppler sobre la manzana de un cajero en el día de su cumpleaños



**MARCELINO HUDGSON STEELE**  
**SAN ANDRÉS**

Le doy las gracias a Dios. Y le doy las gracias al creole, mi lengua materna, que me enseñó a burlarme de lo que me hace sufrir.

**Grado undécimo**  
**First Baptist School, San Andrés Isla, San Andrés.**

# Efecto Doppler sobre la manzana de un cajero en el día de su cumpleaños

MARCELINO HUDGSON STEELE

Todas las noches llega exhausto del trabajo y no hace más que abrir la nevera, mirar qué hay dentro, cerrarla, abrirla de nuevo porque olvida qué hay dentro, ver que solo hay latas de cerveza y algo que alguna vez fue una verdura; sacar una de las frías, sorber un poco; preguntarse qué hará de cenar y responderse tomando rodajas de pan y una lata de atún de la despensa; sentirse como un carpintero judío de hace dos mil años por comer solo panes, peces y licor; prepararse su clásico emparedado de atún; llevarse su gran festín al sofá; dejarse caer bruscamente en él; regar un poco de su cena; maldecir la cena por caer; prender la tele; bendecir los alimentos; dormirse bajo el susurro de algún programa estúpido mientras se rasca el escroto de treinta y seis años; darse cuenta al rato de que se ha dormido en el sofá; desvestirse, arrastrar los pies hasta la cama; entregarse a sus brazos; lanzarle un zapato al interruptor de la luz; fallar; lanzar el otro; levantarse para recoger ambos zapatos y apagar de paso el foco; tirarse de nuevo a la cama; finalmente, dormirse.

Era cajero y tenía el aspecto promedio de un cajero cualquiera que trabaja en un banco estándar y que no tiene nada especialmente distinto a un cajero. Entraba a las ocho, tocaba dinero que

nunca sería suyo, almorzaba con el poco dinero que sí lo era, volvía para seguir manoseando dinero ajeno y luego regresaba a casa para disfrutar de su atún, su sofá y su tele. Como todos los días. Como todas las noches. Pero esa noche fue diferente. Muy parecida a las demás, pero distinta. Y él lo notó. La cena, aunque tenía el mismo sabor a pereza, esa noche tenía, además, el gustillo de “ghevón, estás olvidando algo”.

La verdad, no se preocupó mucho. Después de todo, nunca lo hacía. “Si no puedes recordarlo, olvídalo”, se decía a sí mismo cada vez que se le volaba la paloma o solamente encontraba el rumor de que alguna vez hubo paloma. No hubo esfuerzo de ningún tipo por hallar la idea perdida, solo trabajó en pos de una comezón en los testículos hasta que concilió el sueño.

Sonó el despertador y, como todas las mañanas, Enrique se levantó; bostezó; se quedó sentado en el borde de la cama intentando despertar; miró sus pies y pensó que necesitaba arreglarse las uñas; vio luego sus zapatos y rechazó la idea; despegó lo que deberían ser sus nalgas de las sábanas babeadas y con olor a flato de madrugada fría; fue al baño, subió la tapa del inodoro y empezó a orinar; apuntó guiándose por el oído para evitarse la molestia de mirar hacia abajo; dio media vuelta sobre su eje y se encontró frente al espejo; este le devolvió la imagen de un cajero con cara de lunes (aunque era martes) y las arrugas de la almohada en los cachetes. La paloma prófuga se posó en el lavamanos: recordó entonces que ese día estaba de cumpleaños. Imaginó que le harían una fiesta sorpresa y se dio cuenta de que acababa de arruinarla. No le importó mucho, pero aun así decidió que fingiría asombro cuando le gritaran: ¡Sorpresa! “Oh, vaya, de verdad no me lo esperaba. Gracias”. Le pareció una buena frase y la sintió aún mejor cuando añadió: “No tenían por qué haberse molestado”.

Mientras se bañaba, practicó dos o tres veces su papel de sorprendido; fantaseó con la expresión que tendrían los demás al verlo y se molestó. Que se jodan si no se lo quieren creer. Terminó su ducha y, como todas las mañanas, se secó con su vieja y tosca toalla, decorada con el logo del banco; se vistió y se quejó de lo estúpido que era su uniforme de cajero; desayunó cerveza y salió enseguida a esperar la ruta; cuando apareció, se montó, empujó aquí, pegó allá, sintió una teta en su codo y sonrió; tuvo que intuir dónde debía detenerse, pues no veía a través de las ventanas gracias a la masa de gente que las cubría; se bajó, arregló un poco su traje y, como todos los días, se encerró en su cubículo. Una vez sentado, miró el reloj; acomodó los objetos de su pequeño espacio de metro por metro; volvió a mirar al reloj y le pareció que el aparato se había atascado; preparó su sonrisa para clientes y observó cómo se abría la puerta del banco. Entraron varias personas y una fila empezó a tomar forma sobre las baldosas.

“Buenos días, señor, tiene un moco en el bigote”; “buenos días, señorita, linda verruga, combina con sus zapatos”; “buenos días, señora, ¿de casualidad no es usted el muñeco ese de Michelin?”.

Solo saludaba. El resto lo pensaba. Y lo pensaba únicamente para mantenerse risueño en ese maldito oficio. Quería renunciar. Incluso desde antes de que lo contrataran quería dejar el empleo. Nunca había querido ser cajero. De hecho, nunca había querido ser algo. Solo deseaba asistir a fiestas de vez en cuando, vivir recostado sobre un sofá y que le pagaran por ello. Eso.

El reloj indicó la hora del almuerzo. Salió, almorzó en McDonald's y volvió a su oficina; alteró la muletilla de buenos días por la de buenas tardes y repitió lo de hace unas horas. Lo de todos los días. Lo de siempre.

Arribó el final de la jornada laboral y Enrique se quedó sentadito, tarareando la canción del feliz cumpleaños y llevando el ritmo con los dedos mientras miraba la manera en que sus compañeros se iban con una prisa disimulada. Poco después se levantó y atravesó la puerta que el celador, con fingida paciencia, mantenía abierta. Al salir, decidió pasar por una tienda y comprarse un par de manzanas para el camino. Aguardó un rato en el paradero de buses y se subió a su ruta, como de costumbre. Pagó, se sentó al lado de una ventana y mordió la tercera de sus frutas. Un olor a cebolla rancia se coló dentro de su nariz. Cuando descubrió de qué axila provenía, dejó de masticar, abrió ampliamente los ojos y escupió por la ventana. Residuos de manzana cayeron en el parabrisas de algún auto que iba en sentido contrario. Enrique no pudo más que reír al escuchar “hijueputa”, sometido al efecto Doppler. Arribó a su destino y se bajó, aún pensando en la cara que debió poner el tipo del auto. “Mira, querida, qué clima más extraño”. Entre risas se plantó frente a la puerta de su apartamento; practicó por última vez su rostro de pasmado; giró la llave dentro de la cerradura... empujó la puerta... solo un poco... y de repente: ¡SORPRESA!

Quedó atónito.

La sorpresa era...

...Que no había sorpresa.

Por unos instantes, su cara fue la de un niño que descubre que no hay Santa. Cuando se recobró, se fue a la cocina, preparó su emparedado de todas las noches, se dejó caer sobre el sofá, regó algo de su cena y luego profirió:

—¡Oh!, vaya, de verdad que no me lo esperaba. Muchas gracias a todos. No tenían por qué molestarse. ■



CATEGORÍA

BOGOTÁ

ÓSCAR MAURICIO  
CORZO GAVIRIA

El devorador de sombras

155

BOGOTÁ

DAVID ARMANDO  
MONTEALEGRE MAURY

Las últimas palabras del viento

149



LA CEJA

LAURA SALDARRIAGA  
CORREA

Mi abuela Fanny Liévano

137

LÍBANO

YURANY MURIEL LUENGAS  
Alejandra

143

# ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

## MEDELLÍN

JUAN SEBASTIÁN  
VELÁSQUEZ IRAL

Arturo y los niños  
de la mesa redonda

165

## SAN MARCOS

CRISTIAN ELÍAS  
CABALLERO DORIA

El río

171

## BARRANQUILLA

DIANA CAROLINA  
LOPERA PÉREZ

Café de miércoles

187



## BOGOTÁ

ALFREDO ALEJANDRO  
RODRÍGUEZ COTRINO

Viaje con papá

161

## CALI

CARLOS ANDRÉS  
IBARRA HERNÁNDEZ

La casa de negro

181

## NEIRA

MAURICIO PEÑA VALLEJO

Helado de limón

177





# Mi abuela Fanny Liévano



**LAURA SALDARRIAGA CORREA**  
**LA CEJA**

Este cuento lo dedico a mi familia, a la memoria de mi abuela Fanny, a la escritora Marga López Díaz, y a los niños y niñas de Origen Paraíso Vital.

“Yo soy una niña salvaje, inocente, libre y silvestre.

Tengo todas las edades, mis abuelas viven en mí.

Soy hermana de la nube y solo sé compartir.

Sé que todo es de todos y que todo está vivo en mí.

Mi corazón es una estrella, soy hija de la Tierra.

Viajo a bordo del Espíritu, voy camino a la eternidad”.

Cuenta con Lala.

**Psicología**  
**Universidad de Antioquia,**  
**Medellín, Antioquia.**

# Mi abuela Fanny Liévano

LAURA SALDARRIAGA CORREA

**P**ido permiso a los abuelos de este territorio y al corazón de mi abuela Fanny para abrir el libro sagrado del recuerdo y leer un capítulo de infancia. Pongo una imagen.

En una bolsita de seda guardo las joyas de mi abuela Fanny. Por un momento le pido prestados los anillos, las pulseras, los broches y collares que me llevan de viaje a las mil y una noches de Fanny Liévano. Me pongo sus vestidos de hechicera y la magia aparece. Soy el pincel, su mano mezclando los colores infinitos y las cucharas de palo que contienen la sazón inigualable de mi abuela Fanny. Saco aguja e hilo y me pongo a bordar sus carpetas. Hago que la lengüeta me cuente sus historias y secretos y con ellos escribo un tejido de palabras y de sueños. Me pongo sus tacones, que tantas tierras han pisado, me cuelgo sus fantasías y dibujo el borde de mis labios, sus labios. Mi madre dice que tengo de ella su sonrisa, que como ella me gasto el labial.

Cierro los ojos y paso la mano por las cortinas de bambú de la casa de La Ceja. Mi estatura no alcanza a superar la del baúl donde guarda óleos y acuarelas. Está cocinando algo que huele a pimientón rojo, laurel y cilantro. Las calabazas que está dejando secar al sol en pleno patio las va a pintar años más tarde sobre el comedor de madera en otra casa; *Bodegón*, se llama el cuadro, y es del color

del durazno, aunque el que más me gusta es el de orquídeas y violetas. Los caballos le quedan reales y el cuadro que pintó cuando nací, mientras estaba en un país lejano, el que cuelga de la cabecera de mi cama, ese es el mejor de todos. La veo ahora en la cocina del restaurante. Han llegado unos clientes que son ya sus amigos para toda la vida y ni siquiera se han tomado el café.

La abuela Fanny tiene un mar de siete colores de donde saca los óleos y las acuarelas para hacer aparecer la historia. Siempre me quedo mirando sus cuadros y los de su amigo Enrique Calle (KAT), el pintor de las Islas, a quien ella le recomendó un día pintar un caballito en su cuadro, porque se veía muy solo, sola la isla, solo el pintor, solos el caballito y el mar. El escritor y artista plástico Yoel Novoa me escribió un día para contarme que nunca conoció a mi abuela, pero que le hubiera encantado conocerla, ya que tuvo la oportunidad de pintar con el maestro KAT, y que entonces era algo así como un hada. Era mágica.

¡Azúcaaaa!

Como Celia Cruz cantaba mi abuela Fanny Liévano.

Tangos de Gardel, son cubano, cumbia y chachachá.

Galopa ahora para siempre en su caballo Valentino al compás del himno nacional; la condecoraron el presidente Misael Pastrana y Mamá Nina.

Pinta un cuadro a la orilla del mar de su isla. Mi abuela es una isla y es las olas. Y es las dos o tres palmeras que va haciendo aparecer en la esquinita, al lado de la negra Marina. Es también los colores del vestido y la energía del Padre Sol danzando con la luna llena, es la fuerza del San Andrés amado.

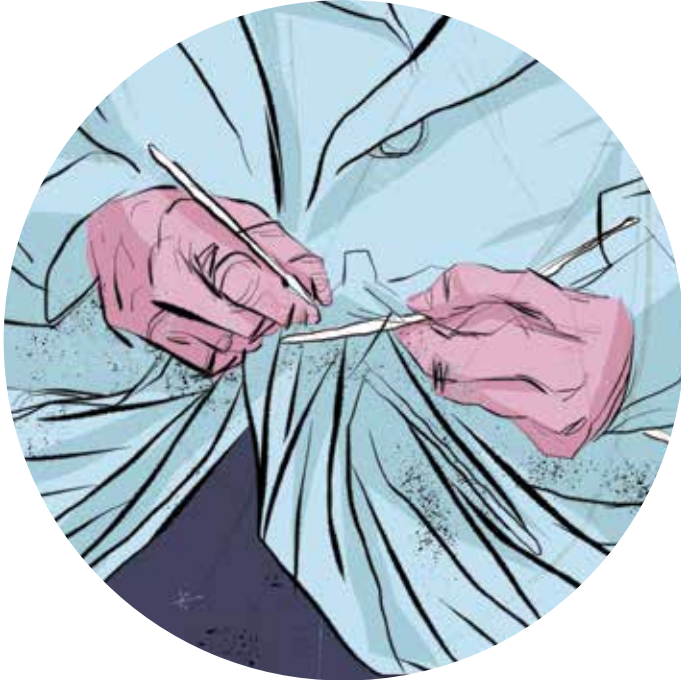
Gitana de echar raíces en el corazón de la gente, atenta de repartir una arepa para veinte si eso había, o una cena elegante como ella, para tres o cuatro. Fríjoles bostonianos, ceviche de camaró-

nes, ajiaco, arepa e huevo y ya hay fila en Café y Canela para probar la sazón de doña Fanny.

Mi abuela Fanny es alquimia pura de emociones, transforma en oro lo que toca y, con paciencia, me enseña a pintar las montañas del Capiro, a dibujar las flores hasta casi hacer aparecer su aroma, a sentir las nubes de algodón con el pincel grueso y a detallar la casita campesina del paisaje de su Ceja del Tambo.

Ella hizo costurero con sus amigas de San Antonio, galería de arte en Bogotá, fue jueza de Asdesilla y chef de comida cubana. La suegra de mi madre está hecha de magia, y con su magia jugamos a las cartas, bordamos, tejimos, pintamos e intensamente vivimos los que tuvimos la dicha de conocer a mi abuela, la que está hecha de magia y habita ahora entre los peces.

Descansa hasta siempre, mi feliz abuela. ■





# Alejandra



## YURANY MURIEL LUENGAS LÍBANO

A mi madre: luz de fortaleza en mi camino, cómplice y confidente. A la invaluable colaboración de Guillermo Manjarrés, Jorge Ladino Gaitán, Gabriel Arturo Castro y a mis compañeros de la tertulia Tinta de Búho.

“Claro que no somos una pompa fúnebre, usamos el derecho a la alegría”.

Mario Benedetti

**Licenciatura en Lengua Castellana**  
**Universidad del Tolima,**  
**Ibagué, Tolima.**

# Alejandra

YURANY MURIEL LUENGUAS

**S**e acordó de inmediato que la semana anterior había recibido una caja de chocolates y un ramo de flores de dudosa procedencia. En medio de la habitación se vio por un momento complacida al darse cuenta de que aún conservaba algo de eso que llamaban corazón. Estaba consciente de que el tiempo era oro y la agilidad con la que ejecutara sus acciones correspondería a su salvación o a su condena. La última opción, inconcebible para ella.

El día había comenzado como cualquier otro, repleto de un terrible hastío. Se levantó con las evidentes secuelas que su jornada de trabajo le generaban. Se sentó frente al espejo y reparó unas extensas ojeras que se acentuaban con el uso de ese maquillaje barato, noche tras noche, indispensable para sus faenas nocturnas. Ese rostro del espejo, que resultaba tan desconocido, era el de una mujer que había tenido que vivir los actos más crueles, producto de la profanación de su pureza.

Algunas cosas habían cambiado considerablemente, pero la noche traía consigo la necesidad de ofrecer su desnuda piel a favor de quien pudiera pagar las miserables por las que Alejandra canjeaba sus caricias y besos. Sobre la Caracas con 21, frente a la estación de gasolina, solía recostarse a repartir sus sonrisas falsas, sus fingidos amores.



La hora del baño se había convertido para ella en un ritual. Solía durar largo tiempo bajo la regadera. Se lavaba cuidadosamente el cuerpo. Se enjabonaba una y otra vez, como si quisiera que el jabón que resbalaba por su piel se llevara esos gemidos. Nunca estaba lo suficientemente limpia, siempre le quedaba algún Roberto o algún Mauricio o algún Julio que le calaban los poros obstinadamente. ¿Quién besará esta noche a Alejandra? ¿Quién desabrochará su sostén de encaje negro? ¿Quién se acercará a morder su boca roja, a respirar su aliento? ¿Quién, en busca de saciar su lujuria, penetrará en su carne de mujer, morderá su pezón contraído y se deleitará con las delicias de su delirio?

Salió a la calle con la misma incertidumbre de todos los días. El sonido de sus tacones se distorsionó con el ruido que emergía de la congestionada ciudad. Encendió un cigarrillo para que la acompañara mientras caminaba en dirección al lugar donde acostumbraba ubicarse. La noche estaba fría. Comenzó a incorporarse al festín de mujeres, al tráfico de roces al que acuden hombres de todo tipo: ricos y pobres; feroces y compasivos. Todos ávidos de olor y sabor de mujer, de complacencia de manos diligentes.

El carro se acercó despacio, como suele hacer cualquier comprador para revisar su mercancía. Su ocupante la invitó a subir. No hablaron de precios, ni de condiciones ni de duración. Ella interpretó en el silencio de su acompañante que pasaría toda la noche ocupada. El hombre condujo hacia la Primera de Mayo. En principio, se sintió convencida de que la llevaría a una de esas lujosas residencias donde la fiesta de los cuerpos estaría acompañada de buen licor; sin embargo, al llegar a la 68 giró hacia el norte.

—Me llamo Charles —dijo, en un extraño acento.

Antes de que Alejandra pudiera dejar salir el nombre suyo de sus labios, él contestó su teléfono usando un idioma que ella no entendió pero que, seguramente, era inglés.

La conversación duró el resto del recorrido, hasta una casa adoquinada (de las que abren la puerta del parqueadero con un control). Alejandra se sintió extrañada. No estaba acostumbrada a este tipo de clientela. Siempre había corrido con la triste suerte de acabar en un motel de mala muerte en compañía de un borrachín panzón que roncaba y le ponía problemas para pagar. Cuando entró a la habitación, sobre la cama había una fina maleta repleta de billetes. No pudo evitar que los ojos se le abrieran a punto de desencajarse. Nunca había visto tanto dinero junto, ni siquiera con aquel hombre (¿Ramón? ¿Ramiro? ¿Rafael? ¿Ricardo?) que decía ser dueño de las rutas del occidente. Charles dispuso las condiciones para entregarle el dinero. Ella estaba consternada. No podía cerrar los ojos. Parecía no entender lo que le proponía.

—Mátame —repetía él con desespero, ofreciéndole un arma con silenciador.

Alejandra salió con rapidez de esa casa. Casi corriendo. Tomó un taxi y le dio las indicaciones al conductor para que la regresara al centro de la ciudad. Esa noche su cuerpo no olía a Juan, ni a Pedro, ni a Pablo, ni a Lucas. Bajo la ducha, quitándose el olor a pólvora, supo a ciencia cierta quién le había enviado flores y chocolates. ■





# Las últimas palabras del viento



**DAVID ARMANDO MONTEALEGRE MAURY**  
**BOGOTÁ**

Un cuento es un pedazo de mundo, y en aquel diminuto segmento está reflejado el mundo entero. Al mundo arrojo estas primeras palabras.

**Derecho**  
**Universidad Nacional**  
**de Colombia, Bogotá.**

# Las últimas palabras del viento

DAVID ARMANDO MONTEALEGRE MAURY

**S**e abre fuego, es la primera batalla en campo abierto de esta guerra recién iniciada. Avanzan los hombres sobre la línea que divide la frontera entre las dos naciones. Todos esperan su turno para disparar. El estruendo producido por los disparos viaja a través del aire como un despliegue de truenos en medio de la niebla, y esta cubre el campo de batalla mientras los hombres caen uno a uno y se hunden en el lodo.

Francisco avanza, lo llaman. Cura a este, le dicen. Aprieta la herida abierta de un compañero que lucha por su vida. ¿Qué hacemos?, le preguntan. Denle un tiro. El destacamento se apodera de la trinchera enemiga, hay hombres que se rinden y deponen las armas. Tan pronto como se arrodillan, uno de ellos intenta correr despavorido del lugar, recibe un fuerte culetazo en la nuca, cae al piso sin conciencia. Francisco lo atiende, pero un oficial enfurecido le impide socorrerlo. ¿Qué harán con ellos?, pregunta Francisco. Son prisioneros de guerra.

La noche desciende y se esparce la oscuridad de la planicie. La mayoría de los hombres descansa mientras otro grupo vigila los alrededores. Los fantasmas se filtran en el aire y buscan sus cuerpos tendidos en todas partes; no los reconocen, son destrozos de carne

acribillada, laceraciones sobre cuerpos magullados, rostros sin forma, piel quemada. Se escucha un llanto multitudinario, voces sin cuerpo que gimen y se lamentan, y esta tristeza colectiva invade el sueño, lo enfurece, por eso vemos hombres que se levantan con los ojos turbios, el alma inquieta. Se escuchan en medio del desorden las últimas palabras que dijo el viento. La noche se prolonga y el sueño ha huido lejos, pero después de mucha espera las estrellas mueren con la luz del día.

El teniente ordena un reconocimiento de la zona. Los hombres obedecen, impulsados por una estimulación mecánica. Francisco alista su equipo y se persigna; no es creyente, pero ahora no importa. Llega un camión que traslada a los heridos hasta la enfermería. Dos murieron durante la noche; no había nada qué hacer, y otro vehículo transporta a los prisioneros hasta una zona cercada donde son depositados como cerdos en medio de un corral alambrado. “¿Qué harán con nosotros?”, se pregunta uno, y los otros permanecen en silencio. Se reanuda el pensamiento del primero: “Qué ironía, venir a perder la libertad o la vida en cumplimiento de las leyes de mi patria, estoy preso y no he violado ninguna ley”.

Unos aviones realizan ejercicios sobrevolando una base aérea que está a la espera de órdenes. Aguardan desde allí el llamado a bombardear la capital de este país invadido que se halla a pocos kilómetros de la frontera donde se dio el primer ataque. Con ello se piensa que acabará la guerra, pero la misión se retrasa. Falta la aprobación del Gobierno que reposa el desayuno sobre un acojinado sillón.

Mientras tanto, los hombres se matan de nuevo en una confrontación que acaba de empezar. Las tropas enemigas responden con más ira, les enfurece tener a este grupo de invasores durmiendo en su territorio. Las balas vuelan de lado a lado, se abren camino

entre los cuerpos de los hombres que pelean esta guerra ajena, al tiempo que varios grupos de diplomáticos son enviados a países aliados a sumarle hombres a este enfrentamiento entre países. La pesadilla no termina, se intensifica, se apodera del territorio. Las explosiones emergen como gritos que despedazan los cuerpos, se expanden con el viento y alcanzan a los soldados que se atraviesan en su onda de muerte.

Francisco aguarda una orden; la orden no llega, el caos irrumpe en la tropa, los soldados se repliegan hacia la frontera que apenas ayer atravesaron. Francisco corre. Sus compañeros caen junto a él. No hay tiempo para ellos; de seguro morirán. Los demás se resguardan entre un frondoso bosque con el que tropiezan en su huida. Allí la batalla se distorsiona, todos disparan balas en direcciones aleatorias. Francisco, por fin a salvo, encuentra en su camino a un hombre que de inmediato reconoce. Es el teniente, por eso la orden no llegaba. ¿Cómo podía llegar si quien dirige este destacamento estaba huyendo hacia un puesto de control ubicado cinco kilómetros hacia el sur? No hay forma de salvarlo, agoniza entre aquellos brazos que lo entregan sin resistencia a la muerte. Francisco continúa su camino, se abre paso entre la hierba crecida y, en medio de la confusión, encuentra a tres soldados enemigos que obstruyen su paso.

¿Qué puede hacer ahora en medio de semejante situación? Los aviones sobrevuelan el campo en ese instante. La humedad del bosque se vuelve pesada, el ambiente es difuso y la luz del sol se filtra entre las copas de los árboles en forma de lluvia luminosa que arde en las cejas. Francisco siente crecer dentro de sí un malestar que lo hunde en la rabia. Se desespera, irradia de sus ojos un ánimo profundamente consternado y se abre entre los soldados con un fuego arrojado en forma indiscriminada. Los asesina. Francis-



co, médico de profesión, formado para salvar vidas, arrebatada la de sus enemigos y luego despliega una carrera lejos del bosque para salvar la suya. Huye con lágrimas en los ojos y un sentimiento de profunda indignidad en el pecho. Lleva untada la sangre del último soldado a quien le abrió la garganta con su cuchillo de campaña. Corre lejos de aquel lugar de caos interminable y, detrás, tres fantasmas se le prenden al cuello y le dicen muy cerca al oído sus últimas palabras. ■





# El devorador de sombras



**ÓSCAR MAURICIO CORZO GAVIRIA**  
**BOGOTÁ**

Ya que la vida es demasiado impersonal, y que por tanto suele ser más fácil escribir que comer, me considero un escritor en vías de extinción. Agregaré por ello una sobrecargada sentencia de Gustave Flaubert: “Yo no tengo biografía”.

**Ingeniería Electrónica**  
**Universidad Católica**  
**de Colombia, Bogotá.**

# El devorador de sombras

ÓSCAR MAURICIO CORZO GAVIRIA

**D**urante la vida de don Isidro de la Cruz se dijeron cosas espantosas, pero como es costumbre por aquí, toda reclamación fue silenciada con dinero. Las autoridades del virreinato jamás hicieron algo contra él, pese a los rumores constantes respecto a sus ideas políticas. Para ellos ignorarlo era, en realidad, algo bastante fácil, pues don Isidro no era precisamente un panfletario, ni mucho menos un rebelde. Era un individuo excéntrico, según su opinión, un excéntrico rico e inofensivo. Para los demás, en su comportamiento público existían contradicciones profundas que enredaban el deseo de hacerse a una idea coherente de su forma de pensar. Se le reconocía como ateo, pero acostumbraba a realizar donaciones cuantiosas a la Iglesia católica. Además, era famosa su biblioteca, plagada de libros prohibidos. Fue el primero en estas tierras en declararse antimonárquico y anticlerical. Tenía una voz cavernosa, como si su garganta siempre estuviese enferma. A veces, sacerdotes inconformes lo acusaban en el púlpito, pero sus quejas, luego de pronunciarse, desaparecían como si no hubiesen sido escuchadas por nadie. Dicen que don Isidro pagaba sobornos cuantiosos. Otros afirmaron —tal vez para protegerle— que era espía de la Corona.

Vivía en el centro de Santa Fe. Su casa era grande y espaciosa; además, era dueño de una hacienda en el corregimiento de Po-

payán. Lo asistían dos hombres y dos mujeres. Lo cierto es que los hombres siempre estaban fuertemente armados y las mujeres tenían orden estricta de no hablar con nadie. Dicen que alguna vez cruzó correspondencia con rebeldes independentistas, pero luego aseguró que sus intereses eran mucho más profundos que la simple política. Realmente lo eran, de eso no había duda. Nosotros solo entendimos aquella críptica sentencia gracias a un enorme cimarrón llamado Julio, quien llegó a una parroquia arrastrándose como un gusano, con una pierna carcomida por la gangrena y gritando que había sido atacado por el diablo.

La historia que el cimarrón contó antes de morir no deja de ser una parábola de toda la historia de la libertad.

Julio era esclavo de una familia payanesa dedicada al cultivo de la caña de azúcar. Tenía un carácter inflexible y rebelde y por lo tanto vivía con la espalda lacerada y la cara llena de moretones. Alguna vez intentó asesinar a un capataz y por eso fue condenado a morir en la horca. Pero la suerte lo acompañó una última vez y logró escapar justo un día antes de su ejecución. Huyó escondido en un tronco a la deriva en el río Cauca. Dicen que estuvo en el agua por cuatro días, y que llegó a tierras de don Isidro, hambriento y medio muerto. Allí escuchó hablar por primera vez sobre la libertad. Seis lugartenientes de don Isidro hablaban a los esclavos en el alto Cauca, empujándolos a la desertión. Ya eran célebres las historias de aquellos esclavos que huían a las montañas para vivir como fieras, o al menos eso decían sus antiguos amos. Tras aquel retorno a la animalidad eran llamados Sombras, meras aproximaciones a la forma humana. Su cabeza, para las autoridades, tenía un precio superior al de su costo comercial, pues su muerte intentaría ser un acto ejemplarizante para la sociedad colonial. A su juicio, solo la violencia, la violencia extrema, podría erradicar de los esclavos el deseo de libertad.

Se dice que alguien inventó un mito para asustar a los cautivos. Sin embargo, tras la muerte de don Isidro, mucho de ese mito tuvo aspecto de verdad.

Dicen que los hombres de don Isidro hicieron una propuesta imposible de rechazar a las sombras. Un barco en Cartagena los llevaría hasta África. África, la tierra de sus padres, la tierra de los recuerdos y la nostalgia escondida en su sangre. Aunque desconfiaban acertadamente de cualquier gesto de buena voluntad por parte de un blanco, ningún esclavo pudo negarse a semejante proposición. África. La sangre hervía con tan solo pronunciar aquella antigua y ensoñadora palabra. Julio sintió que no tenía nada que temer. La verdad es que desde que fue condenado a muerte era un fantasma y habría aceptado un viaje al infierno de buena gana con tal de huir de la horca o la prisión. Aceptó. Los hombres de don Isidro lograron llevarlo hasta Santa Fe. Allí le dijeron que debía conocer a su benefactor antes de partir. Al llegar, fue recibido con un enorme festín.

Julio comió como demente y confundió el sabor de la carne con el sabor de la libertad. Antaño solo tenía derecho a comer salvado y yucas cocidas. Su benefactor, que lo observaba en silencio, le preguntó un par de veces sobre su vida en la hacienda.

—Es espantosa, un infierno, la muerte es preferible —le susurró con la boca llena de carne y sin dejar de comer—. Pero acabará pronto, gracias a usted.

Con una misteriosa sonrisa, don Isidro de la Cruz asintió.

Terminado el banquete, el sueño devoró al enorme cimarrón. Tanto que tuvo miedo, y de inmediato se supo envenenado. Intentó defenderse, intentó huir o pelear, pero sus párpados se hicieron infinitamente pesados y cayó al suelo frente al rostro impassible de su verdugo.

Solo que aquella no era la muerte. Despertó varias horas después. Se descubrió atado de pies y manos contra una pared mohosa, en un cuarto con poca luz. Al lado contrario de la habitación, otros como él colgaban de la otra pared. Cuando sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, descubrió que sus labios, manos y muslos habían sido arrancados. Los agonizantes esclavos tenían la mirada vacía y apenas respiraban mientras se desangraban. Horrorizado, inspeccionó su cuerpo. Sintió que era incapaz de moverse a libertad. Aún se sentía mareado y somnoliento. Vomitó pesadamente y, de inmediato, volvió a dormir.

Al despertar de nuevo vio cómo aquel que se había hecho llamar su libertador devoraba las entrañas de una mulata joven, cuyo rostro había sido destrozado con un mazo. En los ojos de su libertador vio el brillo de un demonio.

Intentó gritar, pero estaba amordazado. Sintió en la boca el sabor metálico de su propia sangre. Se sacudió con tanta desesperación y fuerza que arrancó sus amarraduras. Confesó que después de eso todo fue confuso. Recuerda haber clavado sus dedos en los ojos de otro hombre, de haber huido ocultándose en medio de la multitud. La infección en su pierna llevaba días devorándolo por dentro. Murió un mes después. Muchos creyeron que su historia era cosa de la fiebre, pero no fue así.

Tras la muerte de don Isidro se supo que en realidad no era español, sino francés. Su verdadero nombre era Julien-Désiré Schmaltz, antiguo capitán de la marina y sobreviviente de La Meduse, un famoso naufragio en donde los vivos tuvieron que devorar a los muertos para sobrevivir. En su casa, tras una inspección judicial, fueron encontrados cientos de cuerpos y restos conservados con sal.

—La carne es una adicción —le dijo a uno de sus hombres alguna vez—, una adicción difícil de resistir.

Y decía la verdad. ■





# Viaje con papá



## ALFREDO ALEJANDRO RODRÍGUEZ COTRINO BOGOTÁ

A Laura Sofía Rodríguez, lo único que podré dejarte son algunas pocas letras; si no te bastan, espero que encuentres las tuyas.

A Alcira Cotrino, quien entregó sus sueños para que otros lo intentaran.

A los tajos que pasaron, los que están y los que vendrán. Gracias por los buenos momentos.

*Say No More.*

**Literatura**  
**Universidad Nacional**  
**de Colombia, Bogotá.**

# Viaje con papá

ALFREDO ALEJANDRO RODRÍGUEZ COTRINO

Una llamada advertía que iban en camino, pedían que por favor esperara, que no se precipitara.

Cerró su chaqueta, inspeccionó con la mirada si Anita se encontraba bien abrigada, le dio un beso en la frente y, con voz paternal, exclamó:

—¡Es hora!

Esperó un momento a que preguntara hacia dónde partían. Anita se limitó a asentir con la cabeza y a tomar el muñeco de peluche más cercano. Al dejar la habitación estrechó su mano con cariño y, escalón por escalón, subieron hasta llegar a la azotea del edificio.

—Qué hermosa luna hay esta noche —le dijo mientras recostaba su espalda en una banca previamente preparada para el momento.

Anita asintió y preguntó si pronto vería a mamá y a tío Frank, a lo que él no respondió, pues no sabía si allí los acompañaría la vista o si esta sería necesaria.

—Pronto estaremos con ellos —se limitó a decir mientras acariciaba su rostro y ponía un pequeño objeto con forma de lenteja

en su lengua. —Esa, la que vez allá, es Escorpio —decía mientras pasaba con agua algo rojo, similar a un botón.

—¿Mañana iremos al parque? —preguntó Anita, casi sin fuerzas.

—¡Ya veremos, Ana, ya veremos! —exclamó viendo las estrellas desvanecerse lentamente, como si alguien las borrara de a poco.

Lo último que Ana alcanzó a escuchar fue el ruido de las sirenas merodeando el lugar. ■





# Arturo y los niños de la mesa redonda



## JUAN SEBASTIÁN VELÁSQUEZ IRAL MEDELLÍN

Nunca pretendí llegar más lejos de lo que el imaginario de Merlina y la escuela de ensueño me lo permitieran. Merlina fue mi real inspiración, quien me enseñó lo más esencial de mi vida y a quien quiero dedicar este corto relato, que la describe.

Es a mi novia, mi Merlina, a quien dedico este y otros triunfos en mi vida, pues ha sido la persona quien con su inagotable fe en lo que hago y en lo que soy, ha ayudado a que me transforme

en lo que soy hoy en día. Mas ella es la maestra de mi vida y mi corazón. Es a Margie Hernández Osorio a quien le regalo todos los triunfos. Es ella, la real Merlina, una maestra incansable en su quehacer. Fue ella quien mandó el cuento al concurso, y fue a ella a quien escribí. Mil gracias. Te amo.

**Licenciatura en Filosofía  
Universidad de Antioquia,  
Medellín, Antioquia.**

# Arturo y los niños de la mesa redonda

JUAN SEBASTIÁN VELÁSQUEZ IRAL

**A**rturo, el niño que vivía en la esquina de la biblioteca España, en el barrio Santo Domingo Savio, tenía ocho años cuando William, su padre, que trabajaba en el centro de Medellín vendiendo tinto y frutas, ganándose la vida honradamente para el sustento de su familia, le anunció que ya no madrugaría todos los días para comprar la mercancía en la plaza minorista, pero sí para asistir a la escuela, donde le ayudarían a formarse como un verdadero caballero y le enseñarían las artes de la defensa, los buenos modales, el honor, la lealtad, la amistad y el lema de importancia para todos estos personajes: “Trabajar siempre en equipo, defender al débil y luchar por la igualdad”.

Arturo salió de su casa en un segundo piso. Mientras se deslizaba por las escaleras se escuchaban las tormentosas llamas de los dragones que disparaban sin cesar, marcando su territorio. Se sentía desvanecer. Así fue como se retrasó el primer día de clases.

Esperó, en compañía de su padre, el descuido de los dragones de la esquina para así, en una caravana de carrozas del Metrocable, subirse y viajar hasta la comarca de Prado Centro donde se encontraba ubicada la Institución Educativa Camellot.

Mientras viajaba con su padre en uno de los vagones del metro, veía cómo circulaba la gente. Le llamaban la atención algunos personajes con sus hermosas vestimentas, sus botines coloridos y sus artefactos que los hacían ver más elegantes y sofisticados. “Quizás algún día llegaré a ser así”, pensó Arturo sin decir palabra, abrazándose fuertemente a su padre.

Al llegar, el padre se despidió y le dio un abrazo caluroso, pues era el único alimento que de seguro tendría el pequeño ese día.

Era una escuela de enormes murallas, en las cuales se encontraban pintados hermosos murales que evidenciaban el amor por el arte. En una estrecha entrada yacía un guardián y un amplio patio en el cual se jugaba libremente al *stop* y a la golosa, juegos que llamaron de inmediato la atención de Arturo, a pesar de que el patio se encontraba solo, pues ya era demasiado tarde (estas eran las consecuencias de los inconvenientes con los dragones).

Al entrar al salón, vio a una brillante maga que lo examinó con sus gafas y, con ojos de madre, le preguntó:

—Arturo, ¿por qué has llegado tarde?

Este, al no comprender por qué la hermosa mujer de cabello largo, ojos claros, nariz chata y voz melodiosa, que hacía recordar los más sutiles violines, sabía su nombre, le respondió que unos dragones le habían impedido llegar más temprano, pues si hubiera salido, las balas graneantes de sus fuegos le habrían matado, y también a su padre.

Algo que emocionó al pequeño fue la cantidad de niños y niñas que había y la conformación del salón, pues estaban organizados con sus sillas en una mesa redonda. La maestra y maga Merlina explicó que de esta manera podían reconocerse todos, algo que no proporcionaba la organización en hileras; además, con esta mesa

redonda veían a la cara al orador. Las diversas formas de represión y jerarquización se abolían aquí, pues Merlina también hacía parte de la mesa donde se debatía, aprendía, expresaba, percibía y creaba una nueva oportunidad de vida.

La única magia de esta maestra consistía en su amor por sí misma, por los demás, por el honor, por su profesión y el conocimiento.

Así fue como con el tiempo Arturo se convirtió, gracias a la escuela Camellot y a la maestra, en un caballero, aprendiendo en la interacción y en las relaciones con los otros los buenos modales, el honor, la igualdad y la ayuda al prójimo.

—Maestra Merlina, ¿por qué existen los dragones? —preguntó Arturo un día de clase.

—Todos nacemos siendo personas, Arturo, con los mismos derechos y deberes, pero hay algunos que por falta de oportunidades se dejan corromper por la magia negra para alcanzar el poder a cualquier precio, así deforman sus figuras y se transforman en dragones.

—¿Y se les puede vencer? —preguntó el pequeño Tristán.

—Sí, ahora que ya eres un caballero, que en tu tiempo aquí tu escudo han sido los libros y las ideas de otros, tu armadura, los cuadernos donde realizas los trabajos y tareas, y tu espada las ideas que construiste gracias al amor por el conocimiento y por una sociedad más justa e igualitaria...

Merlina calló un momento, mirando ya no solo a Arturo y a Tristán, sino a todos los niños que, como ellos, pertenecían a la mesa redonda.

Quizás —continuó— ustedes hubieran sido dragones, pero a diferencia de ellos, ustedes estudiaron en Camellot o hubieran podido adquirir esta formación en otro lugar. Recuerden que la



magia negra es la ignorancia y esta solo se vencerá con el saber, que es la esencia de su educación.

Y ahora ustedes, caballeros, ¿qué van a hacer para derrotar a estos dragones? ■





# El río



## CRISTIAN ELÍAS CABALLERO DORIA SAN MARCOS (SUCRE)

Muchas personas no creen en los mitos. Yo, sí. Creo que todo lo que esté amarrado a la escritura existe y, más que eso, opera y es dinámico porque ya un imaginario lo sostiene, y porque la palabra escrita es su testimonio. Por eso creo en Dios y sus ángeles; y en el diablo y sus demonios... A veces siento

que no existo o que me voy desintegrando. Es por eso que escribo: por miedo elemental a desaparecer. Yo existo, ¿y ustedes?

**Licenciatura en Música**  
**Universidad de Antioquia,**  
**Medellín, Antioquia.**

# El río

CRISTIAN ELÍAS CABALLERO DORIA

Una canoa baja por el río Caserí. El canaleta traspasa el agua sigilosamente, ondeando en la turbia superficie. El río parece estancado, inmóvil como la luna que lo alumbra, pero transita sereno y, sobre él, la canoa de Aníbal, que alista su atarraya para el tiro. Reparte mecánicamente el peso de la ensenada, envuelve en su mano derecha el paño de su atarraya de cuatro varas, engancha una punta descolgada por el plomo detrás de su codo y espera. En la parte trasera, Miguel boga la canoa sobre el remanso.

Es de madrugada y la luna alumbra pálidamente. Un fantasma blancuzco se mece sobre la mansa corriente. Es la atarraya de Aníbal, que hace sombra espectral sobre el agua. ¡Lanza!... mal tiro pa'l compadre, la atarraya no le abre del todo; sin embargo, Aníbal deja que se asiente el peso en el fondo. Miguel clava el canaleta en diagonal, tronchando el agua y arremolinando la corriente para aguantar el viaje de la canoa.

—¿Nada? —pregunta Miguel en tono de afirmación.

—Nada —responde Aníbal con un gesto sin palabras.

“Ya no es como antes”, se oye decir en el caserío. Antes, en tiempos de subienda, el pescaío brincaba solo a las canoas y las mujeres que iban a lavar al río también pescaban con sus manducos, y hasta los pelaítos jugando en los playones acababan pescando sin culpa. “Ya no es como antes”, el pescaío se fue desde que llegaron los mineros con sus dragas a revolver el agua y escarbar la tierra.

Aníbal enjuaga la atarraya sucia de fango y arma el tiro nuevamente. Miguel sigue bogando la canoa agua abajo. Río arriba están las dragas que trabajan día y noche.

“Ya no es como antes”. De la pesca podía vivir tranquilamente el hombre, mantener a la mujer y levantar a la recua de pelaos. Ahora a los hombres les toca partirse el lomo tirando machete en alguna hacienda o trabajando en las dragas, y las mujeres lavan ajeno por cualquier minucia.

Algunos mineros son negros de raza, otros fueron convertidos en negros por el sol. Pasan en tropel arriando gasolina, tubos y repuestos de motor, tumbando rastros e inventando caminos, con sus espaldas prietas, el pelo tostado y los brazos mohosos. “Mineros desgraciados”, piensa Aníbal mientras los observa en las tardes desde su taburete, recostado en un horcón de su rancho.

El lomo de una moneda de plata centellea en el cielo profundo. Es el delgado hilo de la luna menguante. Su brillo pálido se duplica en el espejo ondeante del río donde se reflejan las figuras de los dos hombres sobre la canoa. Aníbal mece el plomo y se alista para otro tiro, baila con su atarraya entre los brazos. ¡Lanza!... La atarraya viaja rompiendo el aire con sus cientos de ojos enmarcados en nailon. La envergadura en vuelo rapaz va tramando una circunferencia casi perfecta; finalmente, la enxada se desploma sobre la superficie como un látigo que espuma en el agua. Su sonido, al caer, tiene el efecto de un aguacero. Buen tiro pa'l compadre. Aníbal espera, inspecciona con el pulso las intimidades de la red bajo el agua, sabe que el pescaño encerrado se estrella contra las paredes de la atarraya buscando salida y acaba aprisionado en el seno, su berrinche bajo el agua lo delata en el pulso adiestrado del pescador. Pero esta vez no hay nada. Aníbal mece la atarraya de un lado a otro como medida última de prudencia en el oficio.

“Ya no es como antes”, ya el agua no se puede beber porque está contaminada con mercurio. “Cava un pozo para saltar el agua, Aníbal, la del río ya no sirve”, dijo Raquel un día. Cuando se fueron a vivir juntos, Raquel apenas tenía quince años y Aníbal veintitrés. Las cosas eran distintas cuando eso: la tierra no estaba tan trajinada y las aguas del río eran de color verde-azul clarito.

—Vámonos a vivir juntos, mi Raque, yo te amo —fue la proposición de él.

—Aníbal, de amor no se vive.

—De amor no se vive, pero del río sí, tú sabes que soy buen pescador.

Con esta certidumbre decidieron armar rancho aparte. El río sería su sustento material, y el amor que se tenían el sustento para sus almas. Pero “ya no es como antes”, ya no se puede vivir del río, y como tampoco se puede vivir de amor, entonces ya no se vive, se sufre.

Una canoa baja por el río Caserí, sus aguas vienen barriendo las orillas empantanadas y lamiendo las peñas empolvadas. Ya el sol raya el alba y después de hacer siete lances con la atarraya no hay ni un solo pescaño a bordo, acaso tampoco haya ni un solo pescaño en el río. Aníbal da por terminada la faena y envuelve la atarraya en la punta de la canoa.

—Vámonos, Migue, ya es tarde —dice Aníbal a quien es su hijo desde hace diecisiete años y quien, a estas alturas de la vida, no ha visto aquellos bagres de treinta libras, aquellas doradas perrencuadas y aquellos cipotes bocachicos con los ojos brillantes y saltones de los que tanto le ha hablado su papá; no ha visto tampoco aquellas aguas claritas del río donde lavaban las mujeres y corrincheaban los pelaítos. Para él, el río no es más que una masa uniforme de agua sucia que baja al son de los motores, una despensa de oro enterrado. Para él, el río no es para pescar, es para minear, y las canoas son para arriar gasolina.

Aníbal empuña otro canaleta y comienza a remar río arriba, hacia donde están las dragas, hacia donde está su rancho de paredes de cañaflera y techo en hojas de bijao.

—Dale rápido, Migue.

Ya es de día cuando desembarcan. Antes de llegar al rancho, Raquel sabe que no han cogido nada. “Si hubieran cogido algo, Migue hubiera llegado corriendo. El pobre nunca ha visto que saquen un pescaío del río”, piensa Raquel mientras vigila por entre las cañafleras destartadas de la cocina la proximidad de los frustrados pescadores que llegan con las manos vacías como suma evidencia.

—¿Ni uno? —pregunta Raquel.

—Nada, hija —responde Aníbal con resignación.

Después del desayuno, Aníbal cuelga la atarraya en un guayabo y se prepara: se pone una camisa de manga larga, una bermuda remendada y botas de caucho. La pobreza no le es extraña, pero le ofende la miseria.

—Allá te espero, Migue.

Aníbal toma un aire y emprende la marcha por la orilla del río, reventada por años de explotación minera. El sonido punzante de los motores aumenta cada vez más. Aníbal observa la miseria del río y lo encuentra irreconocible, le parece que es otro río. Pero no es otro río, es el mismo río con otras aguas. Al llegar al lugar, Aníbal baja por un barranco y avanza por el playón, su pelo está tostado y sus brazos mohosos por el sol. Detrás llega Miguel, con una pimpina de gasolina al hombro. Ambos son negros de sol. Aníbal revisa la máquina y enrolla un canto de cuerda en el embrague, prende el primer motor en tres intentos... prende un segundo que empieza a rugir roncamente y la draga ya comienza a aspirar el lecho fangoso del río. El río que lo vio crecer y convertirse en pescador y que ahora lo ve convertido en minero. ■





# Helado de limón



**MAURICIO PEÑA VALLEJO  
NEIRA (CALDAS)**

A mi querida Lila y a mi madre.  
"¿No comprendes, señor erudito,  
que yo te gusto y represento  
algo para ti, porque en mi  
interior hay algo que responde a  
tu ser y te comprende?"

Hermann Hesse

**Administración Financiera  
Universidad del Tolima,  
Ibagué, Tolima.**

# Helado de limón

MAURICIO PEÑA VALLEJO

**P**arecía un día cualquiera de verano y, sin embargo, llovía a raudales. Federico se entretenía mirando cómo el agua limpiaba toda la suciedad de las calles y cómo esos arroyuelos que se habían formado perdían su fuerza por instantes cuando el ímpetu de la lluvia disminuía. El sonido de una ambulancia pasando rápidamente por una calle cercana hizo volver a Federico de sus cavilaciones. Esperaba a Rocío. Graciosa coincidencia, pensó, esperar a alguien llamado Rocío bajo la lluvia. La ausencia de Rocío no se debía a la lluvia, pues había empezado a llover alrededor de unas dos horas después de las cuatro de la tarde, hora pactada para el encuentro. Pasada media hora y sin recibir noticia de Rocío, Federico le escribió un mensaje preguntando si tardaría, pero nunca recibió respuesta.

Así, mientras esperaba y miraba a la calle por el enorme ventanal del centro comercial, Federico tuvo la sensación de que alguien lo miraba, volteó y vio que era ella, la extraña de zapatos color verde limón, a quien veía con cierta frecuencia en el paradero cercano a su casa; lo miraba con compasión, sí, esa era la palabra. Federico había intentado ocultarlo, pero ahora su cara reflejaba la desazón que le producía el haber sido plantado.

Ambos ya eran dos caras que se vuelven familiares en esos pequeños mundos que suelen ser los paraderos. Ella comía un helado, algo extraño para una tarde tan fría, y a pesar de eso no desentonaba, incluso inspiraba a Federico a comerse uno. Estaba sola y no parecía estar esperando a nadie. Él sintió que si no le hablaba en ese momento nunca lo haría; incluso, como un relámpago, pasó por su mente la extraña imagen de él despidiéndose de ella mientras el barco en el que él iba se alejaba del puerto. “Por qué no”, se dijo a sí mismo Federico, no tenía nada que perder, así que inhaló y exhaló, despacio y con fuerza mientras cerraba sus ojos por unos segundos. Empezó a oír los acelerados latidos de su corazón, la adrenalina corría por su cuerpo, estaba listo. Giró y caminó despacio con rumbo al puesto de helados. Pidió dos conos de limón. Buscó con su mirada la mesa donde ella estaba y, al llegar, estiró su mano entregándole el cono. Ella lo miró sin emitir sonido.

—Hola, extraña —dijo él con una sonrisa.

—Hola, extraño —contestó ella devolviendo la sonrisa, y añadió—: pensé que no ibas a venir. ■



# La casa de negro



**CARLOS ANDRÉS IBARRA HERNÁNDEZ**  
**CALI**

Fui simplemente el amanuense de una historia que la realidad de este país tejió sola.

A las personas que me quieren y que quiero, y al captor, que al leer este relato libera a su prisionero.

**Regencia y Farmacia**  
**Institución Universitaria**  
**Antonio José Camacho, Cali,**  
**Valle del Cauca.**

# La casa de negro

CARLOS ANDRÉS IBARRA HERNÁNDEZ

**N**o recuerdo con certeza la mañana obnubilada en la que el sargento Corrales partió hacia la guerra. Mi casa estaba al frente de la de él y por eso pude ver el beso inocuo que le dio a su madre en la frente, el movimiento fortísimo con el que puso su enorme morral sobre los hombros y la caminata firme con la que abandonó la calle. Doña Magola no paró de agitar la mano hasta que su hijo dobló la esquina. No pude evitar, a mis pueriles diez años, sentir en mi pecho la ecuménica sensación de un mal presagio.

Dos meses después, la noticia del secuestro del sargento Corrales hizo metástasis en todo el país y mi empedrada calle se llenó por esos días de periodistas, militares y curiosos. Fueron un par de semanas convulsas, en donde todos los vecinos intentaron figurar en la televisión nacional, dispuestos a declarar las bondadosas y altruistas cualidades del secuestrado. Pero la crispación terminó cuando aparecieron las primeras imágenes de supervivencia. Un pequeño, pero truculento video, en el cual se podía ver al sargento en unos tristes harapos verdes, encadenado a un árbol de tronco grueso, sentado sobre una tupida hierba y mirando al cielo con ojos que expresaban toda la desgracia del mundo. Luego, un par de declaraciones más de doña Magola y de uno que otro vecino.

Un par de días después desaparecieron los militares, los periodistas, los curiosos, y la calle retomó su soledad de siempre. El país olvidó al sargento y a su madre. Ni los noticieros ni la prensa volvieron jamás a hablar de doña Magola ni del sargento Corrales.

Ella trató de seguir con su vida en la medida que le fue posible, pero siempre su rostro reflejaba el dolor y el desasosiego. Todos olvidaron a doña Magola. Todos menos yo. Dos veces por semana iba a su casa. Ella me ofrecía galletas y leche, me narraba las proezas de su hijo en la guerra, me mostraba fotos, cartas, y cada vez que lo hacía rompía en llanto. Yo la escuchaba con atención y en ocasiones sentí su dolor como propio. Mi madre me decía que tratara de no frecuentarla tanto porque, según ella, podría correr el riesgo de que intentara reemplazar a su hijo conmigo. No entendía cómo una madre podía decir semejantes sandeces. Una madre no reemplaza a un hijo con nada ni con nadie.

Una mañana de domingo, luego de un año exacto del secuestro, el ruido de un camión viejo me despertó de sopetón. Vi a unos hombres descargar del vehículo unas enormes bolsas con lo que parecía tierra, maleza, arbustos y un par de galones de pintura. Dejaron todo en casa de doña Magola y se fueron. Esa misma tarde, la dama caída en desgracia empezó a pintar la fachada de su casa con pintura negra.

—Ahora sí se enloqueció. Te queda prohibido volver a esa casa —dijo mi madre tajante.

Yo, obviamente, no pensaba obedecer tan cruel orden.

Al día siguiente, el molesto ruido de la cerrajería me volvió a sacar violentamente de mi sueño. Un hombre hacía una pequeña adaptación a la puerta de la casa de doña Magola: una compuerta de unos veinte centímetros de ancho y de largo, que se abría hacia afuera y que el hábil cerrajero dotó de una aldaba diminuta. Luego,

la ahora misteriosa señora pintó toda la puerta de negro y opalizó la ventana. La casa se convirtió en un punto tétrico en medio de la comparsa de casas coloridas que habitaban mi empedrada calle.

Esa noche, doña Magola me llamó en secreto.

—Muchacho, toma esta tarjeta débito. Los días cinco de cada mes me comprarás los víveres que te escribo en este papel que te estoy entregando. Cuando los tengas, los llevas a mi puerta y me los entregas. Cada vez que lo hagas puedes sacar cien mil pesos de ahí, como pago por las molestias. En el papel va la clave. Te voy a estar infinitamente agradecida. Adiós, muchacho.

No me dejó siquiera responder si aceptaba o no. Se encerró en su casa. Me había encargado una misión que, a mis once años, parecía extraña, pero sencilla. Los víveres que solicitaba eran pocos: botellas de agua, panes, latas de atún y de fríjoles.

Nadie en mi calle empedrada entendía nada de lo que sucedía. Yo daba testimonio de que estaba viva porque los días cinco de cada mes veía su cada vez más envejecida y delgada mano tomar los víveres por la compuerta. Nunca me decía ni tan siquiera gracias.

Jamás le fallé a doña Magola. Por diez largos años cumplí mi cometido religiosamente. El negro de su casa se fue volviendo amarillento y opaco. A nadie le importó nada, pues hacía más de diez años todo el mundo había olvidado a la madre de un secuestrado. Todos menos yo, que veía su débil mano los cinco de cada mes y percibía, al abrirse por pocos segundos la compuerta, los agresivos olores a selva y a misterio que se escapaban, y mi boca se llenaba del acerbo sabor del regaliz. Realmente nunca me quise esforzar en saber qué sucedía dentro de la casa negra, pero tampoco pude olvidar a doña Magola ni al sargento Corrales ni tampoco pude dejar de cumplir con mi extraña tarea, que me dejaba cien mil pesos los cinco de cada mes.



Un martes de julio, las noticias anunciaron la liberación del sargento, luego de once tortuosos años de secuestro. Un par de días después, lo volví a ver, entrando por la calle empedrada, delirantemente flaco, con un pequeño morral y con el enorme peso del olvido y la soledad auestas. Se detuvo por un momento y giró la cabeza a todos lados con consternación. Yo lo tomé del hombro y lo direccioné hasta su casa. Cuando estuvimos en frente, empezó a temblar y lloró tenuemente.

—¿Murió? —me preguntó.

—No.

—¡Mamá, volví! —gritó mientras tocaba eufóricamente la puerta.

Segundos después, la puerta se abrió tímidamente. Doña Magola salió lentamente. La vejez y el dolor la habían desfigurado. Su cuerpo parecía un pequeño bulto que tambaleaba. Cuando intentó acercarse a su hijo, se detuvo de golpe y el estruendo de algún metal nos dejó espantados. La casa era por dentro una selva urbana. Había un tronco grueso, una tupida hierba y una cadena que le envolvía el pie izquierdo. Era una representación exacta de aquel video de supervivencia. Recreó esa imagen al interior de su casa y se encerró a esperar a su hijo ahí, diez años sin pausa, tratando de vivir la misma desgracia del sargento Corrales.

Mi madre se equivocaba. Un hijo no se reemplaza con nada ni con nadie. ■



# Café de miércoles



**DIANA CAROLINA LOPERA PÉREZ**  
**BARRANQUILLA**

Tengo diecinueve años, tengo mundos en la cabeza y tengo historias por contar. Esta es una.

A mi mamá, mi abuela, mi hermano y mi tía sin quienes este cuento no habría visto la luz.

A Steph, la primera en leerme. A las noches de nictalopía y creación.

**Psicología**  
**Fundación Universitaria del Norte, Barranquilla, Atlántico.**

# Café de miércoles

DIANA CAROLINA LOPERA PÉREZ

**E**n una esquina de la ciudad, entre dos calles que no merecen ser nombradas, hay un café pintoresco y de grandes ventanales que nunca está vacío, pero tampoco lleno del todo.

Allí, todos los miércoles, sin excepción, aparece una joven de cabello corto, abrazada a un libro distinto cada mes. Se queda alrededor de dos horas tomándose un café acorde con el libro que lee. Café con crema para *Orgullo y prejuicio*, con vainilla para *El amor en los tiempos del cólera*, capuchino para *Ensayo sobre la ceguera*, bien cargado para *Crimen y castigo*.

Pero esa tarde, con un nuevo libro entre manos, se encontró haciendo la fila sin saber qué pedir.

Se abrazó con más fuerza a su libro mientras la fila, normalmente lenta, avanzaba con inusual rapidez. Cuando finalmente se enfrentó al familiar rostro de la cajera, se encontró con la mente en blanco y la lengua trabada.

Justo mientras decidía dar media vuelta y volver a hacer la fila para ganar tiempo, una voz grave le sugirió, muy bajito:

—Un moca.

A ella le pareció una gran idea y lo pidió enseguida, pensando que era más que adecuado para su libro. Se sentó en su lugar ha-

bitual y, acto seguido, se sumergió por completo en el mundo que las letras impresas le ofrecían.

Solo fue una hora después, en medio del apasionado discurso del protagonista, que levantó la cabeza y cayó en la cuenta de que la idea de tomarse un moca no había sido suya.

Recorrió el local con la mirada, preguntándose quién, entre toda esa gente, le habría recomendado tan buena combinación.

No había mucha gente en las mesas: un par de estudiantes tomando malteadas, dos o tres ejecutivos tecleando en sus portátiles y, al fondo, en la esquina opuesta a la de ella, un muchacho con un libro entre las manos y un café en la mesa.

El muchacho, sintiéndose observado, levantó la mirada para encontrarse con la de ella. Le sonrió, pícaro, y levantó su taza como para hacer un brindis.

Ella supo, sin preguntarle ni esforzar la vista, que él leía el mismo libro y tomaba el mismo café.

Bajó la vista, dispuesta a seguir leyendo, no sin antes haber tomado una decisión:

La próxima semana, ella sugeriría el café. ■

# 4

CATEGORÍA

BOGOTÁ

NICOLÁS CAMILO  
CUERVO RINCÓN  
El emperador pacifista

199



BUGA

RAMIRO GARCÍA MEDINA

Aura

193

## DOCENTES

### IBAGUÉ

CARLOS ARTURO  
GAMBOA BOBADILLA  
Díganle a Julio que  
la guerra terminó

209



### BOGOTÁ

ROCÍO DEL PILAR  
CRUZ CALDERÓN  
La extraña en la ventana

203

### MANAURE

EDUAR JAVIER VEGA PÉREZ  
Didáctica y herramientas  
para un milagro

215





# Aura



## RAMIRO GARCÍA MEDINA BUGA

“Soy un lector, todo lo demás es añadidura”.

Psicólogo y magíster en Literatura Colombiana y Latinoamericana de la Universidad del Valle.

Finalista en los concursos de cuento Ciudad de Barrancabermeja; I Concurso Hispanoamericano de Cuento contra la Discriminación, en

México, y el Concurso Nacional de Cuento La Cueva, en Barranquilla.

Trabaja como docente en básica primaria en Buga y en el plan de licenciatura en Literatura de la Universidad del Valle.

**Docente de Básica Primaria  
I. E. Agrícola Guadalajara de  
Buga, sede Antonio José Sucre,  
Buga, Valle del Cauca.**

# Aura

RAMIRO GARCÍA MEDINA

**C**ontarte esta historia es como conseguir una voz desde la muerte, porque si la estás leyendo es porque estoy muerta. Sé que tu preocupación por mí comenzó hace unas semanas, cuando Julieta entró en mi cuarto y me escuchó hablando con el abuelo. Dos días después, vino Federico, tu amigo el psicólogo, y comprendí que creías que me estaba volviendo loca. También a mí me costó trabajo entender que no era cierto. El primer día que vi a tu abuelo estaba sentado en el borde de la cama. Me quedé congelada.

—¿Cómo has estado, Aura? —me preguntó.

No supe qué contestar. Se levantó de la cama y me sonrió. Lo vi agachar la cabeza y después me dijo:

—Te he extrañado tanto.

Sentí deseos de llorar, pero no lo hice.

—¿Por qué no has venido conmigo? —me preguntó.

Pensé que era el colmo. Después de diecinueve años de viudez, venir desde la muerte para preguntarme por qué no había muerto, me pareció inaudito. Él percibió mi terror.

—Tranquilízate —me dijo.

Agaché la cabeza, las lágrimas brotaron y me agarró las manos. Fue como si el tiempo se transformara, y mirándome las manos me susurró:

—¿Te acuerdas, Aura?

Y cómo no me iba a acordar si con ese recuerdo comenzaba mi vida de mujer. Las líneas de mi vejez estaban marcadas a mis dieciséis años y él las pudo ver el día en que nos conocimos, cuando salió de entre los abedules y se metió al río, donde yo me estaba bañando. Me había asustado tanto como al verlo sentado en el borde de la cama y creo que por eso buscó el recuerdo en mi memoria, para tranquilizarme con una historia que parecía repetirse. Cuando me cogió las manos en el río me dijo:

—Te vas a casar conmigo.

Yo estaba asustada. Él salió del río y se perdió entre los abedules. Así comenzó nuestro amor, y el recuerdo me hizo sonreír. Sentí que el miedo iba desapareciendo. Saqué fuerza y le pregunté:

—¿Vienes por mí?

Tu abuelo asintió. Sentí terror de nuevo.

—¿Cuándo? —le pregunté.

Tu abuelo hizo una inspiración profunda, casi triste. Comprendí que estaba llegando al final, que no era el recomenzar de una historia, porque ninguna vida vuelve a comenzar y cada segundo tiene el carácter de lo definitivo. Volví a preguntarle:

—¿Cuándo?

Tu abuelo sonrió:

—Cuando estés preparada —respondió.

Julieta entró en el cuarto y él desapareció.

Esa noche pensé que nunca iba a estar preparada para morir, no, por lo menos, si podía evadir esa preparación como quien evade un cursillo. Sé que al día siguiente escuchaste, a través de la puerta, todo lo que hablé con el abuelo, porque cuando vino Federico entendí el terror que te causaba pensar que me estaba volviendo loca. Al principio, comencé a contarle a Federico lo que hablaba

con mi esposo muerto con todas las revoluciones del corazón. Le conté que me había preguntado qué me hacía falta por vivir, y que así había entendido que el tiempo destinado para cumplir con una misión en la vida estaba llegando a la hora de la evaluación final. Mi propia evaluación. Supe que viví para ser madre, ese sustantivo que es explicado por los hijos, la familia y la sociedad. No dudé en responderle a tu abuelo que lo único que me hacía falta era contarte esta historia, y mientras buscaba la forma de hacerlo nuestras tardes se fueron llenando de remembranzas. Por eso, algunas veces, cuando llegaba Federico, me encontraba triste y otras alegre. Una tarde alcancé a rozar el terror, y cuando llegó se lo conté. Le dije que me había acercado a tu abuelo y acariciado su piel, que se había puesto tibia y que tenía el aliento fermentado por el café cerrero. Fue tan real, tan físico, que le mordí los labios y por las comisuras le corrió una hebrita de sangre tibia. Le acaricié el pelo, los rizos suaves se le despeinaron y alcancé a inhalar el olor de su colonia de pino silvestre. Tenía color en las mejillas y brillo en los ojos.

—Estás vivo —le dije.

Él, con una sonrisa, me respondió:

—Morir sin ti no es morir.

Esa tarde lloré y ya no sabía si era de terror, tristeza o angustia. Federico me pidió que me tranquilizara. Lo miré a los ojos, con duda, y le hice la pregunta que me estaba corrompiendo el corazón:

—¿Estoy loca?

Como no me contestaba le pregunté:

—¿Es posible que vea a mi esposo?

Federico me miró con firmeza:

—Todo es posible por amor —me respondió.

Con el paso de los días fui entendiendo que la presencia de tu abuelo en mi cuarto no era un delirio senil de mi alma, era la po-

sibilidad de morir creyendo en el amor. Fue así como recuperé la tranquilidad, volví a dormir con placidez en las noches y comencé a pensar cómo escribir esta historia. Solo tenía la certeza de que la historia de todo ser humano es incompleta sin su muerte, y la mía estaba pidiendo ser terminada.

Hace poco o mucho, depende del momento en que estés leyendo y poco importa en el tiempo de los muertos, tu abuelo estaba muy alegre. Lo vi cristalino y sonriente. Hablamos de felicidad.

—Ven conmigo —me dijo.

Por fin, después de ochenta y dos años de vida, no sentí temor de morir. —Espérame entre los abedules —le dije.

Sonrió con amor.

—¿Cuándo vas a venir? —me preguntó.

—Cuando termine de contarle la historia a Silvana —le respondí.

Fui a tu cuarto y te dejé mi herencia, una herencia de palabras y significados:

—Mientras vivas —te dije—, tu recuerdo de mí te amará en tu memoria.

Me diste ese abrazo que me he llevado a la muerte. Volví a mi cuarto para pensar en este párrafo y, con toda calma, entendí que era el momento adecuado para escribir el punto final. ■



# El emperador pacifista



## NICOLÁS CAMILO CUERVO RINCÓN BOGOTÁ

A mis amados padres, que con una biblioteca llena de cuentos me inyectaron hace muchos años una poderosa debilidad por las letras.

Para mí la narrativa, como la música o el cine, es fuente inagotable de placeres. Pero cuando se conjuga

armoniosamente con algún toque sórdido, incendiario, satírico o mordaz produce una exquisita sensación de zozobra. Esa sensación, en el arte, es altamente adictiva.

**Docente de Cine**  
**Colegio Refous, Bogotá.**

# El emperador pacifista

## NICOLÁS CAMILO CUERVO RINCÓN

**U**n emperador pacifista enlistó en su ejército a los hombres con la peor puntería del reino con el fin de lanzarse a la guerra, no causar ninguna muerte y así lograr la paz entre los países.

Cuando llegó la primera gran batalla, las huestes del emperador pacifista partieron de su campamento militar, armadas de arietes de asedio, ballestas, catapultas, arcos y flechas destinadas a no dar en el blanco. Eran cientos de hombres torpes, débiles e incompetentes, que como estrategia de ataque iban a disparar a los cuerpos, pero de seguro no iban a impactar a ningún soldado enemigo.

La infantería rival ya estaba en posición. Una horda de bravíos y valerosos guerreros con armaduras forjadas para soportar las más arduas peleas. Eran fornidos mercenarios enfilados junto a la montaña; sus formaciones defensivas eran rígidas y sus tiradores certeros y resistentes.

Las fuerzas del emperador pacifista llegaron, se ubicaron e inmediatamente empezaron a disparar. Las flechas saltaban hacia arriba o hacia atrás, las puntas de piedra encendidas en llamas se clavaban en los árboles o chocaban contra las rocas en el camino, las lanzas daban simpáticas volteretas en el aire, los disparos de



catapulta se iban al cielo y los proyectiles llegaban con dificultad a unos pocos metros de estos hombres que, esforzándose con valentía, no lograban atinar siquiera cerca de sus rivales. El adalid, pacífico y orgulloso, sonreía desde su caballo.

Los enemigos, al ver tan ridículo espectáculo bajaron sus armas y, desconcertados, se miraron unos a otros sin lograr explicarse lo que sucedía con aquel ejército de frustrados guerreros. Unos empezaron a reír, y pronto todos los hombres de la infantería rival estaban sentados en el suelo, con la barriga entre las manos, carcajeándose de la irónica situación que sus ojos, encharcados por la risa, presenciaban en el campo de batalla.

Al cabo de un rato de risotadas, el comandante enemigo se incorporó, se secó las lágrimas, frunció el ceño y dio la orden de ataque.

En doce minutos los liquidaron a todos, incluyendo al emperador pacifista que, por un momento, creyó haber logrado su objetivo. ■





# La extraña en la ventana



## ROCÍO DEL PILAR CRUZ CALDERÓN BOGOTÁ

La palabra me lo ha dicho todo. Las palabras de otros y las mías, no importa si permanecen solo un instante suspendidas en los renglones del tiempo o si están tatuadas, indelebles, en el fondo de la memoria, o si no se han dicho todavía. He sido en ella —bien o mal—; he sido con ella.

Me obligo a escribir para comprender y para vivir en el justo desamparo; escribir para dejar de ser la extraña en la ventana.

**Docente de Español  
y Literatura  
Colegio Santa Francisca  
Romana, Bogotá.**

# La extraña en la ventana

ROCÍO DEL PILAR CRUZ CALDERÓN

Otra vez está mirándome la mujer de la ventana. ¿No se había ido? La semana pasada escuché que salía de viaje y me sorprendió sentir tanto alivio. Ni siquiera había notado cuánto me alteraba verla allí, mirándome con tanta insistencia, sin el menor asomo de pudor. Mi abuelo me decía que no se debía mirar así a la gente, que era señal de muy mala educación, y por eso aprendí a desviar los ojos cuando alguien veía que yo lo miraba; aprendí a ser una niña bien educada y por eso mi abuelo no temía que me llevaran de visita, ni siquiera a donde doña Lucía y su hijo Fabito quien, cuando tenía doce años, había quedado como tullido, condenado a una cuna enorme y a vestir solo con un pañal porque el calor de su cuarto no lo dejaba usar más ropa.

—Lleven a Mercedes que esa niña es muy calladita y no les hace pasar vergüenza —dijo mi abuelo, y por eso me llevaron a aquel pequeño rancho que recorrí presurosa, hasta encontrar al hijo.

No entré. Desde la puerta pude ver el cuerpo de un hombre que miraba al techo; tenía una barba oscura y desordenada y, a no ser por una tela reburujada entre las piernas y un escapulario en el cuello, estaría desnudo. En algún momento el hombre me vio y articuló un sonido bajo y extraño como el de un animal sorprendido, que sin embargo no está asustado, y extendió un dedo largo y nudoso, haciéndome un gesto para que me acercara. Yo aferraba

con las dos manos el marco de la puerta, incapaz de moverme, casi sin respirar, y solo recordé: “No lo mire, no lo mire”, así que bajé la mirada hacia el piso de tierra y me quedé allí, aterrada, escuchando ese sonido gutural que me llamaba. Alguien me arrancó de allí a la fuerza y yo seguía repitiéndome la salmodia de “no lo mire, no lo mire, no lo mire”; y no lo había mirado. Y ahora veo a una mujer adulta, “hecha y derecha” como dicen, mirándome de esa manera impertinente y tenaz como cualquiera diferente a mí habría mirado a Fabito; mirándome como si quisiera poner a prueba mi paciencia, mi cortesía, mi buena educación. Mirándome sin tregua, como embebida en algo más que simple curiosidad.

Tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado mucho últimamente, y supongo que le sobran razones para hacerlo porque todos sabemos lo que le ha pasado en el último tiempo: su esposo la abandonó. Cualquiera día hizo su maleta y le dijo adiós en el mismo momento en el que ella pasaba a la mesa la bandeja con el desayuno para los dos.

—¿Adiós? —dicen que preguntó ella.

—Sí, adiós —dicen que dijo él al tiempo que cerraba la puerta tras de sí. Fue como si en ese mismo momento algo se rompiera en la mente de la mujer porque mientras desayunaba, en el silencio del apartamento vacío, solo dijo:

—¡Ah! No le pregunté a Ramiro si venía a almorzar.

Y cuando Ramiro, en efecto, no llegó al almuerzo, ella no se extrañó por esa ausencia sino que la confundió con simple demora y continuó preparándole la comida y poniéndola en la mesa a la hora acostumbrada.

Comía sola, tapaba el plato de su marido para conservarlo tibio y decía:

—¡Ah!, otra vez se le hizo tarde a Ramiro.

La cocina, el comedor, la sala y parte de la alcoba fueron llenándose con platos de comida. Cuando estos se acabaron en la alacena, empezó a usar las ollas, las tapas de las ollas, las tablas de picar y cualquier superficie capaz de contener las raciones de alimento que ella seguía preparando y guardando como si fuera ese el ritual para mantener vivo el último instante en el que vio a su esposo.

Tres semanas después, el apartamento empezó a apestar y un vecino del piso, desesperado por el río de cucarachas que salía debajo de aquella puerta, se dio a la tarea de buscar a una hermana de la mujer, quien tuvo que forzar la puerta con la ayuda del vigilante y del vecino desesperado, y se encontró con que en medio del muladar de comida podrida, su hermana seguía cocinando. Había solucionado el inconveniente simple de no tener nada para preparar, condimentando con puñados de tierra negra, sal y un poco de mantequilla las plantas de la sala. Dos enfermeros y el conductor de la ambulancia tuvieron que amarrarla a la camilla porque ella se empeñaba en no irse, gritaba que Ramiro ya llegaba a comer y ella debía servirle la comida como lo había hecho en los últimos veintitrés años de matrimonio, que tal vez no habría podido darle un hijo, pero que la comida siempre había estado servida a tiempo, de eso Ramiro no podía quejarse. La hermana de la mujer, sin parar de llorar, solamente acertaba a acariciarle el pelo desordenado y sucio mientras la subían a la ambulancia.

Le curaron los nervios, deshechos por la tristeza, y diez días después se instaló provisionalmente en la casa de su hermana. Hablaba poco, se sentaba frente a mi ventana, sin mirarme, y todavía lloraba la pérdida de lo que le habían enseñado que era lo más valioso para una mujer decente. Parecía haber encontrado, sin embargo, algo de contento en la compañía de su pequeña sobrina que con la simple sabiduría de los niños supo querer a una tía envejecida y triste. Se sentaba a su lado, en la ventana, y le contaba, tal vez,

lo que había hecho en el colegio, lo que había comido; quizás le hablaba de la clase de Arte, y no le importaba si la tía no respondía o no la miraba, ella seguía acompañándola por largos ratos.

La primera vez que la niña la tomó de la mano, la mujer cerró los ojos y una levísima sonrisa se le dibujó, incipiente, temblorosa, y se quedó así durante un momento, como si un viento purificador arrancara de pronto la terca muralla de tristeza. Ese día me miró un instante, solo un instante, y el relámpago de vida en sus ojos me conmovió tan profundamente que esa noche soñé con ella. Desde esa tarde dejó de sentarse en la ventana.

Pero las cosas buenas tienen que acabarse para poder saber que fueron buenas, así que la paciencia del dueño de casa se consumió del todo y le dijo a su esposa que ya no podía más con esa invasora de la privacidad familiar, que aquellas semanas de ortopedia fraternal tenían que resultarle suficientes para remendar su vida y que ninguna mujer se ha muerto porque el esposo la haya abandonado. Esas cosas pasan. La hermana, entonces, le había insinuado lo contentos que estarían sus padres si ella iba a visitarlos; era un bonito pueblo, con la vista al peñasco del río, y el clima... La mujer sabía que aquello no era una invitación y que era de mala educación rechazar una sugerencia tal.

Pero no se ha ido. Ha vuelto a sentarse ahí con el cuerpo entero consumido por la inquietud de no saber qué hacer con ella y con los días que todavía le faltan por amanecer, con esa mirada abrumada de preguntas y de miedos. No puedo ayudarla, no tengo ninguna esperanza, ninguna palabra que convierta ese dolor. ¡No más! ¡No me mire más! ¡Yo tengo mi propia historia! ¡Deje de mirarme así!... Debería darle vergüenza. ¡Ojalá alguien la hubiera educado mejor! ¡Deje de mirarme! ¡Deje de mirarme! ¡No más!...

—¡Mamá, mamá! ¡Ven pronto! ¡La tía Mercedes está rompiendo cosas y gritándole al espejo! ■





# Díganle a Julio que la guerra terminó



**CARLOS ARTURO GAMBOA BOBADILLA**  
**IBAGUÉ**

La escritura literaria es un silencio que condensa gritos, por eso este cuento dormitaba en los intersticios de mi computador. Hace algunos años lo había emborronado, tratando de moldear unas palabras que dieran cuenta de un extraño deseo que naciera conmigo y que creciera repudiando

la violencia de este país desdibujado, que durante años mis ojos testificaron desde la soledad de la provincia. Gracias a Milena Arias por re-descubrirlo, enviarlo y celebrarlo.

**Docente de Escritura Creativa**  
**Universidad del Tolima,**  
**Ibagué, Tolima.**

# Díganle a Julio que la guerra terminó

CARLOS ARTURO GAMBOA BOBADILLA

**M**ientras trataba de retomar el aliento iba pensando en la lejana posibilidad de encontrarlo esta vez. Ya eran muchos los intentos terminados en frustración, pero no se le ocurría desistir. Terminó de ascender entre riscos espinosos y, luego, tuvo que luchar contra un camino arenisco que le hacía perder el equilibrio. Miró hacia el cielo, como intentando establecer una señal de ubicuidad, pero parecía estar enmarañado por la vegetación. Supuso que aún estaba empezando la tarde porque el sol se colaba entre el herbaje. De repente, como si alguien lo hubiese presentido con ganas de claudicar, apareció frente a su mirada una especie de cambuche maltrecho. Frenó en seco y se enfrentó a la posibilidad del miedo.

—Buenas tardes... ¿Hay alguien aquí? —gritó lo más alto que pudo, exhalando de sus pulmones la última ración de oxígeno—. Buenas tardes... buenas tardes... ¿Hay alguien...?

—Santo y seña. Patria o muerte —contestó una voz desde algún lugar incierto de aquella choza.

—Buenas tardes, señor.

—Santo y seña. Patria o muerte. ¿Qué busca el individuo?

—Ando buscando a Julio Calarcá, mi hermano.

Hubo un silencio inquietante que Eustacio aprovechó para inspeccionar rápidamente el lugar. Estaba frente a una choza cons-

truida con hojas anchas que cubrían un soporte de troncos de arbustos, no muy gruesos.

—¿Y para qué lo busca el señor?

—Para darle un mensaje.

—¿De quién?

—De nuestra madre.

—¿Y cómo se llama la señora en cuestión?

—Dorotea Cuéllar.

—Dígale a la señora que Julio está al servicio de la revolución.

Luego vino otro silencio más largo, y mientras trataba de precisar sus siguientes palabras, por primera vez Eustacio pensó en la posibilidad de que aquella voz fuera la de Julio.

—Señor, señor, ¿conoce usted a Julio?

—Lo suficiente para informarle que él no se distraerá con mensajes provenientes del mundo esclavizado.

—¿Y no existe la posibilidad de que pueda hablar con él?

—No señor, la revolución no da tregua, ya tendrán tiempo de hablar cuando la justicia se tome las ciudades.

—La verdad, me urge hablar con él —esto último lo dijo un poco desconsolado, casi seguro de que Julio era un nombre perdido en aquella selva, carcomido por los jejenes, alterado por la pesadez de la clorofila.

—Es mejor que se apee, señor, allá en la esquina hay una vasija con agua, beba un poco, y debajo de esas ramas hay un atado de panela, coma también una ración, no mucha.

Eustacio obedeció al detalle; llevaba horas sin probar alimento diferente a frutos extraños que el hambre convertía en manjares.

—¿Cómo es que alguien de ciudad se interna en estos parajes?  
—interrumpió de nuevo la voz un poco amenazante.

—Ya le dije, señor, busco a mi hermano Julio.

—¿No será usted un hijueputa del Gobierno?

—Para nada, señor, soy hermano de Julio, Eustacio Calarcá, y le traigo una razón de mamá.

—No tiene usted pinta de hermano de Julio, mucho más bajito y debilucho y con esa cara de trabajar para algún empresario promotor del capitalismo salvaje. Usted tiene pinta de vasallo del sistema, y por aquí a esa gente no la pasamos.

—Lo siento, señor, solo busco a Julio, mi hermano.

—Julio nunca me dijo que tenía hermanos amanerados.

Eustacio guardó silencio. Se sentía prisionero de aquella conversación. No sabía qué decir, cualquier argumento sería inútil. ¿Qué podría saber de la realidad aquel hombre enclaustrado en la selva? Se sentía profundamente indefenso. Estaba a merced de un fermentado revolucionario. Pero tenía que hallar a Julio.

—Mire, señor —retornó la voz desde la choza—, es mejor que se marche, descanse un poco y devuélvase para la ciudad a cuidarle el capital a su patrono.

—Lo siento, señor, pero es imperativo darle la razón de mamá a mi hermano.

—No joda, hombre, no entiende que para nosotros lo único imperativo es la revolución. Cuando uno se viene pa'l monte se compromete a luchar, lo demás es una anécdota del pasado. Si uno estuviera pensando en lo otro no podría enfrentar al enemigo.

—Pero...

—Pero mejor no diga más, y devuélvase y dígame a la tal señora Dorotea que Julio está bien, que su sueño de libertad se hizo realidad y que pronto, cuando los defensores del pueblo se tomen las ciudades, lo verá, y entonces la gente entenderá nuestra lucha.

Eustacio agachó la cabeza y su cuerpo tradujo el lenguaje de la derrota. Descargó la vasija en la que bebió agua y juntó las sobras de la panela. Parecía hacerse de noche.

—Señor, hágame un gran favor, si se ve con Julio dígame que su hermano vino a buscarlo, Eustacio Calarcá, y dígame que le traía un mensaje de mamá, Dorotea es el nombre.

—Con gusto señor, pero no olvide usted que él anda muy ocupado con la revolución, y tal vez ni le interese el dato.

—Solo dígame eso, tal vez se pueda comunicar conmigo, si quiere le dejo la dirección.

—¿Y para qué, hombre? Ya le dije que él está comprometido con la justicia y la lucha, no se va a poner a pensar en su madre y su hermano cara de empresario...

—De todas maneras, dígaselo.

—¿Y cuál es el mensaje de su madre?

—Lo siento, eso solo se lo puedo decir a él en persona.

Entonces Eustacio vio un rostro poblado de barba que se asomaba entre los juncos que rodeaban la choza, un rostro curtido de selva, repleto de arrugas revolucionarias, un cuerpo cubierto con un traje camuflado por el barro y en cuya mano sostenía un fusil.

—No dispare, señor —imploró el visitante.

—Tranquilo, Eustacio, deme el mensaje para Julio, el mensaje de su mamá.

—Mi madre manda a decir: “Dígame a Julio que la guerra terminó”.

—¿Y cómo está ella?

—Muerta, llorada y sepultada. Hace ya cinco años.

Julio descargó el fusil sobre el tronco de un árbol. Miró a su hermano indefenso, como cualquier ciudadano extraviado en un parque, luego dio la vuelta y tomó un pequeño sendero detrás del rancho, como buscando la fosa común de sus recuerdos. ■



# Didáctica y herramientas para un milagro



**EDUAR JAVIER VEGA PÉREZ**  
**MANAURE**

A todas aquellas personas que imploran un milagro. A todas aquellas personas que propician un milagro.

Nació en Manaure (Cesar), en 1979. Licenciado en Lengua Castellana y Comunicación de la Universidad de Pamplona. Docente de la Institución

Educativa Trujillo, de Becerril (Cesar). Ha obtenido premios y menciones en concursos literarios de su región. Vive entre Becerril y Manaure.

**Docente de Básica Primaria**  
**Institución Educativa Trujillo,**  
**Becerril, Cesar.**

# Didáctica y herramientas para un milagro

EDUAR JAVIER VEGA PÉREZ

A

**E**n la madrugada del dos de febrero, Juan de Dios Arzuaga se despierta con el sonido insistente de los instrumentos de viento y el estampido de los voladores que acompañan la procesión de la patrona. Mientras se baña en el patio, con el agua fría por el sereno de la luna y las estrellas, observa en la entrada de su casa al capataz de la hacienda, que ya lo espera con el caballo alazán listo para montar. Arzuaga se viste con una muda de ropa nueva, se acomoda su sombrero sinuano número veintitrés, amarra una espuela fulgurante a su bota derecha y, antes de salir, se baña el cuello y las mejillas con abundante agua de colonia de su litro de María Farina.

Tras cuarenta minutos de recorrido, Arzuaga y su capataz llegan a un portal de hierro forjado en el que unas rústicas letras de madera les anuncian su llegada a la hacienda La Pensilvania, llamada así como recuerdo de su breve y tumultuoso período como estudiante en Filadelfia. Arzuaga es recibido con una humeante taza de café endulzado con panela, que toma sentado en un taburete de madera, recostado en la pared de tapia pisada. Los primeros rayos de sol despuntan en el filo de la sierra y Juan de Dios Arzuaga deja que su vista se pierda en la llanura sin fin de sus potreros, aspiran-



do con fruición el olor a boñiga que da cuenta de la magnitud de su ganado.

Recostado a un poste de guayacán, donde se tiemplan varios hilos de alambre de púas, Arzuaga contempla extasiado el pelaje impecable de las reses sin marca que el capataz ha reunido en el extremo septentrional de sus potreros. Acaricia lentamente las ancas de una res joven, pensando que su hierro candente no calcinaría ese pelaje cobrizo.

—Patrón, yo creo que esta res está preñada —dice el capataz, palpando el vientre del animal.

—Una ofrenda mayor para la Virgen —responde Arzuaga, sorprendido de la grandiosidad de su tributo.

Juan de Dios Arzuaga vuelve a montar su caballo y, desde lo alto, levanta con solemnidad la mano derecha, dando la orden de liberar el ganado que pronto se volverá cimarrón, su anual ofrenda para la patrona del pueblo en su día.

## B

Acosado por la amargura imperiosa de la sed, maltratado por el sol y por el viento, Emiliano Romero llegó hasta el final de la profunda sabana, donde comienzan las primeras prominencias de la sierra. Decidido a asentarse como dueño de una porción de tierra, trazó los límites de la que será su parcela en un terreno que nadie reclamará.

Comprobó la cercanía de la quebrada con sus aguas cristalinas, examinó la fertilidad del terreno, buscó la sombra de un colosal caracolí para levantar un rancho de bahareque y techo de palma que lo cobijara del sol y de la lluvia. Esa noche durmió bajo el manto fugaz de las estrellas, juntó ramas secas para hacer una fo-

gata y, sobre las brasas incandescentes, cocinó un bocachico que había capturado con las manos entre unas piedras de la quebrada. Se tendió sobre su hamaca, colgada de ramas bajas, dándole la cara a la luna, y cerró los ojos pensando en su áspero trasegar como jornalero por las haciendas de la región, cuyos nombres de países y ciudades remotas no coincidían con el brusco paisaje que él conocía de memoria. La poderosa lucidez del entresueño lo animó a decidir que, en la justa mitad de su existencia, era necesario ser el propio patrón de sus dominios.

A partir de ese día, Romero vio salir el sol cada amanecer. El calor de los primeros rayos entibiaba su rostro mientras sus manos lastimadas por el arduo trabajo surcaban la tierra para sembrar las primeras matas de yuca y de plátano. Esperó la fase de la luna adecuada para cortar la madera que sustentaría su vivienda y construyó una sola habitación amplia e iluminada de cuyas vigas pudo por fin colgar su hamaca para dormir en un techo propio. Al mediodía se sumergía en las aguas de la quebrada en busca de los peces que se convirtieron en su principal alimento. Cada noche se tendía en la soledad de su hamaca para soltar las amarras de sus sueños.

El dos de febrero, después de asistir a la procesión matinal en honor a la Virgen de la Candelaria, Emiliano Romero regresó acompañado de su mujer y sus dos hijos para instalarse en su propiedad. Soltaron algunas gallinas en un corral improvisado y amarraron su único chivo bajo la sombra del caracolí. Después de comer el viudo de pescado se hincaron bajo el sol inclemente de la tarde, apreciando la intensidad del aroma del pasto Yaraguá, uniendo sus manos en una plegaria a la Virgen, pidiéndole los recursos necesarios para labrar su hacienda.

Días después, un amanecer en el que las nubes amenazaban con irrigar por primera vez sus terrenos, Emiliano Romero se encontró

con unas reses sin marca que pastaban en su propiedad. Palpó el vientre abultado de una de las reses y comprobó que estaba preñada. Acarició el pelaje espeso de sus ancas y mandó a encender el fogón, mientras buscaba entre sus herramientas el hierro con sus iniciales que había mandado a fabricar con antelación, sin poseer un animal sobre el cual estamparlo, como un acto de fe. ■



# Acta del jurado

SÉPTIMO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO  
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,  
HOMENAJE A ANDRÉS CAICEDO

Saber que 28 621 cuentos fueron inscritos en el 7.º Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación Nacional, constituye una prueba sólida de uno de sus mayores logros: incorporar en el sistema educativo colombiano la inquietud por contar historias, por escribir de la mejor manera posible el cuento con el que se participa.

Saber que durante unos meses, cerca de 29 000 estudiantes y docentes de toda la geografía colombiana se dieron a la tarea de pensar un relato, de sopesar las palabras que lo estructuraron, de reflexionar e investigar sobre los temas que trataron, de jugarse la voluntad y la imaginación en pequeños universos de palabras habla muy bien del ejercicio intelectual que se está llevando a cabo en la comunidad escolar colombiana, tanto individual como colectivamente.

Esta invitación del 7.º CNC a narrar historias, verterlas en el exigente género del cuento e inscribirlas en el concurso, tiene como una de sus felices consecuencias la de liberar imaginarios particulares, regionales y nacionales; sustituir silencios, los cuales muchas veces contienen violencia y resentimiento; reparar a través del lenguaje y sus posibilidades creativas, la intimidad personal y las relaciones con los otros.

En la primera categoría, al leer los cuentos finalistas, el jurado constituido por Pilar Lozano, Gonzalo Moure, Élmér Mendoza, Fernando Quiroz y Andrés Felipe Solano encontró mucha gracia y verdaderas historias que contar. Resulta refrescante la gran imaginación de los participantes, la curiosidad convertida en motor de los relatos. Llama la atención, así mismo, la diversidad de géneros encontrados, la riqueza del repertorio narrativo. No hay encasillamiento en aquellos que podrían considerarse géneros infantiles, pero tampoco, por fortuna, están ausentes algunas muestras del cuento de hadas.

En la segunda categoría, los relatos de los adolescentes, escritos con gran manejo del lenguaje y recursos narrativos exigentes, abordan temas como la muerte, la soledad, el amor. La lectura de estos cuentos resulta estimulante y permite pensar que se ha desarrollado un trabajo adecuado con los ganadores de esta categoría, tanto de lectura como de formación de futuros escritores. Estos cuentos sorprenden por su buen desarrollo y sus finales impactantes.

En la tercera categoría, las voces y propuestas narrativas que juegan con las técnicas literarias, los recursos narrativos prestigiosos y la profundidad de las historias hablan de vocaciones literarias definidas. Son cuentos que impactan, tocan el alma, atrapan al lector y mantienen la tensión hasta el final. Sorprende cómo las preguntas existenciales que surgen de esta categoría se convierten en fuente de temáticas. Y al tiempo, con esos profundos interrogantes, afloran los dramas personales, el inconformismo, la duda de lo que se viene en sus vidas: el futuro como una incógnita, como una sospecha, es otra constante.

En la cuarta categoría, los cuentos de los docentes demuestran varias bondades y pericias narrativas que son empleadas para el desarrollo de la realidad como tema de los cuentos. Se aprecia un

gusto general por la buena literatura, con hallazgos sorprendentes. Si bien es recurrente en este grupo la referencia a tradiciones y leyendas, en algunos casos los relatos personales se imponen con la claridad de las voces auténticas y bien definidas. En esta categoría hay más presencia del campo, de los personajes rurales, un esfuerzo por abordar las realidades colombianas desde distintos puntos de vista.

Los cuentos ganadores del 7.º CNC constituyen una muestra de la narrativa colombiana contemporánea, muestra que recoge cuentos escritos por niños en edades bien tempranas, hasta aquellos concebidos desde la experiencia y la madurez de los narradores de oficio. Un fresco multicolor que revela las geografías internas y externas de la sociedad colombiana.

CARTAGENA DE INDIAS, COLOMBIA, 31 DE ENERO DE 2014

FIRMADA POR LOS JURADOS: PILAR LOZANO, ANDRÉS FELIPE SOLANO,  
GONZALO MOURE, FERNANDO QUIROZ, ÉLMER MENDOZA.



SÉPTIMO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO  
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,  
HOMENAJE A ANDRÉS CAICEDO



CUENTOS  
GANADORES  
2013